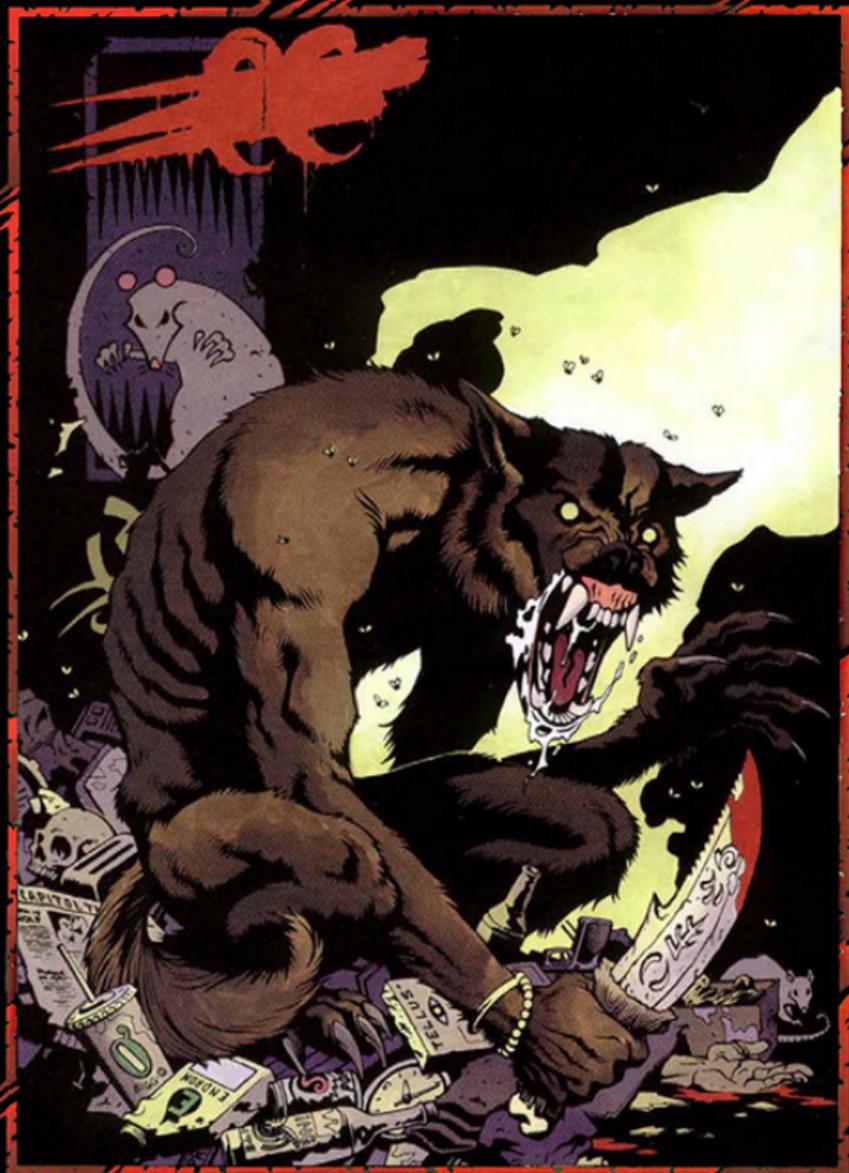


ROEUVESOS



Los hombres lobo de la Nación Garou se enfrentan a una de sus mayores amenazas cuando una perversa bestia del Wyrn se alza en Europa. En la Novela de tribu: Roehuesos, la joven Carlita se une a su nueva manada para enfrentarse al corrupto espíritu del Río Tisza, en Bosnia, siguiendo las confusas profecías y miedos que la arrastran hacia su muerte.



Bill Bridges y Justin Achilli

Roehuesos

Novelas de tribu - 7

ePub r1.2

TaliZorah 12.06.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 4: Bone Gnawers & Stargazers*

Bill Bridges y Justin Achilli, enero de 2002

Traducción: Marta García Martínez

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

Corrección de erratas: betatron (r1.0)

ePub base r1.0



Prólogo



Szeged, Hungría, a orillas del río Tisza.

Las puertas del JATE Klub se abrieron derramando por la calle música palpitante y fognazos de luces, junto con dos personas que salieron a trompicones al aire fresco de la noche. La chica se echó a reír y sacudió la cabeza con fuerza lanzándole a su compañero el sudor que se había ganado en la pista de baile. Riéndose también, el hombre hizo lo que pudo para defenderse con las manos del diluvio mientras intentaba no tirar la cerveza.

—¡Ah! —gritó ella en inglés—. ¡Qué calor hace ahí dentro!

—Dilo, pero no me duches con él —dijo el hombre con un acento inconfundiblemente británico.

Ella frunció el ceño sonriendo todavía.

—Ya, como si no estuvieras tú también todo sudado.

—Vale, tiempo muerto. Vámonos lejos de todo este ruido.

—El río está por ahí. Quiero verlo de noche. —Le cogió de la mano y tiró de él por la Toldy utca hacia la Somogyi utca en busca de las orillas del río Tisza.

Mientras caminaban lo miró, lo veía mejor a la luz de las farolas que con las luces cambiantes del club. Medía 1'86 aproximadamente, moreno y barba de no haberse afeitado en un día o dos.

—Bueno, ¿y qué trae a un súbdito de su Graciosa Majestad por Szeged?

—Qué gracioso, te iba a hacer la misma pregunta, excepto que yo hubiera dicho «*¿y qué trae a una tía buena americana como tú por la frontera sur de Hungría?*».

Ella se echó a reír.

—Estoy recorriendo los clubes europeos, en busca de la próxima zona cero.

—¿Qué? ¿Por fiestas salvajes? ¿No las hacen ahora en Ibiza o Goa?

—Bueno, sí, pero las cosas cambian. Nunca se sabe dónde va a aparecer la próxima zona caliente. Creo que Szeged es el sitio ideal, ahí tienes una universidad llena de chavales, es una ciudad ecléctica no lejos de Budapest; así que, sí, ¿por qué no aquí? Y si no es aquí siempre hay algún otro sitio al que ir. Pero no has contestado a mi pregunta y yo pregunté primero.

—Pero qué falta de educación por mi parte. Estoy con Amnistía Internacional, soy periodista. Vine por Budapest, pero voy de camino a Serbia. Tengo una pista sobre una fosa común que aún no han descubierto, hacerlo podría llevar al tribunal de La Haya a emitir más órdenes de procesamiento.

La chica se calló, el periodista intentó mirarla a los ojos pero la joven estaba contemplando el río ahora que se aproximaban a la orilla. Era hermosa, con aquella barbilla delgada y los ojos tan grandes; el pelo negro le acariciaba el rostro mecido por la brisa del río.

—Vaya, ya la he armado —dijo el hombre—. Acabo de fastidiar la noche.

—No, no importa —dijo la chica mirándolo de nuevo y sonriendo más por él que por sentirse feliz de verdad—. No es culpa tuya. Es solo que... buf, soy una egoísta. Aquí estás tú, haciendo

algo bueno por el mundo, y aquí estoy yo, de juerga en juerga a costa de las tarjetas de crédito de mis padres.

—Oye, tampoco es eso. El mundo puede que tenga problemas, problemas graves, pero todos tenemos que seguir viviendo, ¿no? Fui a ese club por eso, no pienso pasarme media vida contemplando la miseria del mundo. Tenemos que celebrar la vida, no llorarla.

Ella sonrió otra vez, esta vez con más sentimiento.

—Sí, supongo que tienes razón. No debería sentirme culpable. Quizá me haga voluntaria de la Cruz Roja o algo así.

—Ahí tienes. Pero ya has hecho tu contribución.

—¿Cómo?

—Iluminando mi mundo con esa sonrisa.

La sonrisa de la joven se ensanchó sin reserva alguna, se inclinó hacia él al tiempo que él se inclinaba hacia ella.

Los dos se sobresaltaron ante el sonido cercano de una tos seguido de un horrible canturreo en húngaro. Había un hombre sentado en el suelo, apoyado en un edificio con vistas al río con una botella de vodka o ginebra en la mano. Tenía una enorme barba negra que le llegaba a la cintura, al igual que la melena salvaje que le recorría la espalda. Llevaba una trinchera marrón manchada con años de comida y bebida derramada que no parecía haber pasado muchas veces por la lavandería, si es que sabía de semejante lugar. No pareció notar la presencia de la pareja pero siguió recitando aquel extraño verso.

El hombre sabía el húngaro suficiente para reconocer las palabras: «... con un corazón puro, quemaré y saquearé y si tengo que hacerlo, incluso dispararé». Las reconoció, eran obra de Attila József, el dolorido poeta que daba nombre a la cercana universidad. Un poeta que se había tirado delante de un tren para evitar el dolor de vivir.

Se encogió de hombros y se volvió hacia la chica, que sonrió y le cogió por los hombros; obviamente le daba igual el público que pudieran tener. Se inclinó y le rozó los labios con los suyos.

Entonces la chica gritó, y agarrándose el pelo se quitó aquella cosa crujiente que le había aterrizado encima y la tiró. La cosa chirrió y graznó: era un enorme murciélago negro. Mientras volaba en círculos alrededor de la muchacha, la cola, más larga de lo normal, golpeaba el aire con el chasquido de un látigo.

El hombre lo contemplaba asombrado mientras la chica seguía gritando. En vez de irse volando como cualquier murciélago normal después de semejante jaleo, el animal giró en el aire y se lanzó en picado contra él. Intentó saltar para apartarse, pero la cola larga y negra del animal se disparó por el aire y lo agarró, inmovilizándole los brazos a los lados con una fuerza sobrenatural.

El murciélago aterrizó en su hombro y lanzó un graznido. No se parecía en nada a los murciélagos que había visto antes. En lugar de un torso peludo tenía una mandíbula abierta con unos colmillos enormes. Se le clavaban en el hombro dos garras, dándole a aquella cosa un sitio donde agarrarse mientras empezaba a roerle la oreja.

Gritó para que le ayudaran, pero la chica lo miraba asombrada y asustada, incapaz de moverse, paralizada por el terror. El hombre luchó para quitárselo de encima, pero la cola del bicho no le dejaba levantar las manos; corrió, pero el murciélago seguía clavándole en el hombro las garras que empezaban a hacerle sangrar.

Las mandíbulas del animal le desgarraban dolorosamente la oreja cuando sintió una repentina falta de peso, una cierta incapacidad de pensar con claridad, como si estuviera flotando y no corriendo por la calle. Detuvo aquella carrera loca y se quedó mirando con apatía el río mientras la cosa le masticaba el lóbulo de la

oreja, fascinándolo con aquel gorgoteo hipnótico. Le parecía sentir que el bicho tiraba de algo, algo como un gusano escurridizo, un trocito de ectoplasma resbaladizo y serpenteante que se tragó hambriento de un bocado.

El murciélago lanzó un chirrido de victoria y se elevó con la cola dando latigazos detrás de él después de soltar al hombre. Luego voló sobre el río y desapareció de su vista.

El hombre cayó al suelo agarrándose la oreja; no había sangre ni le dolía, sólo sentía un vacío, una sensación de un enorme espacio que se le acababa de abrir en el cráneo.

La caída del hombre sacó a la chica del susto; corrió hacia él y se agachó para abrazarlo.

—¡Oh, Dios mío, estás bien!

Él se estremeció y la miró como si no la conociera.

—Está bien —dijo ella—. Se ha ido. Fuera lo que fuera, se ha ido.

El hombre frunció el ceño, no estaba seguro de qué estaba hablando.

—¿Dónde estoy?

—¿Qué? Estás aquí, en Szeged.

—¡Szeged! ¿Hungría? ¡No puede ser! ¡Tengo que entregar un trabajo en Londres! ¿Qué coño estoy haciendo aquí?

Se levantó tambaleándose un poco antes de recuperar el equilibrio.

—Oh, Dios, tienes amnesia o algo así. Te ibas a Serbia, a descubrir una fosa común.

La miró receloso.

—¿Ah, sí? ¿Y quién coño eres tú? ¡No tengo tiempo para eso! ¡Tengo que irme a casa! —Empezó a caminar con rapidez de vuelta al centro de la ciudad, pero luego se paró y miró a su alrededor—. ¿Adónde voy? ¿Dónde está el aeropuerto?

La chica sollozó y empezó a llorar pero le siguió.

— ¡Estás herido! Tenemos que llevarte a un hospital...

Él giró por la calle por la que había bajado y ella lo siguió intentado acariciarlo, pero él la apartaba.

Mientras la pareja desaparecía detrás de la esquina, el cantur-reante borracho se levantó, ahora por completo sobrio, aunque bastante conmocionado. Miró hacia el río y las aletas de la nariz se le abrieron como si quisiera capturar su aroma. Emitió un profundo gruñido animal desde lo más hondo de la garganta y se alejó con cautela de la orilla del río, vigilándolo continuamente como si fuera a saltarle encima si le volvía la espalda. Cuando alcanzó la calle a la que había ido la pareja, su cuerpo se derritió y se transformó en el de un lobo.

Giró y trotó por la calle alejándose del río en dirección al Barrio Judío.

El río siguió corriendo sin ningún signo externo de turbulencias o problemas excepto por un pez muerto que flotaba en la superficie y que desapareció rápidamente corriente abajo.

Capítulo uno



Los viajes en avión, decidió Carlita, estaban inmensamente sobrevalorados. Si se exceptúa el hecho de que el avión no apesta a orina era exactamente como viajar en un autobús urbano. No, retira eso, era peor que el autobús porque al menos en el autobús podías moverte. Pero aquí iba a estar siete horas (vuelo de Iberia 6250 a Madrid) metida en un cilindro de lata, atada al asiento, te van a dar una cantidad minúscula de comida acartonada y vas a estar sometida al peor tipo de sadismo que Hollywood pueda ofrecer, protagonizado probablemente por Mel Gibson.

«*Podría ser peor* —pensó Carlita—. *Podrías ser Ojo de Tormenta*». Le echó un vistazo furtivo a su compañera Philodox sabiendo que si la pillaban mirando a la Garra Roja seguramente lo interpretarían como una burla. Era obvio que Ojo de Tormenta estaba incómoda, era su segundo vuelo y todo ese galimatías homínido que lo acompañaba no le estaba sentando muy bien a «Miss Sterling», que era el nombre que ponía en el pasaporte de Ojo de Tormenta. Carlita desvió la mirada justo a tiempo y se permitió una sonrisa de suficiencia al recordar todas aquellas historias que había oído sobre lobos y coyotes que se mordían las

patas para escapar de las trampas. «*Muerde todo lo que quieras, chica*^[1], *pero aquí eso no te va a ayudar*».

John Hijo del Viento del Norte la miró desde el otro lado del pasillo levantando la ceja con intención.

—¿Pensando en algo, Hijo del Aire Caliente? —contestó Carlita adelantándose a John.

—Bueno, sí —respondió John sin prestar atención a su pulla—. Quiero saber por qué paramos en España antes de dirigirnos a Serbia. ¿No sería más fácil ir directamente allí?

—Qué directo.

—Bueno, ¿no es así?

—A veces, meterse directamente en la boca del enemigo... —Carlita miró por la cabina antes de seguir hablando para asegurarse de que nadie estaba prestando más atención de la debida. Sencillamente no sería muy buena idea hablar sobre los detalles concretos de lo que iba a pasar— no es lo más conveniente. Quieres cargarte un venado, no empieces por clavarle los colmillos en la cabeza.

Julia estaba sentada al lado de John y aprovechó la ocasión para intervenir en la conversación.

—No es sólo eso. Una vez que lleguemos a España, se supone que tenemos que reunimos con algunos Gar... otros individuos que ya se han enfrentado a esto.

John se volvió hacia Julia y Carlita se encontró revolviéndose en su asiento para oír lo que estaban diciendo.

—He oído hablar del clan de las Trece Penas antes, pero no estoy seguro de lo que es exactamente. Es decir, si es un clan tan grande e importante con tanta fama entre los nuestros, ¿por qué enviarnos a nosotros para que nos enfrentemos a esta cosa?

Quiero decir, no me entendáis mal (sin duda somos una manada muy capacitada) pero no llevamos mucho trabajando juntos...

—¿Quieres decir más de una semana? —interpuso Julia con una sonrisa divertida.

—Exacto.

—Es porque las Trece Penas es un clan diplomático —ofreció Carlita, encantada de poder volver a intervenir en la conversación—. En realidad no la componen tipos aventureros. Es una especie de estación de paso para que varios tómulos, manadas y clanes de Europa Occidental la utilicen como lugar de reunión.

Julia levantó la ceja incrédula.

—No te lo tomes a mal, Carlita...

—Oye, te dije que me llamaras Hermana Guapa!

—Perdona, es que suena tan... impersonal.

—Ahora *somos* compañeros de manada —añadió el Hijo del Viento del Norte.

Carlita suspiró y sacudió la cabeza.

—Vale, voy a pasároslo. Pero no me llaméis así delante de otros Garou. Hermana Guapa es mi tratamiento Garou. ¿De acuerdo?

—Bien —dijo Julia—. Como iba diciendo, ¿cómo sabes todo eso sobre el clan de las Trece Penas? No pareces de las que se mantiene al tanto de la política de la Nación.

—Leí tu e-mail en Nueva York —dijo Carlita—. Así me enteré de todo lo que había sobre el clan de las Trece Penas. Ah y busqué en el historial de tu buscador y le eché un vistazo a las páginas web que habías mirado en el último par de días. En ocasiones fue muy útil, en otras no lo apruebo.

—Deberías haber sido una Ragabash —Julia puso los ojos en blanco—. Pero bueno, ¿cómo sabes esas cosas? No es que sea muy

complicado pero es más de lo que la mayoría de la gente sabe hacer.

—Sencillamente soy una caja de sorpresas, como ya deberíais saber a estas alturas. Y sé un poco de páginas web. Tienen ordenadores con Internet en la biblioteca pública y cualquiera puede ir y usarlos.

—Voy a tener que acordarme de echarte un ojo —dijo Julia—. Menos mal que no puedes tener acceso a mi PDA sin hacer enfadar a su espíritu —dijo mientras cerraba su ordenador personal y se lo metía en el bolsillo—. Así.

John se las quedó mirando.

—¿Qué fue eso?

—Nada —respondieron a la vez.

Carlita volvió a prestar atención al Garou que compartía su fila al mismo tiempo que la voz del capitán se dejaba oír por los altavoces de la cabina. Grita Chaos, sentado justo a su lado, se había quedado dormido con la boca abierta y Carlita esperaba que no se pusiera a roncar, cosa que la obligaría a alquilar los malditos cascos y ver la película.

El avión dio un tirón hacia atrás antes de empezar a alejarse con suavidad de la puerta de embarque. Carlita oyó un leve gimoteo proveniente de Ojo de Tormenta. Qué extraño, sólo unos días antes había luchado al lado de la Garra para enfrentarse a un Danzante de la Espiral Negra en el metro de Nueva York; y ahora la pobrecita le tenía miedo a una lata con alas que se movía sola. Que raro. Pero bueno, razonó Carlita, quizá no sea tan inaudito. Ella misma había sentido una punzada de incomodidad más de una vez mientras rondaba por los bosques de maleza de la Península Pinellas y lo había hecho cien veces por lo menos.

A Carlita se le ocurrió una idea y apretó el botón de llamada de la azafata, que se le acercó enseguida y sonrió.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi amiga quiere un Jack Daniels con Coca cola.

Unas cuantas copas después Ojo de Tormenta también estaba dormida, no estaba nada acostumbrada al alcohol. Para conven- cerla de que bebiera lo suficiente para calmarla, Carlita también había bebido unas cuantas, nada que no pudiera aguantar pero con todos los demás adormecidos no podía evitar que le entrara el sueño a ella también. Trató de mantenerse despierta un rato, intentando distraerse con la película (una basura llamada Cadena de favores) y hojeando las revistas del avión que estaban llenas de anuncios de cosas que no podía permitirse. ¡Joyas, por Dios! ¿Quién va a comprar las joyas de un catálogo de avión?

La aburridísima película por fin la hizo sucumbir al sueño, se le cayó la cabeza sobre el pecho y no pudo evitar recordar (ahora soñar) como había terminado allí, en un avión a cientos de millas sobre el océano Atlántico y dirigiéndose a un país metido en pleno genocidio.



Tampa, Florida, semanas antes:

—Tío, esto sabe a mierda —Carlita alzó una ceja y lanzó otra caja de cartón de Big Mac por encima del hombro.

—¿Entós pa' qué te lo comes? —preguntó Pastilla Pete—. Con ese hacen, ¿qué?, ¿cuatro? Si saben tanto a mierda, ¿pa' qué te los comes?

—Porque tengo hambre, gilipollas. Cuando tienes hambre, comes. Hasta un idiota como tú sabe eso.

—Ya, pero yo tengo hambre to'l tiempo y no como to'l tiempo.

—Pero eso es porque eres un vago, Pete. No tienes dinero, si tuvieras dos monedas de cinco centavos que juntar, estarías metido en el McDonalds intentando convencer a como-se-llame del mostrador para que te diera patatas fritas por diez centavos.

—Eso es muy duro, Lita. Mierda, tú no tiés dinero y tiés seis hamburguesas. Bueno, las tenías antes de empezar a tragar y a quejarte de lo malo que es. Yo sólo intento tirar pa'lante, sabes.

—Tengo hamburguesas porque sé como conseguirlas sin dinero. Tienes que estar en el sitio justo en el momento exacto. Puedes llamarlo truco del oficio.

—Mierda, tía que yo no tengo un centavo. A mí no me vengas con trucos.

—No, imbécil, es un secreto que saben los que viven en las calles. Si no fueras colgado de pastillas todo el día podrías aprender un par de cosas.

—Aprendes muchos trucos con las pastillas.

—Seguro. Oye, y si no tienes dinero y no tienes comida ¿cómo es que nunca te falta esa basura?

—Prioridades, nena, prioridades.

—Pete, cualquier día de estos te vas a morir.

—Todos nos morimos, Lita, todos. Es sólo cuestión de tiempo. Carlita dejó de atiborrarse cuando Pete dijo eso.

—Gran verdad. —Sacudió la cabeza y siguió comiendo, luego empujó el último Big Mac hacia Pete—. Que no dejes nunca de agobiarme, Pete. Ahora cómete esa hamburguesa y deja de rajar.

—¿De verdad? Joder, sí, me la como. Lita, te debo una.

—Me debes mucho más que una. Llevo dándote de comer y cuidándote el culo casi desde que nos conocemos.

—Sí, pero yo también hago lo mío, no digas que no —dijo Pete, rociando un bocado parcialmente masticado de salsa secreta y

lechuga troceada hacia Carlita—. Cuando necesitas saber lo que pasa, sabes que el bueno de Pete siempre s'ntera d'algo.

—No te des más importancia de la que realmente tienes, mira lo que te digo.

Pete sonrió.

—No acepto consejos de niñas.

—¿Ah, pero aceptas Big Macs?

—So'es diferente. Y tenías razón.

—¿Razón en qué?

—Esto sabe a mierda.

—Maldito gilipollas! Te quedas ahí sentado veinte minutos quejándote de que no tienes comida y cuando te doy, ¿te quejas de ella? Capullo! Dame esa hamburguesa. Dámela ahora mismo, joder! —Carlita hizo como que se la iba a quitar.

—No, no, que me la como! Era broma! —Al apartarse Pete tropezó con un contenedor de basura que había detrás de él—. Está buena! Cien por cien ternera pura!

—Debería venderte a McDonalds. Podrían triturarte y hacer Menuggets de imbécil o algo así.

—Oye, Lita, eso no tiene gracia. Dicen que lo hacen.

—Cada día eres más estúpido, Pete.

—No, en serio, por eso dije cien por cien ternera pura. La vaca entera es ternera, los ojos, las pezuñas y los huesos y la mierda. Si viene de vaca, es ternera. Puede que por eso sepa a mierda. Igual es mierda de vaca.

—Joder, Pete, lo tuyo es muy fuerte. ¿Por qué piensas en esas cosas mientras comes?

—Pienso en muchas cosas todo el tiempo. Así es como no me vuelvo loco, tienes que seguir pensando, seguir para delante.

—Bien, de acuerdo, entonces estamos en paz. Nos hemos dado un consejo y no creo que ninguno de los dos le vaya a prestar la menor atención.

—Exacto, tipa rara comedora de sesos de vaca.

—Pete... —Algo casi eléctrico que se percibía en el aire cortó a Carlita a medio replicar. Era un olor intenso, el almizcle de un animal. Carla olfateó el aire, una pena que Pete estuviera allí, podría hacer unos cuantos «ajustes» y saber más. De forma instintiva su cuerpo se preparó: se le tensaron los hombros y se incorporó un poco hacia delante mientras doblaba los dedos hacia dentro. Era un olor animal... y sangre.

—Vaya por Dios, Pete; son sirenas —mintió—. ¿Llevas algo encima?

—¿Eh? Yo no oigo na'. No, no tengo na'; mierda. Esto... no importa. Lita, te veo luego. —Pete salió disparado del callejón llevándose la caja del Big Mac.

Carlita se apartó un poco de la calle principal después de asegurarse de que Pete no iba a volver. Se retiró entre las sombras escondiéndose de las luces de la calle y del reflejo de las brillantes luces de neón.

Allí, escondida de los ojos humanos, Carlita deseó cambiar de forma. Se le alargó la espalda, las piernas y los brazos se recogieron cuando se le dobló el tamaño de sus músculos ligeros. Se puso a cuatro patas mientras el cuello se le alargaba y los hombros se extendían para aguantar lo que ahora era un bulto mayor más cerca del suelo y sujetar también la cabeza más pesada. Y en cualquier momento, sabía que llegaría (¡ahora!) ese punto casi doloroso de transición en el que los huesos de las piernas se aflojaban, los tendones se extendían y las rodillas de repente se doblaban hacia atrás. En apenas unos segundos (que parecían durar una eternidad cuando tenía lugar el cambio), Carlita dejó de ser

una mujer joven para convertirse en una loba. Ciertamente, era una loba fuerte, más ligera y alta incluso en su forma feroz que sus compañeros de metamorfosis en la forma *Lupus simple*, pero, con todo, era una loba.

Mientras la visión de Carlita se hizo un poco más sensible al movimiento, el olfato y el oído se le agudizaron muchísimo más. Los ojos del animal vigilaban mientras el viento se levantaba en el callejón, azotando en círculos las apestosas cajas de Big Macs, iba a tener que tirarlas más tarde, junto con trozos de papel, una revista destrozada y una envoltura de caramelo. Gracias a las orejas oyó una respiración sofocada, un jadeo no muy diferente del que haría uno de los suyos después de correr una distancia larga o muy deprisa. Pero el sentido que realmente la inundó fue el olfato. Había detectado el olor animal incluso cuando estaba en la piel humana y ahora, ya animal, distinguió sus muchas capas: el olor animal, sangre, el curioso aroma del esfuerzo animal, algo empalagoso... y miedo. Y debajo de todo ello, olía a algo un tanto conocido.

Carlita dejó escapar un gruñido furtivo, una especie de saludo discreto, igual que cuando un hombre dice «¿Quién va?» cuando oye un ruido extraño.

Lo que fuera le contestó con un sonido áspero. Lo había entendido, también era uno de su especie.

La loba Carlita llamó de nuevo anunciando su localización y volviéndose de lado, por si era un truco, para parecer más grande.

Y entonces, desde el tejado saltó una forma pesada, chocando contra una caja y el barato contenedor de basura con el que había tropezado Pete antes. Aterrizó sobre las patas traseras, acompañando el impacto de un sonido húmedo. Aquello parecía herido, confundido por el dolor. Qué raro... los Garou que sufrían metamorfosis solían curarse las heridas a una velocidad pasmosa.

Sólo los enemigos de la raza de los hombres-lobo podían dejarles heridas graves durante cierto tiempo. Para que algo hiriera a un Garou y dejara la herida abierta y sangrando...

Después de recuperarse un tanto, el Garou se incorporó, cambiando de forma lentamente igual que Carlita antes. Pero el cambio fue diferente; cuando había caído del tejado, estaba en su forma «a medias», el Crinos, una combinación de las formas de hombre y lobo. Ahora, después del cambio, se había transformado en la forma Lupus. Para Carlita, eso sólo significaba dos cosas. Primero, que hubiera vuelto a la forma en que nació, por estar más cómodo en esa forma y en mejores condiciones para escapar si Carlita resultaba ser peligrosa. O segundo, sabía que Carlita estaba en su forma Hispo y podría muy bien haber tomado la forma Lupus para demostrarle su respeto, para ponerse en posición de sumisión y que Carlita supiera que necesitaba ayuda.

El Garou se dirigió a Carlita en el peculiar dialecto de los animales.

—Eres tú, Carlita. Necesito ayuda.

Carlita se dio cuenta de que conocía a este Garou: era Hoja Frágil, uno de los compañeros de clan de Madre Eldridge, del clan de la Bahía Herida. Carlita confiaba totalmente en Madre Eldridge, esta mujer madura había ayudado a la joven a aceptar en lo que se había convertido poco después de su Primer Cambio. Pero confiaba bastante menos en Hoja Frágil, que ni siquiera pertenecía a su tribu, era un Uktena, un Garou que siempre estaba al acecho. Carlita sospechaba que sólo pertenecía al clan de Madre Eldridge por lo que pudiera sacar.

La tribu de Carlita, los Roehuesos, era bastante importante en Tampa, y formar parte del clan de la Bahía Herida comportaba un cierto prestigio. Claro que los Roehuesos no venían de cuna especialmente noble, así que muchos Garou no querían relacionarse

con ellos. Eran basura para los otros hombres lobo, chuchos mutis y mestizos que habían perdido al lobo que había en ellos al atarse demasiado a las ciudades. Todo tonterías, claro, pero la sociedad tribal que los Garou habían establecido desde tiempo inmemorial... bueno, conllevaba ciertos prejuicios. La mayor parte de los Garou encajaban en esos prejuicios y puesto que Hoja Frágil no lo hacía, en fin, eso lo convertía en sospechoso por destacar.

Claro que Carlita tampoco estaba desprovista de prejuicios. Hoja Frágil era un metis, un producto de la unión prohibida entre Garou y su nombre reflejaba esa condición, los huesos de Hoja Frágil eran débiles y tendían a romperse. Si hubiera estado por allí para bautizarle, había bromeado Carlita en el pasado, le habría llamado Loza Frágil en vez de Hoja Frágil. Esta deformidad era una debilidad lisiante en la sociedad de los hombres lobo y puesto que los Garou eran una raza feroz, buena parte de su política la imponían aquellos que aplicaban la ley del embudo, lo ancho para ellos y lo estrecho para los demás. Alguien que no pudiera destacar a la hora de combatir tenía que recurrir a otras tácticas. Muchos Garou consideraban estas tácticas débiles o dignas de cobardes, así que además de que le despreciaran por su herencia metis, a Hoja Frágil también le despreciaban por su incapacidad de estar a la altura de los demás Garou a la hora de luchar. Como Roehuesos que era, Carlita debería haber estado por encima de una intolerancia tan rastrera, dado lo que había sufrido ella también, pero cuando los oprimidos tienen la oportunidad de exigir venganza... ¿qué había dicho Lágrimas de Silicio? Qué más daba ahora...

—Llámame Hermana Guapa, ya lo sabes. Soy Hermana Guapa, no te está permitido llamarme Carlita.

—Me disculpo, Hermana Guapa. Estoy herido, necesito ayuda.

—Ya lo veo. ¿Qué pasó? ¿Te caíste por las escaleras?

Hoja Frágil sonrió, algo muy curioso en la cara de un lobo.

—Muy gracioso, más gracioso todavía si supieras mi historia, pero no te culpo. Pero ya está bien de chistes. Las amenazas están aquí.

—¿Amenazas? ¿Qué amenazas?

—Hombres.

Carlita ladeó la cabeza.

—¿Muchos hombres? ¿Por qué no enfrentarnos a ellos y luchar? Los hombres seguro que huyen.

—Estos hombres no van a huir. Estos hombres nos conocen.

—Hoja Frágil se lamió el anca. Carlita vio que aún tenía ahí la herida húmeda, un trozo de carne rasgada que se parecía mucho a una herida de perdigón, pero un perdigonazo se curaba rápidamente, en cuestión de segundos—. Balas de plata, cazadores de Garou.

Carlita retrocedió un poco.

—¿Cazadores? ¿Cazadores especializados? ¿Muchos? ¿Y por qué no escaparnos al mundo de los espíritus?

Ahora era Hoja Frágil el que se sorprendía.

—¿Huir? ¿De los hombres?

Carlita adelantó el hocico.

—¿Gloria a los muertos por mano del hombre? —Era el debate más clásico entre los Garou, los hombres. Algunos hombres lobo defendían la guerra contra la humanidad y sus ciudades, que dejaban cicatrices en el rostro de Gaia, el espíritu madre que los Garou habían nacido para defender. De hecho era algo que había ocurrido en el pasado remoto de los Garou, algo que incluso todavía resonaba en lo más profundo de las almas humanas de estos tiempos modernos. Aquellos que veían a los Garou en aquella forma monstruosa del Crinos sufrían el Delirio, una especie de locura que hacía que el individuo tuviera un ataque de pánico y

luego no pudiera recordar con claridad los detalles sobre los Garou. El Impergium, la guerra contra el hombre, había sido declarada un fracaso rotundo entre los Garou.

Hoja Frágil, sabía Carlita, era un Ragabash, una especie de estafador o comediante entre los Garou. A pesar de lo bajo que caían a veces ni siquiera ellos aceptaban que huir del hombre era disculpable. Carlita, una Philodox, era más práctica, más racional, una jueza. Para ella no había ni que planteárselo: morir esta noche o luchar mañana, ¿qué problema había?

—Luna de Invierno es muy orgulloso, él no va a huir.

Así que *ese* era el problema, Luna de Invierno era un Ahroun, un guerrero, y encima un guerrero joven, decir que era muy orgulloso era decir poco. Carlita había oído hablar a sus amigos de la Manada del Ojo Escondido sobre un jovencito que acababa de tener su Primer Cambio hacía unas semanas. Luna de Invierno todavía estaba desvariando con el poder que le daba ser un Garou. De hecho, al saberlo, Carlita se sorprendió de que Hoja Frágil siquiera hubiera tenido tiempo de llegar hasta aquí para pedir ayuda. Habría sido más del estilo de Luna de Invierno lanzarse contra uno de los cazadores y morir por culpa de un perdigonazo de plata. Tenía que admitir el mérito del lobezno, que no estuviera ya muerto daba fe de que alguien estaba consiguiendo enseñarle algo. Es verdad que los Garou eran duros y desde luego más de lo que pudiera aguantar cualquier hombre, pero un equipo de cazadores expertos era con toda seguridad demasiado para un cachorro, por lo menos muchos juntos.

—Ya basta de charla. Voy a ver a esos hombres.



No estaba lejos, o eso dijo Hoja Frágil, así que los dos viajaron en la forma Lupus al aparcamiento de un almacén que estaba a las afueras de Tampa, camuflados por la oscuridad de la noche. Con un poco de suerte, esperaba Carlita, Luna de Invierno no había hecho ninguna tontería demasiado grande y todavía podría llegar a tiempo para ayudarle. No es que le cayera bien, Luna de Invierno había terminado el instituto el año pasado y al igual que los pocos críos que conocía de las afueras acomodadas de la ciudad, era un inmaduro y un imbécil de sobresaliente. Añádasele su naturaleza Ahroun a la invencibilidad propia de cualquier adolescente y tenías un chaval tan tozudo como un... bueno, como un mulo, para ser sinceros. Carlita era tres o cuatro años más joven que Luna de Invierno y ya era mucho más sensata, comprendía mejor las peculiaridades de la vida Garou, por ejemplo, el respeto que se debía a los logros conseguidos y la sabiduría de entender que meterse en una pelea con un poli por haberte pescado bebiendo siendo menor de edad no cuenta como logro. Con todo, en estos tiempos que corrían, los Garou eran una raza poco frecuente y moribunda y hasta los más tercos y estúpidos solían tener algo que los redimía cuando era necesario. Luna de Invierno sólo tenía que encontrar qué era ese algo en su caso.

Carlita sintió algo raro desde el punto en que se acercaron al aparcamiento, olía algo conocido en el aire, pero no sabía qué era exactamente. Al parecer, Luna de Invierno había estado enredando por el aparcamiento por algún asunto (Hoja Frágil no sabía por qué, aunque dijo que uno de los ancianos había enviado al cachorro a buscar algo) sólo para ser víctima de una emboscada de los cazadores que debían haberle seguido o haberle visto cambiar de forma. En la cima de una colina sobre el aparcamiento, Hoja Frágil describió el terreno: Luna de Invierno estaba dentro del aparcamiento, que a su vez estaba rodeado por una valla de

defensa. Cualquier Garou que se preciase podía superar eso sin demasiadas dificultades, pero fuera, un perímetro de una docena o así de buena gente con escopetas apuntaba de vez en cuando amenazando al joven lobo que, por lo menos, tenía el buen sentido de correr en zigzag entre un cobertizo ondulado del aparcamiento y tres pesadas camionetas que estaban aparcadas.

Carlita y Hoja Frágil adoptaron forma humana, Carlita era una adolescente hispana larguirucha y de tez morena y Hoja Frágil un hombre de complexión morena pero aventada, de unos veintitantos años, pelirrojo y con una sombra de barba. Se agacharon en la cima de la colina para contemplar la escena.

—Esos cazadores son buenos, Hermana Guapa. Ya se han enfrentado a los Garou antes, mira como hacen moverse constantemente a Luna de Invierno esperando cansarle. Son muchos más así que cada uno de ellos tiene que moverse menos, pero Luna de Invierno no puede dejar de correr.

—Apuesto a que el pobre crío está volviéndose loco ahí abajo. Igual así aprende, probablemente jamás se ha enfrentado a nada que no pudiera superar a base de porrazos.

—Ya lo sé —Hoja Frágil contuvo una sonrisa—. Bueno, vale más que lo aprenda ahora, antes de someterse a los ritos de iniciación y termine fracasando por culpa de alguna vanidad estúpida.

—Mira quién habla, debilucho. Yo voto porque se deje al pipiolo aprender por las malas. ¿Qué pasa con esa herida?

—Va un poco mejor. Seguramente estaré dolorido unos días.

—Sí, bueno, no hablaba de eso. Verás, era una forma sarcástica de decirte «*Si los cazadores andaban detrás de Luna de Invierno, ¿cómo es que terminaste tú con un disparo?*»

—Ah, perdona. No se mucho de ironías. Para los débiles y demás.

—Mira, Hoja Frágil, menos cachondeo. Me importan poco esas citas altruistas que, además, habrás leído en los anuncios de algún autobús; y que no se te olvide quién es aquí el gran lobo.

—Echando mano del rango, ¿eh? Vale, vale. Y fue John Knowles^[2].

—Deja de cambiar de tema, joder, o vas a terminar como las alitas de pollo a las que me recuerda tu inconsistente osamenta.

—De acuerdo. Los cazadores me dispararon. Oí aullar a Luna de Invierno mientras pasaba de camino al clan Sigue el Norte. Me acerqué con cuidado y supongo que uno debe haberme visto. Reconocí a Luna de Invierno antes de que me dispararan pero no pude hacer nada para ayudarle, así que me fui a buscar a alguien que pudiera y resulta que me encontré contigo la primera, olí tu asquerosa «cena» sobre media milla antes y simplemente seguí el rastro de moscas. —Hoja Frágil sonrió.

—Sabes, para alguien que fue lo bastante sabio como para ir en busca de ayuda, no eres lo bastante listo para hablarle con respeto a tus mayores.

—Yo soy *tu* mayor, solo que tú tienes más fama.

—Bueno, lo que sea. Pero no te pases. Estoy aquí por propia voluntad, no porque sea responsabilidad de la manada Dedos Pegajosos estar pendiente de ese mocosito.

—Me parece muy bien, pero mira otra vez a esos cazadores. Deben haberse pagado las balas ellos mismos, porque las están tacañeando un montón.

Carlita se dio cuenta de que Hoja Frágil tenía razón, al principio había pensado que quizá no querían atraer la atención con disparos, pero estaban lo bastante lejos de la ciudad propiamente dicha como para que cualquiera que oyese algún disparo sólo pensase que los residentes estaban espantando caimanes o

coyotes. No, estos tíos estaban demostrando una economía notable con aquellas armas, lo cual quería decir que tenían un presupuesto limitado o que sólo tenían las balas de plata que llevaban con ellos.

—Sí, ahora que lo dices. Y mírales, parecen unos palurdos, no son esos trajeados del gobierno de la «Operación Lobo Adolescente» o como se llame. Lo que quiere decir que a menos que Pentex esté trabajando en algún proyecto de *Rescate*, estos merluzos no forman parte de ninguna organización mayor.

—Bueno, no conducen coches del gobierno, son todo pontiacs y camionetas.

—¿Y por eso sabemos que son hijos de sus abuelos y encima estúpidos?

—No, iba a sugerir que van por cuenta propia.

—Ya lo sé, pero no me agobies. Sólo estaba haciendo un chiste, Hoja, así es como me enfrento a la tensión.

—Muy perspicaz.

—Vete a la mierda. Lo oí en la Dra. Laura.

—Bueno, pero para volver al tema que nos ocupa, ¿qué hacemos?

—Si se están mostrando tan frugales con los rifles, eso seguramente significa que no tienen mucha munición. Si los podemos distraer y que desperdicien unas cuantas balas, estaríamos en mejor posición para luchar contra ellos si es que llega el momento.

—¿Y por qué no llamamos a la poli y ya está, Hermana Guapa?

—No, no funcionaría. Suponiendo que los paletos estos no sean dueños de la propiedad, se los llevarían y la policía traería a la protectora de animales para que se ocupara de Lunalenta que o bien destroza a unos cuantos o el muy tonto termina enseñando el culo en el zoo.

—Podemos aullarle para que cambie de forma. Cuando los polis vengan se encontrarían con esos tíos rodeando a un pobre chaval de las afueras. Quién sabe, quizá sea algo legítimo, quizá intentó divertirse un poco con la hija del granjero y al granjero no le gustan los hombres lobo.

—No, hay demasiados. Incluso si los polis lo achacaran todo a unos cuantos rústicos alucinando a la luz de la luna, alguien terminaría oyendo algo y sabría lo que pasa. Y terminaríamos hasta las orejas de cazadores que tienen todos los dientes y no se dedican a manosear a sus hermanas.

—Ahí lo tienes, Hermana Guapa. Ahora ya sabes por qué fui a buscar a alguien.

—Bien hecho, maravilla de chaval. Ahora deja que la chica murciélago piense un momento. —Carlita se sentó y cogió un palo con el que empezó a hacer esbozos en el suelo y la hierba—. Por mucho que crea que ese crío es un lerdo, quiero sacarle de ahí con tanta dignidad como pueda. Ya le van a patear bastante el culo cuando vuelva al clan de la Bahía Herida.

Hoja Frágil se encogió de hombros, se sentó sobre los cuartos traseros y contempló la situación que se desarrollaba abajo.

—Voy a entrar —anunció Carlita de repente.

—Sabía que ibas a decir eso, Hermana Guapa, así que aquí tienes las razones para no hacerlo que me he pensado por adelantado. En primer lugar, te van a ver y entonces te van a disparar. En segundo lugar, todo lo que eso va a conseguir es tener dos Garou atrapados en vez de uno, y entonces os van a matar a los dos. En tercer lugar, no hay nada ahí que pueda ayudarte, lo que hay es lo que ves. A menos que estés planeando hacerle el puente a una de esas camionetas y atropellar a los cazadores, en cuyo caso te dispararían antes de que pudieras intentarlo, es una pérdida de tiempo. En cuarto lugar, quizá sea algo cínico por mi

parte, pero no puedo evitar pensar que meterse ahí corriendo va a desequilibrar la situación de un modo que no he explicado todavía.

—Avísame cuando termines, Dientes Frágiles, estúpido Ragabash.

—Eso es prácticamente todo.

—Muy bien, entonces quédate aquí y cierra el pico. Oye, haz algo útil, atrae algún disparo por ejemplo.

—Estas de coña, ¿no?

—Un poco. —Con una sonrisa festiva Carlita bajó la cuesta andando.

Mientras descendía hacia el aparcamiento del almacén invocó a los espíritus camaleón, «*Esconde mi presencia, esconde mi paso; protégeme de la vista y el sonido*» susurró sin aliento. Sin otra cosa que la voluntad y la bendición de esos espíritus, Carlita se desvaneció de los sentidos colectivos de los cazadores incluso antes de aparecer. Invisible e inaudible, pasó arrastrándose por debajo de la verja rodante, andando luego a zancadas llenas de confianza hacia una de las camionetas, donde se acababa de poner a cubierto Luna de Invierno. Se metió debajo del camión, tan invisible para el Garou como para los cazadores y le dio un golpecito en el anca.

—¡Bu, mierdecilla! —Luna de Invierno, en forma Lupus, casi se sale de la piel, golpeándose la cabeza y las patas traseras con la parte inferior del chasis del camión—. Sígueme. —Sin darle oportunidad de responder, salió de debajo del camión y trotó hacia el cobertizo de metal, abrió la ventana y entró.

Al asomarse por la ventana, oyó un disparo y sintió una breve punzada de nervios en las tripas pero se amainó cuando el bulto de Luna de Invierno se estrelló contra la ventana demasiado pequeña para él. Salpicó el suelo un poco de sangre pero aún

antes de haber asumido totalmente la forma homínida, Luna de Invierno ya se había curado.

—Hermana Guapa, estás como una puta cabra, ¿qué coño haces?

—Eh, frena, Acecha-la-Cerveza-Barata. Eso no suena a gracias.

—¿Gracias? Coño, no, no son las gracias. ☒Me estás jodiendo vivo!

—¿Qué? Estoy aquí para *ayudarte*, imbécil.

—No puedes ayudarme en el rito de iniciación, gilipollas. No se permite.

Dios.

Maldito sea.

Hoja.

Frágil.

—¿Tu rito de iniciación? ¿Eso es lo que es?

—Pues sí. Y lo estaba haciendo bastante bien hasta que fuiste tan tonta como para entrar aquí y estropearlo todo. Garras de Venganza está mirando desde la colina.

Carlita se quedó mirando a Luna de Invierno (joder, se quedó mirando a Jeremy Bleddsoe) y suspiró.

—Bueno... mierda. Me voy a largar de aquí y si Garras de Venganza dice algo, esto, le diré que no lo sabía y que además no importa porque no te ayudé.

—Sí, buena idea, Hermana Guapa. Y mira a ver si te trae una pizza ya que estás en ello.

—No te pases. Me largo, pero sigues sin caerme bien.

—¿Quiere eso decir que no vas a venir conmigo al baile del instituto? —se burló Jeremy.

—Date por satisfecho si no me cargo a la tía que lles al baile para echarme unas risas. —Y con esa última palabra, bastante débil por cierto, Carlita volvió a salir gateando por la ventana.

Sabía que todavía era invisible para los cazadores (quienes fueran) pero a menos que Garras de Venganza no la hubiera visto hablando con Hoja Frágil, probablemente la estaría esperando en la verja. Y por alguna razón dudaba de que Garras de Venganza no la hubiera visto, o sino ¿por qué la había engañado Hoja Frágil para que viniera aquí?

Y claro, en la verja la estaba esperando el negro alto. Se habían ido unos cuantos cazadores pero un grupo todavía considerable estaba amontonado alrededor de los coches y camionetas con aspecto divertido.

Y Hoja Frágil no aparecía por ninguna parte.

Capítulo dos



En algún lugar sobre el océano Atlántico, ahora:

Carlita abrió los ojos legañosos y vio que la cabina estaba a oscuras. Se habían apagado las luces para que los pasajeros pudieran ver la película. Se quedó mirando a las figuras de la pantalla pero no relacionó quienes eran o lo que estaban haciendo, todavía estaba medio dormida, pensando en Hoja Frágil y la que le había montado.

Cerró los ojos y gimió suavemente conteniendo un gruñido. A los pocos momentos estaba otra vez dormida, recordando el resultado de la bromita de Hoja Frágil...



Tampa, unas semanas atrás:

Hermana Guapa hizo una mueca de desagrado, tanto por el sabor de las alitas de pollo a la barbacoa que había encontrado en la basura detrás del restaurante del centro comercial como por la regañina que le estaba echando en su propio apartamento Madre Eldridge. Para empezar, todo el asunto lo había planeado,

obviamente, Hoja Frágil, pero como éste formaba parte del clan de Madre Eldridge y Hermana Guapa era técnicamente miembro de una manada cuyo clan ya no existía, las simpatías de Madre Eldridge tenían que estar con su compañero de clan antes que con su compañera de tribu. Bueno, no lo estaban pero las obligaciones filiales eran muy raras entre los Garou.

—Hoja Frágil dice que intentó convencerte para que no entraras. Dice que te dio... —Aquí a Madre Eldridge le dio una tos fuerte y seca. Nadie sabía de dónde venía aquella tos y el chiste que se contaba era que había fumado tanto antes de su Primer Cambio que el cáncer de pulmón se había establecido antes de que la típica dureza Garou tuviera oportunidad de echarlo. No muy probable, claro, pero la tos definía buena parte de su forma de hablar y resultaba bastante menos aterrador considerarla el resultado de un mal conocido que obra de alguna toxina infernal que atacaba a los Garou sanos y se negaba a ser expulsada—. Te dio cuatro razones, una de las cuales era *«No lo hagas porque no sabes lo que está pasando allí dentro»*.

—Mentira cochina, Madre. Es un mentiroso y lo sabes. Ya te ha mentado antes.

—Pero no fue él el que estropeó los ritos de paso de otro clan para uno de sus últimos miembros. Esa has sido tú.

—No me puedo creer que te pongas de su lado en esto. Además ¿qué clase de rito de iniciación es ese? ¿Estaba encerrado en el patio trasero de alguien y todo lo que tenía que hacer era salir? ¿Oder! ¿Por qué no le hicieron que saliera a puñetazos de una bolsa de papel mojada o que recogiera latas de coca-cola o algo así? Quizá encender y apagar la luz...

—No metas en esto los motivos de Garras de Venganza como jefe de clan. No me estoy poniendo del lado de nadie. Hiciste lo que hiciste y no es algo que puedas discutir.

—¡Bero Hoja Frágil me engañó!

—Sólo porque le dejaste. Admítelo, Carlita. Fuiste sin pensarlo ni un segundo... —tos, tos, tos— porque querías enseñarle lo que era bueno. Si le hubieras hecho alguna pregunta más, probablemente hubiera mostrado los fallos de la historia y podrías haberla juzgado mejor.

—¿Ves? ¿Ves? Te estás poniendo de su lado. Sabes que fue él quien me metió en esto y ahora le defiendes.

—Carlita, por eso lo hace. Como hijo de la luna nueva, su obligación es advertir a los Garou para que no nos confiemos demasiado y actuemos precipitadamente, que parece que fue lo que tú hiciste en esta situación. No tengo que decirte... —tos, tos, tos— que tienes más rango que él, sin embargo te hizo caer, puso en evidencia un defecto tuyo. Sé noble, acepta lo que has hecho y aprende de tus errores.

—Aprendería mucho más (¿quieres una de estas alitas? Creo que están hechas todas de patas y picos). Aprendería mucho más si no estuviera convencida de que el patético ese se estuvo riendo todo el camino hasta esa alcantarilla que llama hogar.

Madre Eldridge rechazó con un gesto las dudosas alitas y tomó un tragó de la lata de cerveza Pabst Blue Ribbon templada.

—Eso no es asunto tuyo. Con esa tozudez tuya, sólo estás haciendo que el reconocimiento que va a recoger con esta escapada sea mayor.

—¿Reconocimiento? ¿Ese capullo se está ganando un nombre a costa de esto? ¡La leche! No sabía que ahora por ser un gilipollas te daban una placa al mérito. ¡Consigue que alguien se cargue un rito de iniciación y te conviertes en rey por un día!

—Oh, no le están alabando por arruinar el rito de iniciación. Él no fue el que lo hizo, todo lo que hizo fue señalar un error tuyo. Deja de echarle la culpa a él, Carlita. Tú eres una Philodox,

deberías haber sido la primera en saber que lo que estabas haciendo estaba mal pero en vez de eso enseguida le echas la culpa a otros. Eso no es lo que hace un Garou sabio.

Carlita gruñó. Sabía que estaba equivocada, pero a pesar de todo no creía merecerse que la sometieran al tercer grado. Hoja Frágil se tomó muchas molestias para hacer creíble su historia. Se había cortado con una hoja de plata para parecer herido y había elegido las palabras con *mucho* cuidado, sin indicar que sabía que Luna de Invierno se estaba sometiendo a un rito de iniciación pero tampoco negándolo, porque la había inducido a no preguntar.

—Ya lo se, Madre...

Tos, tos, tos.

—Y por eso vas a tener que aceptar una búsqueda de penitencia para recobrar tu buen nombre.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Me has oído.

—Estaba a punto de disculparme.

—A veces, querida, decir lo siento no basta. Si le preguntas a Luna de Invierno o a Garras de Venganza estoy segura de que los dos te contestarían que, para empezar, si lo sintieras no lo habrías hecho. Tranquilízate, eso no quiere decir que tengan razón; sin embargo, se les ha hecho un perjuicio, así que es normal esperar una cierta hostilidad por su parte.

—Pues muy bien. Ahora sí que no lo siento.

—No te pongas así. Tu imprudencia ha estropeado algo más que un simple rito de iniciación. Y tienes razón, era un rito de iniciación absurdo, pero no se trata de eso. ¿Sabes los cazadores que rodeaban el aparcamiento? Eran Parentela Roehuesos, traídos desde el sur de Georgia y la frontera de Alabama. Garras de Venganza no tiene ninguna Parentela propia cerca de aquí y la

mayor parte de los del sur de América son Roehuesos y Fianna. Me ofrecí a permitir que el clan Sigue el Norte pidieran ayuda a nuestra Parentela.

—Ya... ¿por qué tengo la sensación de que lo que me vas a decir va a ser una auténtica mierda?

—Porque... —tos, tos, tos— porque va a ser una auténtica mierda. Porque Garras de Venganza me pidió apoyo para conseguir la ayuda de la Parentela. No sólo estropeaste los esfuerzos de la Parentela, sino que cancelaste ese favor que me iba a deber Garras de Venganza.

—¿Es demasiado tarde para retirar lo que te dije sobre que retiraba que lo sentía?

—No me interrumpas, no he terminado. —Los ojos de Madre Eldridge brillaban como carbones, pero si era por el enfado o por la incomodidad de los ataques de tos, Carlita no lo sabía. No era una mujer muy alta y la edad la había encogido un poco, pero hacía que Hermana Guapa se sintiera muy pequeña, sobre todo ahora que se hablaba de disciplina—. También me hiciste quedar como una tonta. Garras de Venganza sabe que eres una Roehuesos y el hecho de que te haya dado consejos y te haya defendido en el pasado no te ayudó mucho ayer. Añádele a eso el hecho de que no eres ninguna cachorra retozona, sino una Roehuesos muy bien considerada —Madre casi interrumpió el hilo de pensamiento para contener una carcajada ante esa idea—, y has hecho parecer bufones a todos los Roehuesos del estado. Tienes mayor rango que el lobezno cuyo rito de iniciación invalidaste y que el timador que te convenció para que hicieras el imbécil. ¿Cómo crees que nos deja a los demás cuándo nuestros Garou más hábiles casi se rompen las patas al intentar meterlas hasta el fondo?

—Venga ya, bobadas, Madre, lo sabes. Joder, ser un Garou no es como ser católico. No se heredan los pecados del padre o los de la madre, ni siquiera los pecados de Hermana Guapa. Yo soy la que he quedado como un payaso, y yo soy la que va a arreglar el lío en el que me he metido.

—No es tan sencillo, Carlita. ¿Ves esa gorra de los Bucaneros de Tampa Bay que llevas en la cabeza? Cuando Trent Dilfer falla un pase, ¿pierde el partido Trent Dilfer? No, son los bucaneros los que pierden el partido.

—Trent Dilfer ya ni siquiera juega con los bucaneros, estás pensando en Shaun King, o este año Brad Jonson, pero probablemente no estés hablando de ese tampoco. Dilfer jugó con el Baltimore un tiempo, pero ya no.

—No estoy hablando de eso. Bueno, de hecho, todo eso demuestra lo que digo. En los Ravens, ¿quién era ese jugador de fútbol que estuvo implicado en ese asesinato en Atlanta? ¿El tipo que salió impune?

—¿O. J. Simpson?

—Deja de hacerte la lista. Ray Lewis. Ray Lewis huyó de la escena del crimen, pero a pesar de eso los Ravens de Baltimore ganaron la Super Bowl. A pesar de las acciones de uno de sus miembros, al equipo todavía se le conoce por el esfuerzo colectivo que realizan.

—Ya, sólo que los Ravens sí que ganaron la Super Bowl.

—Exacto, así que dime, Ray Lewis, ¿qué has ganado tú para los Roehuesos?

Carlita no tenía nada que decir.

En medio de una nube de toses secas, Madre Eldridge levantó su viejo cuerpo del duro sofá que Carlita había rescatado y traído al apartamento de renta baja que ocupaba.

—Quiero que pases por el club dentro de dos días. Allí te diré lo que vas a hacer para compensar a todos los que has decepcionado. —Agitando la cabeza ante el póster de Tupac Shakur pegado a la pared con trozos de cinta aislante, Madre Eldridge salió sola del apartamento.

Carlita se dejó caer en el sofá, derrotada, con los dedos pegajosos de la salsa barbacoa y sólo frunció los labios. Que dos días más horrorosos y no había duda de que las cosas sólo iban a empeorar. Era un torbellino de mal karma, debería haber sabido que las payasadas de un Ragabash mutante sólo podían terminar con una especie de familia de palurdos georgianos descoyuntados, metáforas futbolísticas y una culpa casi religiosa. Carlita cogió la lata de Madre Eldridge de PSB de la mesa y le echó un buen trago.

Todo consecuencias.



Madre Eldridge levantó la vista hacia la ventana de Carlita arrepintiéndose un poco de haberse puesto tan firme. Si bien Hermana Guapa era responsable de sus actos, sólo era una chiquilla, quince años, quizá dieciséis, Madre Eldridge no lo sabía. Un ataque de tos interrumpió sus pensamientos. Pero había recorrido mucho camino en muy poco tiempo; eran tan jovencita cuando tuvo su Primer Cambio! Doce años! Madre Eldridge se acordaba de cuando habló con Gloria, la madre de la chica. La pobre mujer estaba traumatizada, llevaban generaciones sin que les naciera un Garou en la familia y ninguno de los Gutiérrez modernos había dado demasiado crédito a las viejas historias familiares de los metamorfos de la familia, y eso suponiendo que Gloria perteneciera a la familia de la Parentela. Con buena parte del linaje

Roehuesos ya nadie sabía nada. El cuerpo de Carlita se había rebelado contra sí mismo durante un tiempo después de aquel primer cambio. Devolvía por las mañanas, devolvía después de comer, devolvía en la escuela, cada vez que había que pensar o que moverse la pobrecita lo echaba todo hasta que lo único que podía vomitar era bilis. Gloria pensó que estaba embarazada y Javier llevaba fuera de casa unas semanas ya que estaba trabajando en un recorrido largo de la autopista 95. Es decir, Carlita no tenía a nadie a quién recurrir.

Aquellos primeros meses fueron los peores, pero Carlita había conseguido superarlo bastante bien. Necesitaba constantemente ropa nueva al vomitar o sudar la que los Garou de la Bahía Herida le habían encontrado; pero salió airosa de su rito de iniciación al robarle un diente a la bestia Wyrn con la que la manada de cachorros se había encontrado y al convencer al Maestro del Rito para que lo consagrara como daga de colmillo. La chica tenía habilidad, sensatez y carisma.

Cosa que no se podría deducir de este pequeño episodio, se preocupó Madre Eldridge. La pubertad no estaba siendo demasiado agradable con Hermana Guapa y las únicas personas que congeniaban con ella eran los perversos callejeros que no sabían lo que era y deseaban desesperadamente meterse en... bueno, cualquier cosa, jovencitas incluidas. Todavía parecía que el cuerpo de Carlita se hubiera declarado la guerra a sí mismo, con la piel sufriendo aún acné juvenil y su vigor Garou curándole los granos casi a la misma velocidad que se le formaban. La cría comía constantemente, sin duda para evitar que ese horno de metabolismo digiriera el cuerpo que lo sustentaba. Debía tragar dos veces más de lo que come un chaval normal de su edad, y eso que los chavales normales eran pozos sin fondo.

—Lo siento, Carlita —le tosió Madre Eldridge a nadie en particular—. Las cosas van a ponerse peor antes de empezar a mejorar.

Capítulo tres



Sobre el océano Atlántico, acercándose a España:

Carlita hizo una mueca y miró con los ojos entrecerrados a Grita Caos, que le había dado un codazo despertándola de un susto.

—¿Qué? —dijo la chica cansada y enfadada.

—Eh —dijo Grita Caos con aire de disculpa—. Tengo que ir al baño, déjame pasar.

Carlita puso los ojos en blanco y se levantó al pasillo mientras Grita Caos se deslizaba a su lado para dirigirse a la parte de atrás del avión. Carlita se volvió a sentar pero esta vez cogió el asiento de Grita Caos, en el medio, al lado de Ojo de Tormenta, que todavía dormía profundamente; miró a John y Julia, John estaba dormido pero Julia estaba viendo la película. Carlita sacudió la cabeza y le echó un vistazo a la pantalla. Un crío llorando. No entendía como alguien podía soportar ver semejante chorrada, así que cerró los ojos intentando dormirse otra vez. No podía olvidarse de Hoja Frágil.

Dios. Maldito sea. Hoja. Frágil.



Tampa, semanas antes:

Mientras rondaba por el boun, Carlita vio a Hoja Frágil, en la forma Lupus, salir del túmulo. No era un sitio demasiado atractivo, sólo un montón de árboles famélicos en la Península Pinellas, pero cumplía su función. El clan de la Bahía Herida era sorprendentemente multitribal, tenía la esperable mayoría de Roehuesos y Moradores del Cristal (al ser un túmulo bastante urbano) pero también acudían a él unas cuantas tribus de nativos americanos, especialmente los que tenían herencia Tocobago, ahora poco más que una simple nota histórica a pie de página.

Pero de todos los Garou, era con Hoja Frágil con el que Carlita quería tener unas palabritas; mañana averiguaría exactamente que penitencia le había conseguido Hoja Frágil con su treta, pero hoy quería saber por qué. Se había escondido durante horas entre los pinos, justo fuera del perímetro del túmulo, esperando a que esa patética basura traidora saliera arrastrándose. No había querido atravesar el boun, no había duda de que el Maestro del Rito se daría cuenta de que estaba allí (si es que no lo sabía ya, gracias a los espíritus que entraban y salían revoloteando del lugar, menudos loritos).

Cuando Hoja Frágil salió a paso largo, Carlita se transformó en su propia forma Lupus escuálida y larguirucha, teniendo mucho cuidado de mantenerse a favor del viento con respecto a él para poderse seguirle por el olor si lo perdía de vista.

Carlita siguió a Hoja Frágil durante una media hora, hasta asegurarse de que estaba lo bastante lejos del túmulo para «hablar» a su manera sobre ciertas cosas con el metis. Éste parecía ir algo

más despacio, así que la loba se le acercó más por atrás para que no pudiera verla cuando le entrara.

De un salto Carlita echó a correr hacia Hoja Frágil lanzándose por el aire y transformándose en Crinos. Del sitio donde lo tenía en la cintura sacó la daga de colmillo dedicada. Hoja Frágil la oyó saltar por el aire demasiado tarde y se tiró un poco hacia un lado al tiempo que extendía las pezuñas y se agachaba con la esperanza de superar con esa táctica a lo que fuera que le había seguido.

Carlita aterrizó con fuerza sobre el sorprendido Garou y oyó un satisfactorio *crack* que debía provenir de una pata trasera. Instintivamente Hoja Frágil asumió su propia forma Crinos, nervuda y de pelo rojo, pero para cuando había adoptado la forma de batalla, Carlita ya le había puesto toda una batería de garras alrededor de la garganta y le había posado la daga de colmillo justo debajo de un ojo.

—Muévete y te quedas más flojo de lo que ya eres.

—Hermana Guapa, yo...

—Ahora hablo yo. Yo pregunto, tú contestas.

Hoja Frágil cambió de forma de nuevo, esta vez a Homínido para poder hablar con más elocuencia y demostrar su sumisión. Siguiendo su ejemplo, Carlita cambió a Glabro manteniendo la ventaja en fuerza y tamaño (de hecho, estaban más equilibrados pero Carlita supuso que la pierna rota de Hoja Frágil le mantendría respetuoso, por lo menos hasta que se curase en un minuto o así) y también mantuvo la daga cerca de la mejilla del hombre.

—Ahora, cachorro, vas a contarme todos los motivos que tengas para explicar esa treta tuya —dijo Carlita con voz áspera, los labios y la lengua glabros se esforzaban para formar las palabras—, o te voy a sacar el ojo y cauterizártelo con gusanos dentro.

— ¡Tenía que encontrar un voluntario! ¡Necesitaban un voluntario! Todo lo que hice fue darles a alguien que hiciese lo que ellos querían. Necesitaban a alguien que ayudase.

— ¿Quién? ¿Y para qué es el voluntario?

— Oí a Madre Eldridge y Garras de Venganza hablar sobre ello. Algo sobre un Garra Roja y un Contemplaestrellas, una profecía y una tercera manada. Necesitaban a alguien para la tercera manada.

— ¿La tercera manada de qué?

— No lo sé.

— ¿Y entonces por qué carajo me convertiste a mí en voluntaria, cabrón?

— Yo no te convertí, te convertiste tú. Yo sólo te di la oportunidad.

Carla se estaba enfadando cada vez más. Los labios formaron un gruñido y presionó un lado de la daga contra el ojo de Hoja Frágil.

— No sabes para qué es, ¿pero quieres que lo haga yo? No sabes lo que pasa ¿y necesitas que yo me ocupe de ello? No tiene ningún sentido. Dame más para continuar o te vas a arrepentir.

— Creí que no me escucharías.

Carlita soltó la garganta de Hoja Frágil pero le mantuvo pegado al suelo sujetándolo con las rodillas por los hombros y conservando la daga en el ojo.

— Lo vi en un sueño. Un espíritu pez vino a mí y me dijo que «*En la tercera manada los jóvenes defenderán el equilibrio*».

— No me jodas. ¿Un *algo* vino a ti en sueños?

— Sí, te lo juro, y entonces, cuando oí a Madre Eldridge y Garras de Venganza hablar sobre el Contemplaestrellas y el Garra Roja y su tercera manada, supe que era algo más que un sueño.

Era una profecía de verdad. Los espíritus peces son servidores de Uktena. El propio Uktena es el patrón de esa tercera manada!

—Estás peligrosamente cerca de empezar a soltar blasfemias, A-Punto-De-Ser-Tuerto.

—Es verdad, yo pertenezco a la tribu Uktena, sé de lo que estoy hablando.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?

—*Los jóvenes defenderán el equilibrio.* Eres la Garou más joven que conozco y eres una Philodox. Tú eres la joven y el equilibrio del mensaje del espíritu pez. Y tampoco es como si pudiera ir a decirte... «Tuve un sueño y un pez me dijo que tenías que presentarte voluntaria para algo que va a ocurrir pronto».

—Exacto.

—¿Ves? Tenía que conseguir que te presentaras voluntaria. Tenía que asegurarme de que los otros veían quien era la mejor elección para ese trabajo.

—¿Y cuál es ese trabajo?

—Eso no lo sé.

—¡Hijo de puta! ¿Me metes en no se qué y ni siquiera sabes qué va a pasar?

—Yo no pongo en duda a los espíritus. Si no tienes que ser tú, ya se presentará otro.

—Mierda. Por eso nunca confié en ti, Hoja Frágil. Un poco de honestidad habría conseguido mucho más.

—Selene no me escogió por mi honestidad. Sólo lo dices porque eres una Philodox y si tuvieras la oportunidad de presentarte voluntaria podrías haberte arrepentido. Así no te queda más remedio que hacerlo.

Con los labios doblándose de pura rabia, Carlita rozó con el lado afilado de la daga la parte superior de la mejilla de Hoja Frágil.

—Vas a dejar que tome mis propias decisiones, pipiolo. Con peces sueños o sin ellos, sé cuidar de mí misma.

—Eso ya lo se —contestó Hoja Frágil mientras la sangre se acumulaba en el corte y le rodaba por la cara. Iba a dejar una cicatriz y sin duda esa era la intención de Hermana Guapa, pero tenía que admitirlo, si no estuviera tan encantado con su propia brillantez para urdir la artimaña, probablemente estaría algo más que disgustado si le hubiera ocurrido a él—. De hecho eso espero. Será lo único que te devuelva viva a casa.

—Si estás intentando halagarme, lo único que estás haciendo es cabrearme.

—No, Hermana Guapa, hablo en serio. Sé que no nos llevamos bien, pero no se trata de eso. Te respeto, respeto tu categoría y respeto que tú sabes mucho más sobre ciertas cosas de lo que yo llegaré a saber jamás. ¿Por qué no puedes tener la gentileza de respetar lo que yo sé?

Hermana Guapa se inclinó hacia atrás y quitó las rodillas de los hombros de Hoja Frágil.

—¿Sabes qué, Huesos de Cristal? Eso sonó a algo que podría haber dicho yo. Sólo que yo lo diría cuando no acabo de joder a alguien para que acepte una búsqueda de una visión de mierda para la que ni siquiera he tenido la buena educación de ver la visión en cuestión. —Se levantó y le extendió la mano a Hoja Frágil convirtiéndose de nuevo en Homínido al hacerlo.

—Piensa en esto también, Hermana Guapa. Tú también jodiste el rito de iniciación de Luna de Invierno, ahora va a tener que pasarlo de nuevo y quizá esta vez Garras de Venganza piense en algo de verdad con lo que retarlo. Y le servirá de lección, menudo capullo. —Hoja Frágil se sacudió las hojas y la suciedad que tenía encima.

—Eso también. Pero hazme un favor.

—¿Qué?

—No me hagas más favores.

Y con eso Carlita entró caminando en el pinar. Mañana se iba a determinar qué papel iba a jugar ella en la profería de aquel lunático.



No era un club tanto como una sala de billares y parecía no cerrar nunca a pesar del hecho de que los permisos para vender bebidas alcohólicas le deberían secar los grifos durante al menos seis horas al día. Claro que, quizá ese fuese el secreto: el Club Social Eldridge no tenía permiso para vender bebidas alcohólicas, cosas más raras se habían visto. Con aquel flujo imparable de malos escabrosos y gente un tanto más civilizada de los barrios bajos que atravesaban la pista de baile pasando por las mesas de billar y saliendo por la puerta de atrás, cualquier cosa era posible.

Carlita llevaba un tiempo siendo una fija del local. No era una gran jugadora pero se llevaba bien con Oliver, el jefe de la sala de billar y si estaba en el Eldridge y no estaba hablando con Madre, estaba comiendo tres cestas de onduladas (no preguntes con qué aceite las fríen) y pegando tacazos con Oliver.

Carlita le saludó con la mano.

—Hola, Hermana —saludó él a su vez, y ella se dirigió a la parte trasera. Unos cuantos de los caballeros de los billares la miraron con ojos golosos pero ella les devolvió la mirada emitiendo tanta mala leche como cualquiera de ellos. Después de pasar la última mesa de la sala (ocupada por media docena de chicos blancos que pasaban más tiempo discutiendo que jugando al billar), Carlita atravesó unas puertas al estilo de un salón del oeste y

entró en el bar. Madre Eldridge estaba en una mesa con aquel «novio» con el que llevaba mil años, Earl. Estaban jugando al póquer.

—Qué hay, Madre, hola, Earl. —Se acercó furtivamente a la mesa, al lado de ellos, al mismo tiempo que le hacía una seña a la camarera enseñándole los tres dedos de siempre.

—Qué hay, Lita —dijo Earl sin molestarse en levantar la vista de las cinco reinas que tenía en la mano—. ¿Quieres entrar?

—No con la jugada que llevas. Madre, está haciendo más trampas que un hijo de puta.

—Y que lo digas, y tampoco es que esté llevando un juego justo —la risa se le convirtió en un ataque de tos.

—Yo creía que esa mierda sólo pasaba en los dibujos animados y en las películas, Earl.

—El que no se arriesga, no cruza el río. Diría que estamos jugando al Sudor Mejicano, pero no quisiera ofender.

—Na, soy puertorriqueña. —Earl era como tener tío lerdo, razonó Carlita, era bastante agradable, pero sólo se preocupaba por sí mismo. No entendía por qué Madre le permitía ser su... bueno, lo que fuera.

—No te pongas muy cómoda, Carlita. Tenemos que ir a un sitio.

—Bueno, ¿puedo por lo menos esperar por mis patatas?

—Cógelas para llevar.



Madre Eldridge conducía una vieja y ajada Chevy que Carlita había bautizado con el apodo del Pervertidor Móvil. Aquella cosa tenía un aspecto horroroso, era toda blanca con una ventana de

plástico en forma de lágrima en los dos lados de la parte de atrás. Madre la había comprado por nada y con sus magníficos dones de Roehuesos, el antiguo laboratorio de metano sobre ruedas jamás había necesitado ni un día de reparaciones, lo cual era una hazaña notable dado que lo había comprado como unos quince años antes y nunca le había cambiado el aceite, ni el líquido de transmisión, ni el de frenos y había llenado el tanque de gasolina exactamente una vez, durante un día caluroso e incómodo del verano de 1993 en el que estaba totalmente borracha por culpa de un asqueroso chiste de la Parentela disfrazado de licor de fresas.

—Deberías hacer que Doria hiciera fritos de calabacín en vez de patatas fritas —propuso Carlita distraídamente, buscando por la ventana los coches de policía que, si tenían dos dedos de frente, pararían a la Chevy en cuanto la vieran—. Estas onduladas saben asquerosas.

—Dices lo mismo de todo.

—Y digo bien con todo.

Madre no había dicho a donde iban pero quedó claro muy pronto. Después de aproximadamente media hora, la mayor parte de la cual estuvo ocupada por una incansable tos, aparcó la magullada furgoneta en el aparcamiento a corto plazo del aeropuerto. Salió de la furgoneta con Madre, Carlita intentando contenerse para no escribir «lávame, cerda» en la suciedad del lateral de aquel Chevy gigante.

Madre abrió las puertas traseras y sacó un pequeño bolso de viaje. Parecía que lo habían comprado por diez centavos en el todo a cien. La cremallera estaba rota y sujeta con una cuerda pero Carlita vio una muda de ropa dentro. Madre se dirigió a la terminal.

—Vale, ya entiendo —dijo Carlita caminando a su lado—. Voy a algún sitio. ¿Dónde?

Madre sacó un billete de avión de una cartera muy usada y grasienta, probablemente otra compra en el todo a cien. Se lo alargó a Carlita casi indecisa, como si se lo estuviera pensando. Pero tan pronto como lo cogió la chica, la mujer suspiró y pareció resuelta, había hecho su parte.

—Es un billete a Nueva York —dijo Madre mientras empezaba a toser como loca—. La mismísima Gran Manzana. Es como La Meca para los Roehuesos.

—Esto no son unas vacaciones, Madre —dijo Carlita—. ¿Adónde voy y a quién tengo que ver?

—No te preocupes. Ya está todo arreglado. Henry «Pequeño Al» va a ir a buscarte al aeropuerto. Le reconocerás porque huele a pescado y basura. Trabaja en una barcaza allí arriba, transportando por el río la basura de Nueva York. Él te dirá dónde tienes que ir.

Cuando llegaron a la terminal, Madre se paró y escupió en una papelera llena de colillas. Entonces miró a Carlita a los ojos.

—Sé una chica fuerte. Siempre lo has sido.

—¿Puedes decirme algo sobre todo esto? —preguntó Carlita. Ahora sospechaba que lo que había dicho Hoja Frágil era verdad. Era algo grande que tenía que ver con algo más que un simple clan de Tampa. Pero si era en Nueva York!

—Ojalá resultara ser de otra manera —dijo Madre—. Si no estuvieras entre manadas y eso, quizá se hubiera elegido a otro. Pero no, no es así como son las cosas; ojalá pudiera decirte algo, pero no lo sé. Ya no me cuentan nada. Todo lo que sé es que hay una cosa Wyrn llamada «Jo» que está causando problemas, y que hay unas profecías. Normalmente un Roehuesos sabe que tiene que esconderse siempre que se empiezan a soltar profecías Garou, pero esta nos pilló a todos por sorpresa. Carlita, sólo ten cuidado, sé lista.

Le dio a Carlita unos golpecitos en el brazo y se dio la vuelta para irse tosiendo todo el camino hasta la furgoneta.

Antes de llegar allí, Carlita le gritó.

—¡Cuidate tú, Madre! ¡Y haz que te miren esa tos!

Madre sonrió y se echó a reír apoyándose en la camioneta para estabilizarse cuando la risa se convirtió una vez más en tos. Le guiñó un ojo a Carlita y subió al asiento del conductor.

Carlita tragó saliva. Fuera lo que fuera, era algo grande.

Dios.

Maldito sea.

Hoja.

Frágil.

Capítulo cuatro



Madrid, España, ahora:

Los ojos de Carlita se abrieron de repente y se le escapó un gruñido antes de contenerse y relajarse de nuevo en el asiento. El impacto del tren de aterrizaje del avión sobre la pista del aeropuerto de Barajas de Madrid la había despertado de muy malas formas y ahora con la velocidad del avión y el frenazo de las ruedas le daba tumbos el estómago.

Grita Chaos se despertó, bostezó con la boca muy abierta y le recordó a todo el mundo que tenían que encontrarse con su enlace del clan local cuando desembarcaran. Recogieron el equipaje de mano y recorrieron la pista de aterrizaje.

En la salida de pasajeros, la manada vio a un hombre bajito, de complexión morena con atuendo de sacerdote que sujetaba un cartel que decía «Julia Spencer». Llevaba gafas y el pelo moreno peinado con austeridad y raya al lado. Obviamente reconoció a la manada en cuanto la vio, como si tuviera esa incomprensible manifestación de reconocimiento que tienen los extraños en ocasiones y se le iluminó la cara con una gran sonrisa.

—Espero que nadie se ofenda —anunció el hombre—. Pero siendo sus nombres como son, pensé que el de la señorita Spencer

era el que menos sospechas suscitaría. Yo soy el padre Hernando Cisneros, su contacto de la Iglesia de las Trece Penas.

Unos cuantos miembros de la manada se miraron con cierta sorpresa en los ojos.

—Hablas inglés como si lo hubieras aprendido en los libros —comentó Carlita mostrando un puñado de caramelitos por si le apetecían a alguien de su proximidad más inmediata.

—No tengo muchos motivos de práctica. Nuestra iglesia es diplomática y gran parte de las alocuciones se realizan en francés o en algún idioma más nativo.

—Sí, vale, vamos a quedarnos con el español —respondió Carlita en ese idioma, ante lo que el buen padre sonrió divertido—. ¿Qué? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Dices que sueno como si hubiera aprendido inglés en los libros. Tú sueñas como si hubieras aprendido español en la calles.

Carlita se preparó para soltarle una salida de las suyas, pero Ojo de Tormenta los cortó a los dos.

—Continuad con eso más tarde. Estoy cansada.

Después de recoger el resto del equipaje se dirigieron al exterior donde les esperaban en el bordillo dos Mercedes de clase C.

—Siento dividir el grupo, pero el viaje es corto —les informó el padre Cisneros—. Y tenemos espacio de sobra en la iglesia.

—Un momento, asegurados de que Hermana Guapa no va en el mismo coche que el padre este —dijo Grita Caos.

—¿De qué va eso? —preguntó Carlita sin saber todavía si enfadarse o no.

—Es porque tú hablas español —supuso el padre—. Por si nos separamos, alguien de los dos coches debería saber conversar en el idioma local.

—Dices eso como si fuera a ocurrir —respondió Julia.

—Yo sé que aquí no os tenéis que preocupar por eso. Ambos conductores pertenecen a nuestra familia —Cisneros señaló con el pulgar a los dos coches—. Pero tampoco quisiera poner en duda los deseos de un invitado.

—Gracias por complacerme —dijo Grita Caos sin una sombra de vergüenza—. Quizá sea por experiencia pasadas que voy provocando, pero sé que cuando las cosas pueden ir mal, suelen hacerlo.

—Como en Nueva York —sugirió Ojo de Tormenta.

El padre Cisneros se encogió de hombros.

—Como dije, los deseos de un invitado son lo primero. —Entró en el coche con un confundido John Hijo del Viento del Norte y una dócil Julia Spencer.



Después de ayudar a John y Julia a meter las maletas en el maletero, el padre Cisneros se sentó en el asiento de delante y les presentó a Miguel, el conductor del taxi y además Parentela y les preguntó si tenían alguna duda. Antes de que Julia pudiera responder, John le preguntó sobre el clan de las Trece Penas.

—¿Así que es una iglesia?

—Correcto —respondió Cisneros—. De hecho es un monasterio. Lleva existiendo desde finales del siglo XVI y se convirtió en clan poco después de que lo dedicaran como hogar para hombres de Dios.

—¿Y todos esos hombres de Dios eran Garou? —preguntó John con una nota de incredulidad en la voz.

—Claro que no. Algunos sí, pero sólo unos pocos. Después de que dedicaran la iglesia y se convirtiera en clan, por supuesto el

lugar atrajo a Garou de los alrededores. Algunos de los hombres eran Parentela, otros eran Garou y otros no eran más que hombres normales que llegaron al monasterio con sus propios secretos y con gusto escondieron la naturaleza del lugar a cambio de que no les hicieran demasiadas preguntas sobre su propio pasado.

—Discúlpeme padre, pero todo eso me parece muy extraño —interpuso Julia—. Nunca he oído hablar de un clan que trabaje en relación tan íntima con los humanos.

—Es la diferencia entre vuestro Nuevo Mundo y el que los Garou americanizados dejaron atrás. De hecho, es probablemente algo único de América y Canadá, al menos en lo que se refiere al mundo occidental. Es posible encontrarse situaciones parecidas hasta en Méjico, donde los modos del Viejo Mundo todavía se practican.

—No, no. Yo no digo que no ocurra. Sólo me pregunto cómo ocurre. —John asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo—. En los Estados Unidos los clanes son algo muy secreto, muy personal. De hecho, muchos Garou americanos son tan reaccionarios que prefieren matar primero cuando un humano aparece, aunque sea por accidente, por el boun.

—Es una diferencia cultural. En América disponen de amplios espacios abiertos, podéis permitir os el lujo de reclamar una pequeña parte para vosotros solos. Aquí, en Europa, la gente es diferente y el espacio es mucho más limitado. Mirad a vuestro alrededor cuando entremos más en la ciudad, daros cuenta de lo mucho más que aprovechamos aquí las tres dimensiones. La población es aquí más densa (siempre lo ha sido) e incluso los Garou más conservadores comprenden que debemos compartir el poco espacio que hay.

—Bueno —comentó John—, eso nos devuelve a mi primera pregunta. ¿Por qué una iglesia? Es decir, ¿una iglesia no tiene que cumplir ciertos... requisitos para que la sigan considerando iglesia?

—Ah, sí, eso es complicado y lleva a una pregunta inevitable: ¿cómo podemos servir a Dios y a Gaia a la vez? Déjame decírtelo de forma sencilla: No hay conflicto alguno. Para aquellos que siguen al espíritu, todos los caminos llevan a uno. Somos humildes, después de todo. Uno de los fundadores del clan fue un Roehuesos, el otro era Fianna.

—Esta historia se hace cada vez más rara. ¿Un Fianna?

—¿Por qué es tan extraño?

—Bueno, ¿los Fianna no forman parte de la cultura irlandesa? Quiero decir, uno podría haber llegado aquí, claro, quizá durante la edad oscura, cuando los monasterios irlandeses formaban parte del baluarte de la civilización europea.

—Discúlpame si te parece una falta de respeto, pero no creo que sepas tanto como crees que sabes.

John se encogió de hombros mientras Julia le miraba de lado inclinando la cabeza hacia el sacerdote.

Cisneros continuó.

—Las tribus celtas eran naturales de estas tierras (además de provenir de toda la Galia) antes de trasladarse a Inglaterra e Irlanda. Los Fianna han formado parte de España más tiempo que de Irlanda, al igual que los Roehuesos. Si bien España tiene una diversidad cultural mayor hoy en día, al menos con respecto a la herencia Garou más que nada, eso es en buena parte debido a las facilidades modernas para viajar. Por tradición los Fianna y los Roehuesos formaban parte de los celtas y otros grupos étnicos vascos posteriores. Las Furias Negras formaban parte de la cultura griega que fue, al menos en parte, incorporada al Imperio

Romano durante su apogeo y cuyos pasos también siguieron los Hijos de Gaia y los Protectores de los Hombres. Para una tierra tan pequeña, al menos tal y como la debéis ver vosotros, los americanos, la cultura Garou de España es tan diversa como cualquiera que se encuentre en la propia Madre.

John se acomodó en el asiento con una mirada de respeto en los ojos. Le caía bien Cisneros, el sacerdote compartía sus conocimientos de buena gana sin la jactancia que gastaban algunos Garou de casa para razonar sus argumentos. El padre era una persona humilde, pero obviamente un hombre que reflexionaba y entendía. Es más, John entendió por qué se diferenciaban en cierto modo las perspectivas de los Garou. Aunque hasta ahora siempre había pensado en sí mismo como «americano», nunca se había considerado tan unido a los Garou americanizados. Y ese era el argumento del padre Cisneros, comprendió John Hijo del Viento del Norte, era todo cuestión de perspectiva. Para ser un individuo tan preparado, Cisneros no quería *saber*, sólo quería comprender lo suficiente para averiguar en qué *creía*.

Capítulo cinco



«*Y aquí está el Ahroun*», pensó Hermana Guapa. Aquel fornido bestia español no había corrido ningún riesgo con la llegada de esta nueva manada, a pesar de lo que le hubiera podido decir el padre Cisneros por adelantado. Estaba claro que era el Guardián del Clan, o a menos se estaba preparando con un Guardián. Cisneros presentó al enorme Glabro como Corre Hacia el Sol.

Como era de suponer, John Hijo del Viento del Norte había aceptado el reto presentado por Corre Hacia el Sol y había asumido también la forma Glabro. John se había girado hacia el español, preparándose para lanzar algún ataque Ahroun o por una especie de deseo canino de parecer más grande. Carlita había visto antes a gatos y perros normales hacer lo mismo, intentar hacer víctima de una ilusión óptica a alguna amenaza en potencia. Ella llamaba a este truco «agrandarse» y la divertía un poco ver a estos guerreros de Gaia, estas criaturas que supuestamente pertenecían a un estadio evolutivo superior, recurrir a las mismas técnicas que usaban los animales cuando se peleaban por el territorio o por unas sobras de comida de la basura.

—Tíos, cortaos —dijo Hermana Guapa cabreada, primero en inglés y luego en español—. Mira, sólo vamos a estar aquí el tiempo que nos lleve enterarnos de la situación. Luego, te lo prometo, Corre Hacia el Sol, nos abrimos de tu territorio.

Ojo de Tormenta estaba a cuatro patas al lado de Carlita, el pelo erizado mientras respiraba profundamente, ensanchándose («agrandándose») ella también para poner otro obstáculo entre los dos guerreros de la luna llena. Tenía un mensaje mucho más sencillo que el de Hermana Guapa, simplemente «parar», expresado con un gruñido en la innegable jerga lobuna de los Garou. Ojo de Tormenta había montado todo un número para asumir la forma Lupus una vez que salió del taxi en el clan de las Trece Penas. Grita Caos le había cogido las maletas y Ojo de Tormenta probablemente se había convertido en loba para que sus compañeros supieran que estaba más interesada en el asunto que les ocupaba que en las palabras que se pronunciaran para llegar allí. Carlita también sospechaba que quería matar de un susto al puñado de monjes y ayudantes humanos que había por allí. Está claro que no les resultaban extraños los lobos que caminaban como hombres pero eso no quería decir que se sintieran cómodos con ellos.

Hasta el mismo Grita Caos, cargado con las bolsas de viaje, había tomado una posición defensiva sin querer que las cosas se dispararan pero listo para saltar en ayuda de John si fuera necesario. Era sorprendente cómo los miembros de esta manada, que sólo habían pasado unos pocos días juntos, ya estaban asumiendo esos papeles de protección y defensa que eran su segunda naturaleza, pensó Carlita. Es cierto, ella y Ojo de Tormenta se habían interpuesto entre John y Corre Hacia el Sol pero si el enfrentamiento hubiera terminado en golpes, no cabía duda de a qué lado hubieran corrido.

Julia y Cisneros aparecieron rápidamente desde los lados y Julia interrumpió la toma de actitud de sus compañeros de manada.

—Son nuestros invitados, Corre Hacia el Sol —rogó Cisneros en español—. Nos han pedido ayuda para combatir a un enemigo común.

—No muestran el respeto debido —contestó Corre Hacia el Sol—. Si quieren ayuda, deberían pedirla con cortesía.

—¿Qué dice? —preguntó Grita Caos mientras Carlita rodeaba a Julia para contestar.

—Está cabreado porque no hemos hecho una presentación más formal o no hemos comentado la hermosa decoración del túmulo —escupió Carlita sobre el hombro; para Corre Hacia el Sol objetó—. Mira, acabamos de llegar, tú sabías que veníamos y nosotros acabamos de bajarnos del avión y hacer un viaje de una hora en coche. Quizá estemos un poco picajosos por el viaje, pero ¿qué problema tienes tú?

—Por favor, Hermana Guapa, no le frustres más —comentó Cisneros.

—¿Esta es Hermana Guapa? —preguntó con incredulidad Corre Hacia el Sol retirándose un poquito.

—Esa soy yo. Ya veo que mi reputación me precede. —Hermana Guapa se puso las manos en las caderas, apartando con despreocupación las solapas de aquella chaqueta que resultaba demasiado grande para ella y así descubrir la daga de colmillo que le colgaba del cinturón.

—Madre Eldridge no te describió así —replicó Corre Hacia el Sol cambiando de la forma Glabro a su, supuestamente, forma Homínida nativa.

—¿Conoces a Madre Eldridge?

—Me envió un espíritu para decirme que vigilase vuestra llegada. Pertenece a la misma tribu.

—¿Tú eres un Roehuesos? ¡Joder! —preguntó Carlita—. Disculpa mi idioma, o mi lenguaje o lo que sea, pero no lo pareces. —Apreció el atractivo de Corre Hacia el Sol y su estilo, que una persona más viajada probablemente describiría como continental. Ahora que había vuelto a la forma humana, Carlita se dio cuenta de que Corre Hacia el Sol lucía una camisa de traje y pantalones de cuero de esa manera tan sincera que sólo consigue un hombre europeo, mientras que un americano que llevara lo mismo tendría un aspecto irremediabilmente hortera—. Es decir ¿dónde está la brillantina? ¿Dónde están los calcetines que no hacen juego? ¿Por qué me siento como si fuera hecha una maldita mamarracha?

Corre Hacia el Sol se echó a reír.

—Aquí las cosas son diferentes. Ni siquiera es mi ropa de verdad, la encontré en la ciudad. Bueno, me las dieron, quiero decir, bueno, no importa. Padre, las devolveré cuando les hayan mostrado a los invitados sus habitaciones. —Cisneros agitó la cabeza y chasqueó la lengua—. Pero es un honor conocerte, Hermana Guapa. Sencillamente estaba esperando a alguien... más grande.

—Ya, bueno, siento desilusionarte, pero no es el tamaño lo que cuenta —sonrió Carlita.

El padre Cisneros aprovechó la conversación para disculparse ante la manada.

—Por favor, disculpad a Corre Hacia el Sol. Se está preparando con el Guardián del Clan y tenemos a tantos visitantes Garou que están poniendo severamente a prueba su paciencia.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó John a Carlita en voz alta.

—Calla la boca, ¿quieres, imbécil? Sólo le he hechizado con mis encantos femeninos, nada más —voceó Hermana Guapa en dirección a John, que caminaba detrás de ella.

—Esta chica es un problema, con P mayúscula —murmuró Grita Caos sin dirigirse a nadie en particular.



La iglesia en sí era una construcción delicada formada por cuadrantes, uno de los cuales lo ocupaba la capilla, otro varios edificios funcionales, el tercer cuadrante lo ocupaba un gran jardín y el cuarto lo dominaban dos dormitorios colectivos. Uno de los dormitorios era obviamente mucho más antiguo que el otro y el padre Cisneros reveló que el segundo dormitorio lo habían construido dos siglos después del resto del monasterio. Según la historia del lugar, el segundo dormitorio se construyó en unas circunstancias no muy distintas de las que traían allí en esos momentos a todos aquellos Garou: se iba a celebrar un consejo para discutir el mejor proceder contra un enemigo no especificado, iban a venir Garou de todo el continente que necesitaban alojamiento. Desde entonces el nuevo dormitorio del monasterio se había utilizado para propósitos mucho más tradicionales, alojar a los monjes normales que habían venido para dedicar sus vidas a Dios. Durante un corto período de tiempo, a finales del siglo XVIII, el monasterio se había hecho mixto, con un abad y una abadesa presidiendo sobre sus respectivos hermanos y hermanas; pero poco después se presentaron cargos de herejía y brujería y para poder preservar el secreto de los Garou, el monasterio se vio obligado a disolver a sus miembros y subsistir discretamente, olvidado por las listas de la Iglesia.

Sin embargo a los espíritus parecía gustarles el lugar, o si no les gustaba, abundaban por alguna otra razón. Julia sospechaba que era por el ambiente de veneración y respeto que se respiraba en el túmulo. No era un lugar para la guerra, incluso aunque fuera un lugar donde se planeaban luchas concretas. Era un túmulo con historia entre los Galliards y los Philodox, un lugar donde los Garou cantaban sus victorias, se deleitaban con sus triunfos, planeaban los próximos éxitos y negociaban para convertirse en héroes. Si bien las Trece Penas no carecía de traiciones pasadas (el nombre al parecer venía de una gran traición perpetrada por un miembro de cada una de las tribus) eran en su mayor parte anomalías dentro de una historia por lo demás bien considerada aunque tranquila.

Pero esa noche iba a ser sombría para el clan, puesto que los Garou que se habían reunido allí se enfrentaban a una amenaza desesperada que ya había terminado con dos manadas. Había mucha tensión entre los hombres lobos congregados en aquel lugar, y los monjes no lobunos, Parentela y otros, sabían que debían mantenerse apartados de sus invitados si no querían recibir recordatorios en ocasiones dolorosos del temperamento y poder de los Garou. Hubo que llevar a dos monjes a la enfermería por ponerse en el camino de Anthius Muerte de la Mañana, y John Hijo del Viento del Norte, frustrado por las calumnias vertidas sobre la capacidad de su joven manada para cumplir su función, levantó la mano para golpear a un hermano que le seguía muy de cerca, solo le paró el gruñido de desaprobación de Ojo de Tormenta; le pareció extraño que una Garou criada como lobo y perteneciente a los hostiles Garras Rojas defendiese a un humano pero entonces recordó que las Garras no aprobaban atacar a un enemigo menor. Reprendido y avergonzado por su propia ira,

John le presentó sus disculpas al monje que huyó antes de que el Wendigo terminara la disculpa.

Carlita nunca había visto un sitio tan pequeño tan lleno de actividad. Aunque la ocupación de monjes del monasterio sólo era de un tercio de su capacidad, los séquitos de hombres lobo se habían apropiado del lugar. Sin duda, por eso en parte estaba todo el mundo de los nervios, 20 Garou encerrados con unos 20 humanos y Parentela, todos ellos metidos en unos cuantos cientos de metros cuadrados era más de lo que nadie podía soportar con elegancia, ni siquiera una Roehuesos. Y no ayudaba demasiado que se rumoreara que había muchas celebridades presentes. Se habían presentado Galliards de todo el mundo, lo que daba credibilidad a la afirmación medio chistosa de Grita Chaos de que aquello se parecía más a un concierto de rock que a un consejo.

—Dime otra vez por qué es un consejo tan grande —le preguntó Carlita a Corre Hacia el Sol.

—La bestia Wyrn que tu manada está intentando frenar (Jo'cllath'mattric) ya ha derrotado a otras manadas. Los supervivientes de esas manadas están aquí para contarle a todos lo que saben sobre ella. Han venido Galliards de todo el mundo para recordar las leyendas de los Garou que podrían iluminarnos más.

Esto era muy serio, era una Gran Asamblea en todo menos el nombre. Bueno, quizá no tan grande, pero con los ancianos de las tribus presentes y una colección de Galliards con el propósito de intentar despertar los recuerdos ancestrales de los Garou... Carlita se echó a temblar sin querer. No cabía duda de que iba a ser un acontecimiento digno de recordar.

A pesar del humor variado de los Galliards reunidos, todos los Garou sentían una nube que se cernía sobre el consejo y se ponían de mal humor para refugiarse en esa misma nube, o la negaban, cada uno según le dictaba el gusto. Carlita solía ser de las que se

reían cuando se acababa el mundo negando el dolor con un buen humor forzado, pero se sintió incapaz de hacer lo mismo esta vez. El resto de la manada se lo notó y la dejó en paz aunque Julia se aseguró de pasar varias veces para preguntarle si estaba bien mientras Carlita estaba sentada con las piernas cruzadas en la litera de su dormitorio.

Carlita se había quedado callada, asintiendo sólo para reconocer la presencia de la otra hasta la última vez que Julia le preguntó, unas horas antes del supuesto comienzo del consejo.

—¿Por qué nosotros, Julia?

—Sé cómo te sientes. Créeme, yo también estoy así. Es casi como si nos estuvieran mandando ahí para que fracasemos.

—Sí, es decir, si las manadas de *veteranos* no han sido capaces de ocuparse de esa cosa ¿por qué coño creen que nosotros sí podemos?

—No siempre es una cuestión de capacidad. A veces es una cuestión de destino. ¿Te acuerdas de cuando eras pequeña?

—Claro, no soy tan vieja como tú.

Julia sonrió ante aquel intento defensivo de Carlita de recurrir a la frivolidad.

—Bueno, ¿entonces te acuerdas de cuando tu madre se iba a la tienda o quizá tu padre regresaba del trabajo?

—En mi casa no éramos precisamente como los de Los Problemas Crecen. Sí que recuerdo que mi padre no estuvo borracho una vez, si te refieres a eso.

—No, estoy hablando de las cosas que hacían, el que ganara el dinero para pagar el alquiler, o el que hiciera la cena. Algo así.

—Ya, ya te entiendo. Papá no andaba mucho por allí pero mamá siempre se las arreglaba para terminar pagando las cuentas de algún modo.

—Eso es a lo que me refiero. ¿No los veías como una especie de héroes? ¿O alguien que podía hacer cosas que tú no?

—Supongo que sí.

—Bueno, mírate a ti misma ahora. Tú puedes hacer cosas que ellos ni siquiera soñaron en poder hacer. Todo depende de cómo lo mires.

—Pero eso es diferente, Julia. Todo el mundo crece y se convierte en adulto pero no todo el mundo crece para convertirse en Garou. Los Garou que han ido antes que nosotros son leyendas, literalmente y (no te ofendas) nosotros sólo somos cachorros.

—Supongo que no ayudaría mucho que te recordara el cuento del ratón que quitó una espina de la zarpa del león.

—Eso es sólo un cuento para niños.

—Entiendo. Tengo los mismos miedos que tú, Hermana Guapa. Pero a veces sencillamente tienes que aceptar lo que tienes que hacer y enfrentarte a ello, y confiar que, por voluntad de Gaia, las cosas terminarán como se supone que tienen que terminar.

—Pues eso es lo que me preocupa. ¿Qué pasa si se supone que tenemos que morir al final? No tengo miedo de hacer lo que tengo que hacer, pero no quiero morir todavía.

—Eso es pesimismo.

—Eso es realismo.

—No, no necesariamente. Tú no sabes si te vas a morir, sólo le tienes más miedo a la muerte que la seguridad que tienes en la vida.

—No me jodas. Vivo en un apartamento de renta baja en Tampa, jodida Florida. Eso cuando no estoy correteando por España metiéndome en un follón del copón, así que no es que viva exactamente en el mayor de los lujos.

—Ahora sólo estás resentida.

—Lo siento, Julia, pero de verdad que esto me supera. Por un lado siento que soy demasiado joven e inexperta (todos somos demasiados inexpertos) para satisfacer a todos los que cuentan con nosotros. Pero por otro lado presiento que hay algo de mí misma que no sé todavía que es, que va a suponer una gran diferencia. Y estoy cagada de miedo porque gente que era *mucho* más... que era mejor que yo tuvieron su oportunidad y no fueron capaces de hacerlo. Me refiero a que, ¿qué derecho tengo yo a pensar que soy algo mejor que los Garou que vinieron antes que nosotros?

Julia posó la mano en el hombro de Carlita mientras se levantaba para irse.

—No es cuestión de ser mejor, es cuestión de ser la persona adecuada para ese trabajo.

Capítulo seis



Como siempre parecía ocurrir con ese tipo de cosas, el consejo empezó de forma tumultuosa. Los celebrados Galliards que habían viajado desde todo el globo para acudir a la reunión tenían opiniones diferentes sobre cómo empezar el asunto. Algunos se mostraban chillones y entusiastas, acostumbrados a consejos que por lo menos empezaban como fiestas salvajes y en algún momento, en el curso de la jarana, se ponían a hablar del asunto en cuestión. Otros Galliards eran mucho más austeros, sostenían la opinión de que la tradición oral Garou era la de conservar el saber de la raza, no el libertinaje. Y otros se quedaron de pie, tensos, esperando un comienzo oficial que no parecía llegar nunca.

A aquellos poco familiarizados con la cultura Garou, les habría parecido una escena surrealista o incluso inquietante. Lobos estoicos sentados rectos cerca de hombres cejijuntos; lobos relajados tirados al lado de enormes mujeres con cabezas de loba; metis retorcidos apoyados en bastones cerca de auténticos dioses que cruzaban los pesados brazos sobre unos pechos como barriles. Aunque sólo estaban presentes unos 25 Garou, unos 25 miembros pertenecientes a la raza guerrera de Gaia eran una visión

realmente temible y allí estaba toda una sección representativa de la Nación Garou.

El tono del consejo se puso de repente serio cuando el jefe del clan, Marino Laguia, se presentó ante los Garou reunidos en la nave de la iglesia y se convirtió en lobo. Laguia era un homínido fornido y un lobo igual de voluminoso con un pelo tan negro como una noche sin estrellas. Emitió un redoble profundo y largo que se convirtió en un sonoro Gemido de Presagio. Varios presentes más se convirtieron en lobos también o se unieron al jefe de clan en su aullido desde las poderosas formas Crinos. Las voces acumuladas vibraron por toda la iglesia sonando como un coro bestial que ningún parroquiano habría pensado reunir en una casa de Dios.

Carlita siguió el ejemplo de los otros asumiendo su propia y fuerte forma Crinos y uniéndose al solemne gemido. Pero estaba nerviosa y miraba a su alrededor mientras que muchos otros Garou habían cerrado los ojos y aullaban al cielo.

El gemido continuó unos minutos y sin duda la intención de Laguia era no sólo rendir homenaje a los Garou que habían luchado contra la bestia Wyrn sino también llorar la misma existencia de aquella criatura. Mientras moría el aullido, hasta los Garou que más irreverentes se habían mostrado antes de empezar bajaron la cabeza.

—Entre los hombres, se me conoce con el nombre de Marino Laguia —empezó el jefe de clan después de asumir forma humana—. Pero en la venerada familia de Gaia soy Traga Fuego. He luchado contra el Wyrn mil veces y he sentido su punzada infernal más de lo que recordaría Selene. Soy el maestro del clan de las Trece Penas y aunque reconforta mi corazón ver a tantos individuos fuertes y listos, es una punzada más del Wyrn lo que debemos reunir para discutir. Debo pedir que todos los Garou entren en sus formas de batalla, para mejor entendernos y para

demostrar al Gran Profanador que cuando se levante, afilaremos nuestras garras en su bulto malvado.

Carlita contempló la multitud de nuevo y vio al padre Cisneros que la miró y asintió con la cabeza de tal forma que en cierto sentido reforzó la decisión de la joven.

—¿Qué dijo? —preguntó John Hijo del Viento del Norte.

—Veneró a Gaia y reconoció a Selene y dijo que todos nos hiciéramos Crinos —susurró Carlita a su manada reunida—. Para poder entendernos todos y parecer más duros y todo eso.

Uno a uno, los Garou presentes pasaron a la forma Crinos, una transformación salvaje que se realizó en un silencio muy poco habitual.

—El tiempo que tenemos es breve. La bestia se levanta y una manada debe enseñar de nuevo los colmillos con la esperanza de derrotarla. —Mientras Traga Fuego pronunciaba estas palabras, Carlita intercambió una mirada seria con Julia—. Ésta es la profecía de Antonine Gota de Lágrima; esta tercera manada debe triunfar allí donde las otras han fracasado. Aliento del Invierno, adelántate.

Un Garou de piel blanca salió de la primera fila con el cuerpo completamente marcado con cicatrices de batalla. Los adornos parecían nórdicos así que Carlita supuso que pertenecía a la Camada de Fenris. El lobo habló.

—Soy Aliento del Invierno, del clan Forja del Klaive. Os cuento ahora una historia que no es mía, sino que me fue contada por un testigo, el Galliard Mephi Más Veloz que la Muerte.

El Galliard de la Camada de Fenris contó la historia de la batalla que la manada de Mephi había librado contra los Danzantes de la Espiral Negra y de los horrores que acontecieron a sus compañeros de manada. El Galliard contó con orgullo una victoria que les había arrancado con esfuerzo la tribu Wyrn. Pero

Mephi había escapado llevando consigo indicios de una horrible criatura que pronto proyectaría su sombra tenebrosa sobre ellos.

El Galliard también habló del río Tisza, que, según observó Mephi mientras él y su manada luchaban contra los Danzantes de la Espiral Negra en el mundo de los espíritus, se había desviado del curso de su equivalente físico. Algo había desviado el río pero ¿qué y con qué propósito?

También habló del destino de la segunda manada y de sus muertes valerosas luchando contra las nuevas y extrañas criaturas del Wyrm. Entre ellos estaba Mari Cabrah, que ahora estaba sumida en un coma que no podía curar nadie en el Forja del Klaive. Los enemigos habían ido en su busca, pero Mephi Más Veloz que la Muerte había corrido con ella escapándose por un puente lunar a no se sabía donde.

El Galliard se calló y luego empezó un lamento profundo que le salió desde el fondo de la garganta, un lamento que creció y se convirtió en aullido, la Endecha por los Caídos, rindiendo homenaje a las manadas caídas que habían muerto luchando contra Jo'ellath'mattric. A partir de ese aullido, Aliento del Invierno empezó una serie de cantos rítmicos que enfatizaban el hecho de que la profecía de Antonine Gota de Lágrima se había cumplido, no una vez, sino dos... y las estrofas terminaban con la sugerencia de Antonine de que haría falta una tercera manada.

Cuando el Galliard terminó, Traga Fuego habló de nuevo.

—Acontece ahora que la tercera manada debe ocupar su lugar en la profecía de Antonine. Miembros de la tercera manada, venid ante mí.

¿Qué quería decir? Nadie le había dicho a Carlita que se preparara para algo así! Abrió mucho los ojos pero no tenía elección, ya que John Hijo del Viento del Norte, el muy imbécil, ya se estaba dirigiendo hacia el centro. Julia ni siquiera miró a Carlita,

probablemente para no ofrecerle una salida compasiva y Ojo de Tormenta la siguió sin ruido.

Incómoda, con una timidez más propia de la adolescente humana Carlita que de su sangre lobuna, ella también se dirigió al centro de la nave. Tragó aire pero esperó estarse comportando con la suficiente dignidad para... pero bueno, joder, si sentía la sangre acumulándose en las orejas.

—¿Es esta la tercera manada? —Entonó una voz desde el fondo del consejo, obviamente sin poder creérselo.

—Estos cachorros van a morir seguro —dijo otra voz.

—Las profecías andan muy baratas —le siguió una tercera llena de sarcasmo.

Traga Fuego ahogó los comentarios de los detractores con voz atronadora mientras Carlita deseaba no estar en la forma Crinos. Tenía que luchar para contener la ira que la inundaba con demasiada facilidad cuando estaba en esa forma.

—Entre los Galliards reunidos, ¿recuerda alguno las historias anteriores sobre Jo'cllath'mattric? El nombre nos resulta familiar, pero no la historia de su derrota definitiva.

«Eso —pensó Carlita—, *so cabrones, no habléis tanto de que vamos a fracasar nosotros si vosotros no podéis cumplir vuestras propias obligaciones*».

—¿Nadie recuerda la historia? —rugió Traga Fuego—. ¿Los contadores de historias y los recitadores no logran recordar las palabras de sus versos?

Se adelantó una Garou con una mirada extraña en la cara. Carlita la había visto antes por la iglesia; era una de las residentes permanentes del túmulo, se llamaba Canción de Selene y era la Cantacuentos novata del lugar después de la muerte del anciano Cantacuentos anterior, que había pasado los últimos días de su vida buscando precisamente las historias que exigía Traga Fuego.

—¿Si se me permite hablar, jefe de clan? —Traga Fuego asintió—. Antes de fallecer mi mentor Rovio, me contó muchas de las historias que rodean a este túmulo, que su mentor le había contado a él y así sucesivamente durante muchas generaciones antes de nuestro nacimiento. Ahora todos sabemos, puesto que estamos aquí, que el clan de las Trece Penas ha sido siempre un lugar donde los Garou han venido a hablar, discutir sus diferencias y enterrar sus agravios. En estos tiempos modernos es muy sencillo coger simplemente un coche o un avión, pero no era ese el modo de hacer las cosas hace cientos de años. Cuando los Garou tenían que viajar largas distancias en aquel tiempo recurrían primero a la Umbra.

Se sucedieron los murmullos y los lamentos por toda la multitud. Carlita tenía una cierta sospecha de a donde iba a ir a parar todo aquello pero todavía no estaba totalmente segura.

—¿Qué estás diciendo, Canción de Selene? —preguntó Traga Fuego y Carlita creyó poder detectar una leve sospecha de orgullo en la voz del jefe de clan.

—No es algo nuevo para nosotros que varios puentes lunares confluyen en este túmulo. Algunos todavía permanecen abiertos mientras que otros han caído en desuso y otros se han olvidado por completo. Sin embargo creo que uno de los que no se utilizan llega cerca de la guarida de Jo'cllath'mattric; sé que va hacia el este y oigo el agua goteando cuando escucho cerca del punto de convergencia. Si son ciertas las antiguas leyendas, reposa cerca del río Tisza.

—¿Y a qué túmulo lleva esta senda? —preguntó Traga Fuego.

—No estoy segura, pues es una senda que lleva mucho tiempo sin ser utilizada —respondió Canción de Selene—, pero si las canciones de los ancestros dicen la verdad, es un túmulo verdaderamente antiguo, en otros tiempos habitado por los Señores de la

Sombra antiguos y que conocía su famoso pariente, el huno al que llamaban Atila.

Un murmullo de asombro recorrió a los reunidos y Carlita gruñó. ¿Qué película de estrenos de televisión era aquella? ¿Atila el Huno?

—Es más —dijo Canción de Selene—, se dice que es el legendario lugar donde se acumuló su tesoro, vigilado durante todos estos años por espíritus unidos por la obligación de esconder sus secretos de todos los que no pertenecían al clan de ese túmulo. Ni siquiera los Señores de la Sombra que todavía viven recuerdan mucho sobre ello y no están seguros de si estas historias son ciertas.

—¿Por qué no lo han investigado? —gritó alguien—. ¿Saben si es todo mentira?

Otros gruñeron y murmuraron que todo el asunto no era más que una fantasía sin un solo hecho que la apoyase, pero Traga Fuego los miró furioso haciéndoles callar y luego le hizo un gesto con la cabeza a Canción de Selene para que continuase.

—Podemos abrir un puente lunar hacia el centro viejo del túmulo, aunque no estoy muy segura de que sus espíritus le den la bienvenida a los que entren.

—Que así sea —dijo Traga Fuego—. Allí es donde debe ir la tercera manada, pues allí está el río Tisza, que lleva hasta Jo'ellath'matric.

Carlita tuvo ganas de vomitar, no se sentía en absoluto preparada para soportar la presión que toda una sala de bien considerados Garou había puesto sobre sus hombros. Miró a sus compañeros de manada y vio que Julia compartía su misma consternación mientras que John Hijo del Viento del Norte sonreía, como si estuviera deseando sufrir una muerte gloriosa. No pudo leer la expresión de Ojo de Tormenta en la forma Lupus.

Grita Caos posó la mano sobre el hombro de Carlita.

—Recuerda la lección del Uktena, no luches contra la corriente, sino que debes guiarte por ella, donde quiera que te lleve.

—¿Ah sí? —dijo Carlita—. ¿Y cómo hago para no ahogarme?

Capítulo siete



Después de terminar el consejo todo el mundo salió en fila de la iglesia para volver a sus habitaciones o reunirse en pequeños grupos a susurrar entre ellos. Excepto Carlita, que se separó de su manada y se fue a dar un paseo por los jardines. Necesitaba aire libre y espacio, un tiempo sola para pensar en cómo enfrentarse a todo lo que estaba pasando.

Su primera reacción había sido de horror pero ya se estaba acostumbrando a todo aquello. Con cada nueva sorpresa que le esperaba detrás de cada esquina, las últimas semanas se habían unido en un solo contorno borroso. Le había resultado muy duro orientarse y acostumbrarse a la nueva situación (primero la envían a Nueva York y ahora aquí, a España) pero aquel consejo había sido la gota que había colmado el vaso, después de eso podía enfrentarse a cualquier cosa, ya no podía pasarle nada peor.

Mañana por la noche partirían hacia Tisza, hacia el dominio de Jo'cllath'mattric. ¿Cómo mejorar eso en el departamento de «mierda, no»? «*Imposible mejorar* —una pequeña sonrisa se le asomó a la cara—, *que me lo traigan, me lo cocino y me lo como para desayunar, comer, cenar y después de aperitivo de medianoche*».

Y con ese pensamiento se dio cuenta del hambre que tenía. Los monjes estarían en completas o en la cama y la cocina estaría prácticamente desierta; si bien los monjes eran un poco simples en lo que a comida se refería, Carlita estaba segura de poder encontrar en la alacena algo bastante más comestible que un whooper.

Se dirigió a la cocina volviendo sobre sus pasos por el jardín, y casi choca con Corre Hacia el Sol. Sorprendida, se puso en postura de defensa y ya estaba preparada para darle de un salto una patada en la cabeza antes de darse cuenta de quién era. Corre Hacia el Sol levantó las cejas como diciéndole «*Bueno, ¿qué vas a hacer?*», Carlita le dio un puñetazo travieso en el hombro.

—No deberías asustar a una chica —dijo—, nunca sabes qué te puede hacer.

—No estaba intentando pasar desapercibido —respondió el chico—. Tú estabas demasiado ocupada pensando, en lugar de mirar por donde ibas.

—Sí, bueno, perdona por eso. Nos vemos. —Carlita pasó por su lado tan deprisa como pudo pero se paró cuando sintió una de las manos del joven en el hombro.

—Oye, venía a buscarte —dijo—. Quiero disculparme por lo de ayer, en la verja. No sabía que eras tú.

—Sí, ya lo habías dicho. Bueno, vale, disculpas aceptadas. ¿Más?

El muchacho pareció sentirse herido pero no quitó la mano.

—No, hay otra cosa. Yo... yo sólo quería decirte que eres una chica muy valiente por hacer esto. —Quitó la mano y la levantó en señal de paz cuando la vio fruncir el ceño—. No quiero decir que no seas capaz, pero eres muy joven, eso no puedes negarlo. Esta amenaza... es demasiado grande para los jóvenes, no sé por qué os

envían a vosotros pero parecen tener sus razones y ¿quién soy yo para ponerlas en duda?

Carlita le volvió a dar otro puñetazo juguetón.

—Sí, son los que más saben, ¿no? Mañana salvamos al mundo y volvemos a tiempo para el postre.

Corre Hacia el Sol sonrió.

—Menudo sentido del humor que tienes con lo que está pasando, lo admiro, pero no vine sólo para echarte piropos sino también para darte un consejo. Nuestra tribu es muy diferente en todo el mundo, quizá yo no sea como te esperabas, pero tú tampoco vas a ser lo que esperan otros. Europa del Este ve el mundo de una forma bastante pasada de moda, en ocasiones con bastantes prejuicios, sobre todo entre los Garou. Si hay algún Roehuesos en Serbia, trátalos bien pero ten cuidado. Han hecho muchos sacrificios para sobrevivir, algunos de ellos poco inteligentes.

—¿Así que me estás diciendo que vigile a los de nuestra misma clase? —Carlita se sentó en un banco cercano mirando a Corre Hacia el Sol con una mezcla de curiosidad e incredulidad.

—No, sólo prepárate para... las diferencias —dijo él sentándose a su lado—. En realidad, sospecho que tendrás que tener cuidado con todo el mundo, excepto con los Roehuesos. Hay una gran honestidad en la pobreza y no la astucia que van a emplear otros para proteger lo que es suyo.

Carlita asintió.

—Sí, supongo que eso es verdad, pero no siempre.

—La mayor parte de los Roehuesos de aquí tienen origen campesino, suelen crecer con unas creencias muy fuertes sobre lo que está bien y lo que está mal.

—Tampoco es tan diferente en América. Los puertorriqueños también saben de qué va eso.

—¿Eres puertorriqueña?

—No, soy americana, pero mi madre era puertorriqueña y yo crecí en un barrio puertorriqueño.

—Yo crecí en el campo, en Andalucía. Mi abuelo era anarquista durante la guerra civil, luchaba por la igualdad de clases.

—Supongo que todos tenemos que luchar nuestras propias batallas perdidas.

Corre Hacia el Sol sonrió pero era una sonrisa dolorosa.

—Sí, idealismo temerario, quizá; la utopía. Pero creo que mi abuelo tenía razón, yo creo que Gaia no ve clases sociales cuando mira a sus hijos, no importa lo que digan los Colmillos Plateados y los Señores de la Sombra.

—¿Tu abuelo era Garou?

—No, Parentela. No creo ni que lo supiera. Era un secreto familiar que sólo se desvelaba a los de linaje directo. La sangre Garou es por parte de mi madre.

—Que ironía.

Corre Hacia el Sol la miró confuso.

—¿El qué?

—Las diferencias entre los Garou y los humanos, eso también es una forma de diferencia de clases, ¿no?

Corre Hacia el Sol miró al suelo.

—No lo había pensado de esa manera; yo nos veía como iguales ante Gaia.

—¿Una pantera y un conejo son iguales? Existe eso que llaman la cadena alimenticia que hace que haya siempre alguien por encima.

—Si lo miras desde el mundo material, sí, pero no desde el mundo espiritual. Cada uno tiene dones que ofrecer, reinos en los que se es el rey. Es sólo aquí donde hay que compartir una porción desigual de vez en cuando.

—¿Y por qué? —dijo Carlita—. Es más, ¿qué hacer para solucionarlo? ¿Cómo eliminas la lucha de clases cuando el hecho básico del mundo material son los recursos limitados y la lucha por acapararlos? Sí, he leído a Marx, claro que hay una abundancia infinita en el regazo de Gaia, pero no es que la chica lo esté compartiendo con nosotros.

—Pero no por culpa suya! El Wyrn es el que provoca la escasez y la envidia, la avaricia y el ansia por devorar más de lo que necesitamos. Nuestro estado natural es el de abundancia rica en todo.

—Sí, pero siempre terminamos en lo mismo. ¿Cómo lo arreglas?

Corre Hacia el Sol se quedó callado un momento y luego miró a Carlita a los ojos, profunda y fijamente como si quisiera tatuar a fuego aquel momento en su memoria.

—Lo arreglas matando a Jo'cllath'matric.

Carlita desvió la mirada, todo aquello era demasiado intenso, casi cursi. Si las cosas no fueran tan asquerosamente importantes y significativas se habría burlado de la seriedad de su compañero Roehuesos. Era un auténtico idealista, con una pasión que ella no había reunido jamás para nada, excepto quizá para conseguir un almuerzo gratis. La hizo sentirse muy pequeña en comparación con él, claro que no era él el que se iba a Serbia.

—Ya —dijo Carlita—. O muriendo en el intento.



El centro del túmulo estaba en el medio de los cuatro cuadrantes de la iglesia, en un pequeño patio. Los puentes lunares se abrían y se cerraban en un espacio que había ante una pequeña

fuelle donde brotaba el agua desde los profundos manantiales que había bajo las losas.

Cuando salió la luna la noche después del consejo, la manada se reunió para viajar a sólo Gaia sabía donde. Carlita miró a los pocos Garou que se habían reunido en aquel pequeño patio para despedirlos, otros los contemplaban desde las ventanas de todos los cuadrantes o desde los árboles del jardín a los que se habían subido algunos espectadores para tener mejor vista. Carlita se sentía como si toda la manada estuviera bajo las cámaras, contemplada por toda la Nación Garou; y en cierto sentido lo estaban, los Galliards seguro que volverían con historias sobre lo que habían visto así que si la pillaban mascando chicle o metiéndose el dedo en la nariz, muy pronto lo sabría todo el mundo.

Se puso derecha e intentó adoptar una pose descuidada, algo que dijera, venga-ya-vamos-a-empezar-de-una-vez. John Hijo del Viento del Norte también parecía consciente de que estaban posando para la posteridad y aprovechaba el momento todo lo que podía, con la mirada intensa y asintiendo mientras el Guardián de la Puerta realizaba los ritos para despertar a los espíritus.

Julia estaba concentrada en comprobar las bolsas para asegurarse de que lo llevaba todo: baterías para el APD, un cargador que funcionara en la red europea, libretas y lápices por si se iba la luz y guías michelín de Serbia.

Ojo de Tormenta estaba sentada muy quieta, en la forma Lupus, esperando pacientemente sin preocuparse de los ojos que la contemplaban; a su lado Grita Caos espiaba mansamente las ventanas y las caras que le devolvían la mirada. Sabía lo que era ser el centro de atención de los extraños (y de los poderosos además) en la asamblea de la Forja del Klaive donde casi lo

sacrifican a la ira de la Camada. No parecía agradecerle demasiado que le prestaran tanta atención.

El estudio que hacía Carlita de sus camaradas lo cortó el repentino brillo trémulo de la luz de la luna que se reflejó en la plaza cuando un puente lunar apareció ante todos, abriendo un agujero que llevaba a un camino protegido a través de los cielos de la Umbr. El Guardián de la Puerta le hizo una seña a Ojo de Tormenta y antes de poder decir ningún adiós, la loba caminó resuelta a través de la abertura plateada. Grita Chaos fue inmediatamente después, seguido por John Hijo del Viento del Norte. Julia miró a Carlita, que le hizo un gesto para que entrara primero. La Moradora del Cristal atravesó la entrada y Carlita empezó a seguirla pero se paró en el borde y volvió la mirada hacia todos los ojos que la contemplaban. Los saludó con la cabeza y levantó la mano haciendo la señal de «paz para todos», como si sólo se estuviera metiendo en el metro en vez de dirigirse a una perdición casi segura.

Luego desapareció mientras el agujero del aire se cerraba tras ella.



Era un paseo muy largo desde Madrid a las orillas del Tisza, el puente lunar atajaba la distancia de forma considerable pero no del todo. Tuvieron la sensación de tener que caminar tres o cuatro horas antes de ver el reflejo distante de una salida. Entonces aumentaron la velocidad, impacientes por llegar a su destino a pesar de lo que les esperaba allí. Y es que la caminata era demasiado monótona, que traigan a la bestia Wyrm.

Ojo de Tormenta dudó ante el agujero brillante, olisqueando, pero a Grita Caos no pareció importarle y pasó. Un chapoteo cortó el grito que lanzó, como si algo grande hubiera chocado contra el agua. Antes de que ninguno pudiera reaccionar, el puente empezó a desaparecer y todos fueron víctimas de la ley de la gravedad.

—Mierda! —fue todo lo que Carlita pudo decir antes de caer al agua ella también y sumergirse en las frías profundidades. Todos lucharon por mantenerse a flote en medio de un río grande e impetuoso. Hijo del Viento del Norte era el que mejor lo llevaba, había cambiado a la forma Lupus y estaba abriéndose camino hacia la orilla más cercana; los otros siguieron su ejemplo cuando se dieron cuenta de que lo mejor era la forma lobuna, pero hasta en su nativa forma de loba Ojo de Tormenta no lo tuvo nada fácil. Fue la última en llegar a la orilla, saliendo a rastras a la orilla arenosa con los otros cuatro lobos mojados.

Tosiendo, escupiendo (y sacudiéndose el agua) recuperaron el aliento e intentaron orientarse.

Estaban en una especie de parque o playa, veían edificios cerca y otros más grandes en la otra orilla donde brillaban luces en muchas calles y en algunos edificios; una ciudad, muy europea por la pinta de la arquitectura. Los edificios más cercanos estaban a oscuras y parecían hoteles. La ciudad estaba al otro lado de un gran puente que cubría la distancia no lejos del punto al que habían trepado.

—Ahhhh —gruñó Grita Caos cambiando a la forma Homínida—. No voy a estar seco jamás.

—Dímelo a mí —dijo Carlita, metiendo el dedo en lo que ahora era una oreja humana intentando extraer algo de humedad—. ¿Dónde coño estamos? ¿Belgrado?

—No lo sé —dijo Grita Caos—. Hay una señal allí, en el puente.

—¿Sabes leer serbio? —dijo Hijo del Viento del Norte.

—No, pero si es Belgrado, al menos debería decirlo en letras latinas.

Hijo del Viento del Norte asintió y se escurrió la chaqueta.

Ojo de Tormenta había cambiado a la forma humana y habló con una nota de preocupación en la voz.

—¿Julia?

Todos miraron a Julia que estaba sentada en el suelo en forma humana, temblando y abrazándose los hombros.

—Eh, tía —dijo Carlita avanzando hacia ella—. ¿Estás bien?

Julia asintió.

—Sí, no pasa nada. Es sólo que... vi la Penumbra cuando caímos. Gracias a Gaia que aterrizamos en el mundo material, no creo que hubiéramos sobrevivido al Tisza de la Umbr.

—¿Qué viste? —preguntó Hijo del Viento del Norte.

—Es un torrente rabioso, como la peor tormenta imaginable, prácticamente inunda las orillas. Oh, dulce Gaia, y esos cuerpos; cientos de cadáveres de espíritus y toxinas hirviendo, masas de aceite verde y púrpura. Todo yendo río abajo como si lo arrastrara el desagüe más grande del mundo.

—Menuda mierda —dijo Carlita—. ¿Cómo luchamos contra eso?

Nadie respondió, Ojo de Tormenta se dirigió al puente diciendo.

—Seguidme.

Y lo hicieron. Cuando llegaron a la carretera vieron un cartel: Belvarosi, obviamente el nombre del puente y otra palabra: Szeged.

Julia sacó su PDA y la encendió.

—Por lo menos mi fetiche es impermeable —sacó el índice geográfico y escribió Szeged con el puntero, apareció una entrada: Hungría.

—Bueno, no es Serbia —dijo—. Pero estamos francamente cerca. Serbia está al sur no lejos de aquí.

—Sigamos andando entonces —dijo Grita Caos—. Tiene que haber alguna pista que nos indique por qué caímos al río en vez de al túmulo. ¿Además, quién lleva el túmulo?

—¿No estabas escuchando? —dijo Carlita—. Quizá nadie, podría estar abandonado.

—¿Entonces por qué puede todavía recibir un puente plateado? —dijo Hijo del Viento del Norte.

—No lo sé —dijo Julia—. Quizá lo dejaron abierto antes de irse sus dueños. O quizá hay alguien todavía al mando.

—¿Entonces por qué ponernos en remojo? —dijo Grita Caos.

—Vamos a buscarlos y a averiguarlo —dijo Julia metiéndose la PDA en el bolsillo y caminando despacio hacia el puente, los otros la siguieron.

Al llegar al centro del puente, Grita Caos se paró y miró a su alrededor confuso. Los otros se pararon y le miraron.

—Oí algo llamándome por el nombre —dijo Grita Caos—, pero no veo nada.

Julia ladeó la cabeza.

—Yo también oigo algo, pero no suena como un nombre; viene... de la Umbrá. Algo está gritando tanto que lo oímos en el mundo material.

—Entonces tenemos que ir al otro lado y ver qué es —dijo Hijo del Viento del Norte.

—Ah, no —dijo Julia—. ¿Tú no viste ese río!

—Somos Garou! Tenemos que estar preparados para lo que sea. Algo llamaba a Grita Caos, tenemos que ver qué es.

—Sí —dijo Ojo de Tormenta mirando con firmeza a Julia.

Julia asintió.

—De acuerdo, yo guío —sacó la PDA de nuevo y la encendió. Le hizo algo a la pantalla y la superficie de plástico se convirtió en un espejo de plata. Los otros se reunieron a su alrededor sujetándole cada uno un brazo, un hombro o una parte de la chaqueta del traje. Julia miró fijamente el espejo, a los ojos de su reflejo, como si buscara algo.

—De acuerdo... sujetaos... ya lo veo.

El mundo empalideció a su alrededor mientras Julia pasaba al otro lado metiéndose junto con el resto de la manada en el mundo de los espíritus.

Un estruendo de agua proveniente del río tormentoso los duchó. El río saltaba enfurecido de su curso para estrellarse contra el puente empapando a la manada con aquella agua aceitosa y nauseabunda. Se agarraron a la barandilla para evitar que el agua los tirara a aquella corriente furiosa.

Ahora todos veían los horrores que había descrito Julia antes, el río estaba cubierto de cuerpos, cadáveres de animales hinchados y peces comidos por el ácido. El aceite verde y púrpura giraba en remolinos como pintura que hubieran vertido desde algún cielo invisible.

Y ahora oyeron con claridad una voz profunda y resonante que empezaba a hablar, pero en ese momento otra gran ola se estrelló contra el puente ensordeciendo a la manada con su rugido. Mientras el agua se retiraba, un chillido atravesó el aire estancado.

—¡Mirad! —exclamó Grita Caos tan alto como pudo mientras señalaba el cielo. Una bandada de murciélagos volaba en círculos sobre ellos. Cada uno tenía una cola con espinas, larga como un látigo y creaban una red de hojas lacerantes mientras hacían un círculo.

—¡Conozco a esas cosas! —chilló Grita Caos—. Se mencionaban en un cuento que oí una vez al lado de Pisa la Mañana...

Antes de conseguir terminar su mensaje, uno de los murciélagos se separó de la formación y salió disparado directamente contra él como un misil. Antes de que el Hijo de Gaia tuviera tiempo de reaccionar, la cola del murciélago le golpeó, atrapándole los brazos a los lados y tirándole al suelo.

La manada saltó como uno para ayudar al caído pero ahora descendieron los otros murciélagos con las colas de espinas golpeando el aire en busca de los Garou que corrían. Ojo de Tormenta aulló cuando dos colas le dieron sendos latigazos, intentó cambiar a la forma Lupus para escaparse pero eran demasiado rápidas y la atrapaban con las espinas incluso en su forma lobuna haciéndole cortes profundos en el pelo animal.

Hijo del Viento del Norte intentó cortar las colas con las garras, pero la cola de otro murciélago lo atrapó y casi lo tira del puente, sólo su lucha lo mantuvo en tierra firme.

Carlita y Julia esquivaron un muro de aquellas colas machacadoras y llegaron hasta Grita Caos justo cuando las mandíbulas del murciélago le rasgaban la oreja. Julia alzó la mano para aplastarlo pero apareció una cola de la nada y le agarró el brazo alzándose y alejándolo. Luchó para alcanzar a Grita Caos con el otro brazo, pero la cola le apartó todo el cuerpo.

El murciélago empezó a quitar de la oreja de Grita Caos una pasta líquida brillante. Carlita, esquivando otro grupo de colas, tuvo náuseas con solo verlo pero intentó acuchillar al murciélago con las garras. El bicho cayó hacia atrás, chillando con la mitad de la pasta aquella desapareciéndole por la garganta y la otra mitad volviendo a la oreja de Grita Caos.

El murciélago volvió a adelantarse de un salto y Carlita fue a coger la daga de colmillo, pero las colas ganaron la partida. La cogieron por una pierna y se cayó golpeándose la barbilla contra el

suelo; estaba mareada y mientras la arrastraban hacia atrás vio una vez más que el murciélago hurgaba en la oreja de Grita Caos.

Una forma pesada saltó por encima de ella hacia el murciélago, que graznó mientras aquella nueva forma luchaba con él clavándole unas garras peludas en las plumas. Una sangre púrpura y nauseabunda salpicaba todo el puente mientras luchaban los dos.

Carlita parpadeó y salió del aturdimiento, la figura que agarraba al murciélago era la forma Crinos de un Garou, grande y negro, con el pelo salpicado de gris.

El murciélago se escapó de las manos del Garou y echó a volar, chilló y se lanzó a la seguridad del río. Sus compañeros gritaron y le siguieron soltándose las colas pero no sin dejar rastros de sangre cuando liberaron las espinas. Desaparecieron pronto en la oscuridad que cubría el Tisza.

El Garou, con las manos cubiertas de sangre púrpura, cambió a la forma humana. Llevaba un abrigo manchado y marrón y parecía que llevaba años sin afeitarse. La barba negra le llegaba prácticamente a la cintura, al igual que el cabello. Miró a la mandada perplejo, como si no estuviera seguro de qué hacer después.

—¿Americanos? —dijo en inglés con acento extranjero.

—Sí —respondió Carlita levantándose y dirigiéndose hacia Grita Caos—. ¿Quién eres tú?

—Yo soy Halaszlé. Bienvenidos a Szeged.

Capítulo ocho



—Les oí hablar —dijo Ojo de Tormenta levantándose del suelo con esfuerzo—. A los murciélagos. Sé lo que dijeron, «¡Secretos! ¡Estos tienen secretos! ¡Un festín de secretos!».

—¿Qué quiere eso decir? —dijo Julia examinando los cortes que las colas aquellas le habían hecho al traje de chaqueta, ahora manchado de sangre—. ¿Qué secretos?

—No lo sé —dijo Carlita arrodillada sobre el cuerpo de Grita Caos—, pero no puedo despertar a Grita Caos. Esa cosa consiguió quitarle algo de un mordisco. Quizá esté envenenado. —El Garou caído estaba totalmente quieto, como sumido en un profundo sueño.

—Mi madre —dijo el extraño Garou que se había presentado como Halaszlé (que sonaba a «halaslai»)— es una *boszorkany*. Quizá pueda ayudarlo. Por favor, si le lleváis puedo guiaros hasta ella, pero debemos irnos de la Umbra!

Julia se puso rápidamente al lado de Grita Caos y todos la tocaron, incluido Halaszlé que miraba a todos lados preocupado de que algo más saltara del río antes de que pudieran escapar. A los pocos segundos Julia los llevaba de vuelta al mundo material con el brillo de la pantalla de su PDA iluminándole el rostro.

Aquí el río corría tranquilo y la noche estaba callada. No se oían ningún rugido distante ni chirridos de murciélagos y a esta hora no pasaban coches.

Hijo del Viento del Norte y Carlita se agacharon para levantar a Grita Caos. La forma humana de éste no pesaba demasiado pero los dos se cambiaron a la forma Glabro para tener más fuerza. Halaszlé los llevó al otro lado del puente, hacia el centro de Szeged guiándolos por las calles de Hidutca hacia el Barrio Judío. Una mezcla de edificios clásicos y barrocos le daban a aquella ciudad una gran belleza estética.

Ojo de Tormenta, todavía en forma de lobo, olisqueó el aire y miró a todos lados con recelo, luego los miró a ellos y siguió andando.

—No es nada, creí que había olido el río, pero sólo era la brisa.

—Aquí llega hasta muy lejos —dijo Halaszlé al tiempo que seguía guiándolos.

—Bueno, ¿y qué demonios eran esos murciélagos? ¿Y de dónde saliste tú? —dijo Carlita.

—No sé lo que eran —dijo Halaszlé—. Ya los había visto antes y tenía mucho miedo. Vienen de río abajo, donde vive ahora el mal. En cuanto a mí, oí que algo me llamaba desde el mundo de los espíritus, me resistí pero me pudo la curiosidad. Sólo iba a mirar un poquito pero entonces os vi a vosotros y a esas cosas.

—Grita Caos también oyó algo —dijo Carlita—, por eso nos pasamos. Algún Wyrn de esos debe haber estado divirtiéndose a costa de nuestras cabezas.

—El mal es muy fuerte aquí últimamente —dijo Halaszlé.

—Siento no haberlo mencionado antes —dijo Julia—, pero gracias por tu ayuda. ¿Eres miembro del túmulo de aquí?

Halaszlé frunció el ceño como si no entendiera la pregunta.

—¿Túmulo, dices? Aquí no hay ningún túmulo. Sólo unos cuantos Garou viviendo como podemos.

—Pero si acabamos de llegar por un puente lunar. Nos caímos a ese río.

Halaszlé abrió mucho los ojos.

—Ah, ese túmulo. Ya entiendo. No creí que todavía funcionara, pero puesto que estáis aquí, supongo que debe funcionar.

—Un momento —dijo Hijo del Viento del Norte—. ¿Me estás diciendo que sabéis que hay aquí un túmulo pero que no lo usáis?

—Es verdad. No nos atrevemos. Verás, la piedra del camino está enterrada en el río, en algún sitio y ahora el río está corrompido, veneno de cianuro que viene de más lejos, río arriba. No nos atrevemos a entrar a buscar la piedra del camino así que lo dejamos estar. De todas formas es un túmulo maldito.

—¿Y eso por qué? —preguntó Julia—. ¿Está corrompido por el Wyrn?

—Oh, no, por lo menos todavía no. Quizá pronto lo esté, de momento resiste. Pero los Señores de la Sombra, los que lo construyeron hace mucho tiempo... —se paró para mirarlos a todos de arriba abajo, como si se preguntara a quién pertenecía su lealtad tribal— lo maldijeron antes de perderlo a manos de los Colmillos Plateados. Trajo muchas inundaciones al Tisza hasta que los Colmillos lo abandonaron después de la Gran Inundación del siglo pasado. Desde entonces no lo ha reclamado ningún Garou.

—Disculpa —dijo Julia—. No quiero ser maleducada pero necesitamos saberlo, supongo. ¿A qué tribu perteneces?

—¿Yo? Oh, yo... esto, soy lo que llaman un Roehuesos —parecía avergonzado de decirlo.

—¿En serio? —dijo Carlita—. ¡No también! No sabía que hubiera aquí alguno de los nuestros.

Halaszlé la miró sorprendido, contemplando de arriba abajo aquel cuerpo duro.

—¿Tú? Tú pareces... llena de confianza. Aquí no somos así, ¿cómo es que no te intimidan las otras tribus?

—¿Intimidarme? ¿A mí? No llegará ese día. ¿Cómo es que tú sí lo estás? ¿Dejas que te mangoneen?

—Bueno, no es fácil enfrentarse a los Señores de la Sombra.

—¿Te lo ponen difícil? Tu lucha es mi lucha, hermano.

—~~N~~o! No, si no están aquí —dijo agitando las manos como para indicar la ciudad que los rodeaba—. Están en Budapest. Yo vengo de allí, pero no les gustaba que yo estuviera allí así que me vine aquí con otros como yo. Madre Sárköz nos acogió.

—Así que no es tu madre de verdad la persona a la que nos llevas —dijo Julia.

—No, es nuestra líder. Es la Roehuesos más anciana entre nosotros.

—Vaya —dijo Carlita—. Nosotros también llamamos a nuestros mayores «madre», o «padre».

Halaszlé sonrió al oír eso y se quedó un rato callado. Pasaron por un parque, un lugar majestuoso de árboles que se elevaban imponentes por encima de monumentos y estatuas.

—*Széchenyi tér* —dijo—. Dormimos aquí a veces, cuando hace buen tiempo. Botond, el restaurante de allí —señaló hacia un lugar situado en la esquina, con una terraza fuera pero ahora cerrado debido a lo tarde de la hora—, es donde se puede encontrar muchas veces a un Morador del Cristal llamado *Nagy Pénz*.

Los llevó al otro lado de la calle, a la izquierda y luego subiendo por otra calle en la misma dirección por la que estaban caminando.

Señaló hacia una plaza con dos grandes sinagogas, una de estilo clásico más antiguo y la otra construida con un estilo Art Nouveau asombroso.

—No está lejos, sólo bajando esta calle por aquí.

—Por cierto —dijo Carlita—. Yo soy Hermana Guapa; tienes un nombre muy interesante, Halaszlé. ¿Significa algo?

—Ah, sí. Mi nombre significa Sopa de Pescado.

Hijo del Viento del Norte no pudo evitar echar una carcajada, Carlita lo fulminó con la mirada pero Halaszlé parecía contento de haber contribuido a mejorar un poco el humor del grupo.

—¿No vas a preguntarnos por qué estamos aquí? —preguntó Ojo de Tormenta.

—Siento curiosidad, sí, pero esa es una pregunta que debe hacer Madre.

Les llevó a una hilera de casas en un barrio más pobre que las calles de las que venían pero que todavía parecía fuerte y bien mantenido. Llamó a una puerta con una serie de toques cortos y largos tan rápidos que los miembros de la manada no estuvieron seguros de poder repetir.

Se abrió una ventanita en medio de la puerta y se asomaron dos ojos enterrados en una piel anciana cubierta de arrugas. Los ojos parecieron asentir y la ventana se cerró, la manada oyó el sonido de unos cerrojos que se pasaban y se abrió la puerta. Una gran mujer húngara les esperaba en aquel estrecho recibidor.

—Entrad, entrad —les indicó con un gesto impaciente.

Tan pronto como entraron la mujer cerró la puerta y pasó de nuevo los cerrojos. Les señaló entonces un pasillo hacia una salita contigua a la cocina. Llevaron con cuidado a Grita Caos por el estrecho pasillo, entraron en la habitación y lo depositaron sobre el sofá.

Halaszlé habló en húngaro con la anciana. Parecieron tener una corta discusión que, sin embargo, terminó con Halaszlé sonriendo y la madre desapareciendo en la cocina.

—Va a coger sus hierbas, ayudará a vuestro amigo.

La anciana salió enseguida de la cocina con una bandeja de té humeante y una vieja bolsa de cuero. El té lo colocó en la mesa al tiempo que le decía algo a Halaszlé, que se apresuró a echarlo en tazas. La bolsa se la llevó a Grita Caos, se inclinó sobre él y le levantó un párpado para observar el ojo. Murmuró algo que sonó a palabrota y rebuscó en la bolsa hasta sacar un manojo de hierbas que le puso sobre el pecho. Sacó otro puñado, esta vez de unas hierbas diferentes y las echó directamente en la lámpara de aceite que había sobre una mesita al lado del sofá. Las hierbas se empezaron a quemar inmediatamente llenando la habitación con un terrible hedor.

—¡Agg! —dijo Julia—. ¡Qué mal huele!

Madre habló mientras se sentaba en una silla al lado de la mesa y aceptaba la taza de té que le ofrecía Halaszlé.

—Madre dice que es bueno para él —dijo Halaszlé repartiendo tazas de té—. Ha visto su enfermedad antes y dice que no hay cura, pero las hierbas le calmarán el alma.

—¿No hay cura? —dijo Hijo del Viento del Norte—. ¿Está segura? Tiene que haber algo que podamos hacer.

Halaszlé tradujo y luego Madre habló en mal inglés.

—No cura. Yo nunca veo cura, pero es nuevo. ¿Quién sabe? Yo solo veo sufrirlo humanos, no Garou. Quizá él sanará.

—Gracias por intentarlo —dijo Julia—. Se lo agradecemos mucho.

Madre agitó la mano con un gesto de rechazo.

—¿Intentar? Yo no pude nada. No me deis gracias.

Les miró a todos como si los evaluara uno a uno.

—¿Tenéis hambre? Tengo una olla de *halpaprikás* al fuego. Halaszlé gimoteó como si casi estuviera salivando.

—Mi favorita. Sopa de pescado con pimienta húngara.

—Entonces tomaré un poco —dijo Carlita—. Todos tomaremos un poco.

Nadie opuso resistencia al ofrecimiento de Madre y minutos después estaban sentados o de pie por la habitación con un tazón de sopa de pescado calentándoles las manos y encantados con la situación. Llevaban horas sin comer nada y aquel brebaje picante sabía delicioso. Cuando le preguntaron, Madre sólo dijo:

—Es receta especial. Enseñaron los espíritus de pimienta húngara —y luego le dio un ataque de risa.

—Madre sólo está tomándoos el pelo —dijo Halaszlé—. Todo el mundo sabe que los espíritus de la pimienta húngara son unos tacaños y no comparten sus secretos tan fácilmente.

Ninguno consiguió adivinar si Halaszlé estaba bromeando.

—Halaszlé —dijo Madre—. Eres maleducado, enséñame tus amigos.

—Oh —dijo Halaszlé—. Claro. Mis amigos, esta es Madre Sárköz. Por favor, presentaros vosotros mismos.

Carlita se dio cuenta de que, excepto ella, ninguno le había dicho a Halaszlé cómo se llamaba todavía. Éste había depositado una gran confianza en ellos sin ni siquiera saber sus nombres o afiliaciones tribales. Carlita se presentó la primera, recalcando que también era una Roehuesos, lo que pareció impresionar a Madre. Luego se presentaron los otros, cada uno diciéndoles su nombre y la tribu a la que pertenecían.

Madre pareció interesarse sobre todo en John Hijo del Viento del Norte.

—¿Un Wendigo? Nunca he visto un Wendigo antes. Nunca hay Wendigos en Hungría. Bienvenido.

Hijo del Viento del Norte se inclinó.

—Gracias. Si aquí son todos tan hospitalarios y generosos, consideraré a Hungría una gran nación entre los Garou.

Madre sonrió pero era una sonrisa incómoda.

—Halagas, pero no conoces a Señores de la Sombra aquí bien. Conocerás.

Ojo de Tormenta cambió a la forma humana y empezó a hablar.

—Estamos en una misión muy importante para la Gran Asamblea que manda el margrave Yuri Konietzko. —Los ojos de Madre se estrecharon al oír esto, pero no interrumpió—. Hay un gran mal que se está despertando en Serbia al que le da poder el río Tisza, ahora manchado. Se llama «Jo» y hemos venido a detenerlo.

Madre emitió un siseo cuando se mencionó el nombre.

—¿Está bien que no sabéis todo su nombre! Estamos demasiado cerca, hasta oír su nombre dicho le da fuerza.

—¿Entonces le conoces? —dijo Julia—. ¿Puedes decirnos dónde encontrarle?

Madre miró a Julia como si fuera una loca que se hubiera metido en su casa.

—¿Por qué ibas a hacer eso? ¿Bres lobezno! ¿Por qué no es Konietzko aquí?

—Tiene otros problemas que solucionar —dijo Hijo del Viento del Norte—. Además, formamos parte de una profecía, una tercera manada que triunfará donde las otras dos fracasaron. El Uktena nos ha unido con ese propósito.

Madre agitó la cabeza, estaba claro que estaba perdiendo la paciencia con ellos.

—Cachorros. No sabéis qué es esto. ¿Uktena? Sé de Uktena, espíritu poderoso del río. Pero él está lejos y el Tisza está cerca.

No tiene hijos aquí, ¿cómo puede ayudar al Tisza? ¿Con profecía? Ninguna profecía sabe que es esto. Es cosa antigua, incluso los ancestros olvidan esta cosa. Yo sé sólo porque yo hablo con criaturas que huyen del lugar que despierta. Ratas, pájaros, bichos. Ellos saben más, huyen de eso.

—No lo entiendes —dijo Julia—. No tenemos elección. Es la obligación que nos ha impuesto la Nación Garou.

Madre empezó a hablar en húngaro, un largo torrente de palabras que escupía sin descanso y terminó dándole la espalda a la manada para mirar fijamente la luz parpadeante de la lámpara de aceite, como si estuviera recordando algo muy antiguo.

Halaszlé habló muy nervioso, como no queriendo perturbar más la escena.

—Bueno, dice que la Nación Garou está llena de tontos y siempre lo ha estado. Mencionó nombres concretos pero no creo que haga falta traducirlos; además, son sobre todo Garou de por aquí. Sin embargo dice que os va a ayudar, aunque ha visto a demasiados lobeznos a los que han mandado a morir para disfrutar haciéndolo.

—Gracias Madre —dijo Carlita—. No eres la primera anciana Roehuesos que ayuda de mala gana a un puñado de cachorros a que los maten. Mi propia anciana no quería enviarme aquí, pero tampoco es que tuviera mucha elección. Además, eso no es lo importante, aquí no se puede escoger, ni tú, ni nosotros: No siendo Garou.

Madre asintió con la cabeza y pareció decidida sobre el tema.

—Convocaré a otros. Todos los de zona, un consejo. Allí podéis preguntar sobre bestia y donde encontrarla.

—Bueno —dijo Julia con timidez—. ¿Puedo preguntarle sobre el túmulo por el que llegamos? El que parece abandonado. Los Garou que nos enviaron aquí parecen creer que estaba asociado

con Atila el Huno y un antiguo tesoro de los Señores de la Sombra.

Halaszlé puso los ojos en blanco.

—Tesoro! Si hubiera algo así, ya hace tiempo que lo habrían encontrado. ¿Sabes cuántos Señores de la Sombra han peinado esta zona buscándolo desde de que se fueron los Colmillos Plateados?

—Lo llevaron —dijo Madre—. Antes de que llegaran los Colmillos Plateados. Trasladaron a Serbia y escondieron allí con otros secretos. Cuidado con cosas secretas, si no se vigilan se infectan y se hacen venenosas.

—Genial —dijo Carlita—. Quizá esté enterrado donde quiera que está enterrado Jo... bueno, ya sabéis, esa cosa Wyrm.

—No es asunto nuestro —dijo Hijo del Viento del Norte—. Estamos aquí sólo por una cosa: destruir el mal que ha despertado.

Nadie tenía nada más que añadir y todos se callaron pensando en lo que tenían que hacer después. Grita Caos podía estarse muriendo, no lo sabían y no tenían modo de ayudarle. Si la medicina de Madre no funcionaba, ¿qué iban a hacer?

—Dormir —dijo Madre—. Necesitáis dormir. Tengo cama extra arriba. Y mantas para suelo.

Ojo de Tormenta ya había vuelto a la forma de loba y se había acurrucado en el suelo ante el sofá como si quisiera proteger a Grita Caos. Antes de bajar la cabeza miró a sus compañeros de manada.

—Río abajo —dijo—. Pronto.

Todos sabían que quería decir. Tenían que viajar a pie hasta Serbia, hasta el corazón del mismísimo Wyrm, y tendrían que hacerlo sin Grita Caos.



Alguien llamó a la puerta cuando Madre estaba subiendo las escaleras después de asegurarse de que la manada tenía todas las mantas que necesitaban. Carlita se dio cuenta de que no le hacía mucha gracia que hubiera alguien en la puerta. La anciana Roehuesos dudó, como pensando si contestar o no, pero luego bajó de nuevo las escaleras y se asomó por la ventanita. Parecía confundida pero quitó los cerrojos y abrió la puerta.

Habló en húngaro, algo que sonó a pregunta, luego abrió aún más la puerta y medio salió al exterior mirando a su alrededor confusa. Se encogió de hombros y cerró la puerta pasando los cerrojos de nuevo.

Halaszlé la miraba desde el suelo de la cocina y le preguntó algo a lo que la anciana le respondió encogiéndose de hombros para dirigirse después a las escaleras. Se paró antes de llegar, mirando al suelo y haciendo una mueca.

—¿Qué pasa? —dijo Carlita—. ¿Quién llamaba?

—Nadie —dijo Halaszlé—. El que llamara se fue corriendo.

Madre se miraba el zapato echándole miradas furiosas al suelo. Carlita se levantó y salió al recibidor, había un gran charco de agua cubriendo la parte delantera del recibidor y Madre estaba en medio, obviamente disgustada.

—¿De dónde viene esa agua? —dijo Carlita.

—¿Agua? —dijo Halaszlé levantándose del suelo de la cocina y entrando en el recibidor. Vio el charco y se lo quedó mirando un momento como si nunca hubiese visto agua antes. Luego abrió mucho los ojos y le gritó algo a Madre, sorprendida, la vieja Roehuesos saltó a la escalera alejándose del agua.

Al moverse la mujer el charco también se movió. Chapoteó bajo Carlita y Halaszlé dirigiéndose hacia la salita. Carlita se dio la vuelta y vio que el agua se elevaba hacia el techo y tomaba la forma y el tamaño de una versión barata de *Terminator*.

Pero no era una forma humana, parecía un cruce entre un pez con pinchos y aletas y la forma Crinos de un Garou. Los ojos bulbosos miraban fijamente a la manada y la boca luchaba por respirar pero por alguna razón no parecía estarse asfixiando. Entonces, en un instante, rápido como el rayo, saltó hacia el sofá para echarse encima de Grita Caos.

Ojo de Tormenta se lanzó contra él inmediatamente con las mandíbulas apresándole el cuello. Aquella cosa obviamente no era lo bastante fuerte para resistir el ataque a la garganta al que le estaba sometiendo la loba, pero en vez de caer o siquiera sangrar, se volvió a convertir en un gran charco chapoteando por toda la habitación.

Hijo del Viento del Norte, ahora en la forma Crinos (casi llegaba al techo) intentó acuchillar el agua con las garras pero éstas sólo la atravesaron sin afectar aparentemente al líquido.

Julia saltó a una silla y gritó.

—¡Todos fuera del agua! ¡Tengo una idea!

Carlita se retiró al recibidor tirando de Halaszlé hasta que estuvieron al lado de las escaleras sin que los pies tocaran la humedad. Hijo del Viento del Norte cambió a la forma lobo y se unió a Ojo de Tormenta sobre el sofá.

Tan pronto como Hijo del Viento del Norte salió del agua, Julia buscó en el bolsillo y sacó un artículo de plástico negro y rectangular con dos salientes en un extremo, una pistola paralizadora eléctrica. Lo metió en el agua y apretó un gatillo, unos arcos eléctricos repentinos cruzaron la habitación de inmediato, conducidos por todo el charco en un instante.

El agua se secó convirtiéndose en vapor y la bruma se disipó por la habitación. Todos oyeron un grito que se desvanecía en algún lugar lejano cuando algo murió en el mundo de los espíritus y chilló en el momento final de la agonía, tan alto que lo oyeron en el mundo material.

Madre, de pie en las escaleras, le enseñó el puño a los restos del agua con el pulgar levantado entre los dedos índice y medio.

—Vino del Tisza —dijo Halaszlé apoyándose en la pared y buscando un cigarrillo en el abrigo con las manos temblando—. He visto uno de esos antes, yo los llamo Perdiciones de las Inundaciones. Para que llegara aquí, tan lejos del río, las cosas están mucho peor de lo que hasta yo pensé.

Tragó e intentó darse fuego con el encendedor, al que parecía habersele terminado la gasolina. Sin embargo pronto se levantó una llama y Halaszlé aspiró una larga calada.

—Nos echaron de Budapest —dijo, ahora más controlado después de la dosis de nicotina—. No nos van a echar de Szeged. Hasta aquí hemos llegado. Os ayudaré a cazar al origen de esa cosa y a matarlo para que el río pueda fluir en paz otra vez.

Capítulo nueve



Los Garou de Szeged se reunieron en un aula del campus de la Universidad Científica Attila József. Al parecer, un Garou (un Finna, ver para creer) era profesor allí, enseñaba poesía. Mihaly Oreja Larga era uno de los pocos miembros de la tribu celta cuyos ancestros todavía vivían en Hungría y de vez en cuando producían retoños Garou. Era un experto en tradiciones húngaras y un viejo amigo de Madre Sárköz y enseguida conseguía un aula vacía para las pocas ocasiones en que la mujer convocaba un consejo.

Mihaly saludó a la manada cuando llegaron mostrando gran interés en cada uno de ellos, al parecer fascinado por tener invitados americanos. Julia se esforzó por dejar muy claro que ella era británica.

—Aquí tengo un fetiche que os resultará muy útil —dijo en muy buen inglés mientras sacaba un palo pintado de una especie de ocre desteñido y atado con unas cuantas plumas de ave en la parte superior y en la inferior—. Esto os permitirá entender a los otros cuando hablen húngaro. Todo lo que tenéis que hacer es sujetarlo y todo lo que digan lo entenderéis y todo lo que digáis, ellos también lo comprenderán.

—¿Qué gran idea! —dijo Julia—. Yo ni siquiera había pensando en la barrera del idioma para el consejo. ¿Pero por qué no utilizar sencillamente el Garou?

—Se están dando otras clases por aquí y no queremos molestarlos con gruñidos.

—¿Entonces por qué celebramos el consejo aquí? ¿Por qué no en algún sitio con menos gente?

—¿En Szeged? Bueno, está el campo, sí, pero todos preferimos quedarnos en la ciudad. Además —dijo mirando a su alrededor para asegurarse de que no había llegado ningún otro invitado antes de seguir hablando—. En un sitio con tanta gente, pocos se arriesgarán a iniciar retos peligrosos. Así Madre puede controlar las discusiones más fácilmente.

—No había pensado en eso. Un plan muy sutil para una dama tan anciana.

—No llegas a viejo sin haber adquirido cierta sabiduría. Ah, aquí está el cortés Nagy Pénz, ¡justo a tiempo!

Mihaly se separó de ellos para saludar a un hombre alto y notablemente bien arreglado. Halaszlé, al lado de la manada, les susurró, refiriéndose al recién llegado, que era Nagy Pénz (Mucha Pasta), un Morador del Cristal de Budapest que prefería el encanto ecléctico de Szeged antes que lo que llamaba la superpoblada metrópolis de Hungría. Era un financiero del arte que ayudaba a adquirir piezas únicas para el museo de la ciudad. También era uno de los Garou mejor vestidos que había visto ninguno de la manada. Lucía la última moda del estilo europeo: un traje caro hecho a la medida y zapatos de cuero brillante. En vez de saludar a la manada, Pénz prefirió tomar asiento, justo cuando llegaba el resto del grupo.

Mareen Huele el Mal pertenecía a la Camada de Fenris del Parque Nacional Kiskunsag, al oeste del país. Era una medio

ambientalista radical del Partido Verde que había llegado a Hungría procedente de Alemania para intentar despertar la conciencia medioambiental del lugar. Vestía con el estilo funcional que utilizaban los granjeros y los que pasan mucho tiempo al aire libre.

También había dos Señores de la Sombra, István y Janós, ambos habían venido desde el Parque Nacional Hortobagy, a muchos kilómetros al norte. Eran *gulyások*, vaqueros. Estaban totalmente dedicados a proteger la fauna de la inmensa sierra de la empinada *puszta*. A parte de eso tenían el mismo aspecto que los típicos Señores de la Sombra, hoscos e introvertidos, contemplando a las otras personas de la habitación como si los estuvieran catalogando por si fueran rivales en potencia.

Halaszlé susurró que los dos Señores de la Sombra eran una especie de renegados de su propia tribu que se negaban a tener tratos con el Clan del Cielo Nocturno ya que no estaban de acuerdo con su política supuestamente negligente sobre la protección del medioambiente húngaro. En su lugar se mostraban de acuerdo con Madre Sárköz a cambio de que les ayudara cuando se lo pidiesen, cosa que no habían hecho todavía.

Halaszlé había acompañado a la manada y a Madre desde la pequeña casa, pero sólo después de la llegada de Szabó y Ferenc, sus dos amigos Roehuesos que también vivían en la ciudad. Habían venido con él de Budapest y les gustaba mucho más su nuevo hogar. Szabó era un músico callejero que cantaba canciones tradicionales húngaras en las aceras a cambio de dinero mientras que Ferenc era taxista. Los dos juraron proteger a Grita Caos con su vida mientras los otros iban al consejo. Por si había más Perdiciones de las Inundaciones que intentaran entrar en la casa, Julia les había dado la pistola paralizadora. Además estaban totalmente dispuestos a huir con Grita Caos en el taxi de Ferenc si fuera necesario.

—Por favor, Madre —dijo Nagy Pénez echándole un vistazo al reloj de bolsillo que llevaba—, ¿podemos empezar la reunión? Tengo otros asuntos que atender.

—No hay nada más importante —dijo Madre—. Nuestro destino se va a decidir aquí.

Los otros se incorporaron en la silla al oír esto, cruzaron las miradas y luego se quedaron contemplando a la extraña nueva manada. «*Si Grita Caos estuviera aquí —pensó Carlita—, ahora estaría retorciéndose*». Se dio cuenta de que Madre ahora hablaba mucho mejor, con más vocabulario. Carlita se preguntó dónde estaba el truco hasta que recordó que ella (junto con el resto de la manada) estaba agarrando el palo fetiche que les permitía entender húngaro.

—Esta es la Manada que Corre en el Río de Plata —dijo Madre dirigiéndose a toda la habitación—; vienen de América pero los ha enviado la asamblea de la Forja del Klaive. Vienen con el conocimiento y la bendición del margrave Konietzko.

Los dos Señores de la Sombra asintieron con seriedad, estaba claro que ahora que se había mencionado el nombre de Konietzko se tomaban el asunto mucho más en serio. Mareen, la Camada de Fenris, también se mostró más preocupada al mencionarse el clan de Forja del Klaive, hasta Nagy Pénez parecía impresionado.

—Todos sabemos la mancha que ha infectado el Tisza en los últimos años. El veneno de cianuro de Rumanía es sólo la señal más clara en el mundo físico. El mundo espiritual está peor, allí, el propio río devora a sus espíritus y fluye como una inundación torrencial hacia el sur, hacia Serbia, hacia una bestia que despierta y lo llama.

—No es el espíritu del río lo que responde sino las Perdiciones que lo infectan y se apoderan de su flujo para sus propias y corruptas manipulaciones. Llevamos demasiado tiempo cerrando los

ojos ante todo esto, demasiado seguros de nuestra propia pequeñez para actuar. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos pararlo? Son preguntas que no tienen una respuesta fácil así que hemos dejado de plantearlas.

—Eso se ha acabado. Anoche llegó esta manada desde España por medio de un puente lunar.

Un murmullo atravesó la habitación.

—¿Qué puente? —exigió saber Nagy Péncz—. ¿Cómo abrieron un puente hasta Szeged, si no tiene túmulo?

—Sí que tiene túmulo —dijo Madre—. Uno que creímos perdido y abandonado hace mucho tiempo. Llegaron sobre el río Tisza, por un puente al túmulo de Korös.

—¡Imposible! —chilló István levantándose del asiento—. Si todavía funcionara los Señores de la Sombra lo sabrían!

—¡No es cierto! —gritó Madre obligándole a sentarse con la mirada—. Tus propios ancestros unieron varios espíritus al lugar para evitar que los Magiares y los Cavaros lo encontraran y luego sus ancestros utilizaron a esos mismos espíritus para frustrar a los Colmillos Plateados Angevinos. El túmulo sabe cómo guardar sus secretos, hasta de los suyos.

István farfulló algo pero no supo responder. Janós le tiró de los pantalones obligándole a sentarse. Se quedó mirando a la manada con expresión inescrutable.

—Si eso es cierto —dijo Nagy Péncz—, ahora debemos trabajar para reclamarlo.

La habitación entera quedó en silencio, todos parecían pensar en esa afirmación.

—¿Qué dijo que fuera tan significativo? —le susurró Julia a Halaszlé.

—Todo el mundo sabe lo que quiere decir: Debemos tomar el túmulo antes de que Konietzko se entere.

Los miembros de la manada se miraron con la culpa pintada en la cara. Traían algo más que noticias de Jo'cllath'mattric a Szeged, les acompañaban también problemas políticos.

—No podemos —dijo Madre con sencillez después de darles a todos tiempo para comprender el asunto ellos solos—. El río está viciado, y la piedra del sendero reposa dentro, es imposible llegar hasta ella sin arriesgar la vida. ¿El túmulo se merece eso?

—Sí —dijo Mareen—. Desde luego. Nosotros somos algo pasajero, un túmulo es algo eterno, como nos ha enseñado esta manada.

—Esto... ¿Madre? —dijo Carlita cansada de ser una mera observadora pasiva.

Madre la miró, obviamente esperando que continuara.

—Comprendo que tienen que tomar decisiones y demás, pero esto es una misión y no podemos esperar mucho más.

Madre asintió.

—Soy consciente de ello. ¿Cómo podría olvidarlo? Sí, es hora de decírselo a los demás.

Todos los ojos se volvieron a clavar en la manada. Las miradas de Nagy Pénz y de los dos Señores de la Sombra eran suspicaces mientras que las de Mareen y Mihaly parecían expectantes.

—La manada ha venido en busca de la fuente de la corrupción —dijo Madre—. Van a la caza de una bestia que temo nombrar pero que debo decir para que todos lo sepáis: Jo'cllath'mattric.

La respuesta fue de confusión más que de miedo, excepto por la súbita aspiración de Mihaly. Obviamente el nombre no resultaba conocido para nadie excepto para el profesor de folclore y Madre.

—Es algo muy antiguo que despierta ahora —dijo Madre—. Poco más puedo deciros, pues se ha olvidado mucho. Si llega a

liberarse... será terrible para todos nosotros. Quizá sea el mismísimo Apocalipsis.

—He oído hablar de él a Konietzko —dijo Janós—. Ha sabido desde hace algún tiempo de su despertar y ha intentado destruir a los servidores de Wyrm antes de que ellos también se enteren. ¿Qué se ha revelado para que una manada de cachorros venga ahora a luchar contra él?

—Fuimos elegidos —dijo Ojo de Tormenta en su forma humana empuñando el palo como los otros—. Una profecía relatada por Antonine Gota de Lágrima en la asamblea de la Forja del Klaive predijo que se necesitaba a nuestra manada y el Uktena nos ha unido. No estamos aquí porque seamos tontos, sino porque es nuestra obligación.

Janós asintió y pareció que sentía algo más de respeto por la manada. Se volvió a apoyar en el asiento y no dijo más.

—Mañana la Manada del Río de Plata debe viajar Tisza abajo en busca de la fuente de esa corrupción —dijo Madre—, a la Cloaca que envía poder a la bestia de Serbia. Debemos ayudarlos en lo que podamos.

—Yo ya he prometido ir con ellos —dijo Halaszlé—. No me echarán de este lugar.

—Muy valiente —dijo István— para ser un Roehuesos. No es mi intención faltarte al respeto pero tienes poco que perder. Szeged no es nuestro hogar, hemos pasado mucho tiempo defendiendo la *puszta* de la plaga del Tisza. No podemos arriesgarnos a dejarlo ahora para ir detrás de algo con lo que ni siquiera Konietzko es capaz de venir a luchar él mismo. ¿Quién va a defender entonces la *puszta*?

—Tu querida estepa caerá como el resto del mundo —dijo Mareen levantándose enfadada— si no se detiene la amenaza antes de que se levante. —Luego miró a la manada—. Os respeto

por vuestro valor pero hay algo que debo decir: si estáis destinados a hacer esto por una profecía, entonces podéis triunfar o no; no sé cómo van a ayudar más guerreros en una misión que ya no dispone del personal adecuado. ¿Tenemos que morir todos tirándonos a las fauces de esa cosa? ¿Por qué no unírnos al ejército de Konietzko y enfrentarnos a eso con una auténtica probabilidad de ganar?

No respondió nadie, ni siquiera la manada pudo responder. Sabían que su misión no tenía apenas posibilidades. ¿Qué derecho tenían a pedirles a otros que se arriesgaran por una profecía que se refería sólo a la manada?

Madre habló:

—Debéis tomar una decisión. No puedo influir en vuestra elección (y no lo haré). Sólo digo que Gaia nos contempla a todos en estos momentos y ve lo que escogen sus hijos. Os diré mi papel en todo esto, me quedaré en Szeged pues soy demasiado vieja para viajar lejos y haré lo que pueda para evitar que el Tisza nos ahogue a todos.

Los otros se ensimismaron en sus pensamientos, cada uno decidiendo como reaccionar ante una decisión tan trascendental.

—Yo me quedo en Szeged —dijo Nagy Pénz—. No tengo nada que contribuir en Serbia. Debo defender esta ciudad, especialmente si todavía hay un túmulo aquí.

—Dudo que yo os fuera de ninguna ayuda —le dijo Mihaly a la manada con aire de culpabilidad—. Temo que ya he dejado atrás los días de los largos viajes a pie. Haré lo que pueda para ayudar a prepararos para el viaje.

—Una vez más, rindo homenaje a vuestro valor —dijo Mareen adelantándose hacia la manada para mirar a cada uno a los ojos—. Pero no os voy a ayudar. Si el destino os ha escogido para este papel, ¿qué papel hay para mí? No he jurado fidelidad a Uktena,

sino a Fenris. Me uniré a las fuerzas de Konietzko para preparar el combate que puede seguir a vuestra misión, rezándole a Gaia para que tenga éxito.

István y Janós se quedaron sentados pensando un rato más y al final sacudieron la cabeza.

—No iremos. Nuestra obligación está en el norte, lo que hagáis en Serbia va a sulfurar al espíritu del Tisza, que va a crear problemas río arriba hasta llegar a nosotros. Nos mantendremos fuertes allí y lucharemos contra él. Si, por casualidad vencéis, sabed que vuestros nombres resonarán llenos de gloria en nuestros aullidos.

Se levantaron y se dirigieron a la puerta, Janós se paró y miró a Ojo de Tormenta.

—No importa lo que ocurra, has de saber que te tengo en gran estima. —Luego se fueron los dos.

Mareen también salió con aire culpable pero también triste, como si compadeciera a la manada y deseara ocupar su lugar.

Nagy Pénz se puso en pie y se estiró el traje.

—Gracias, Madre, por convocarnos. No nos reunimos con la frecuencia suficiente. Si hay algo que necesites de mí, no dudes en llamarme. Prepararé la defensa que pueda para los espíritus de esta ciudad, tanto tiempo sitiada por el río, a un tiempo bendito y enfadado —saludó a la manada con la cabeza y dejó la habitación.

Madre suspiró y se encogió de hombros.

—No esperaba otra cosa. Somos demasiados pocos. Si hubiera más jóvenes, se matarían por unirse a la cruzada. Cielos, somos todos tan viejos. —Se sentó en una silla y cerró los ojos.

Halaszlé le dio un golpecito a Carlita en el hombro y le hizo un gesto al resto de la manada.

—Vamos, salgamos al aire libre. Os enseñaré la ciudad el resto del día que nos queda.

La manada dejó el palo en una mesa, dieron las gracias al profesor y siguieron a Halaszlé fuera de la sala.



Cuando hubo desaparecido el sonido de sus pisadas, Mihaly se dirigió a Madre.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Lo que esperaba no tener que hacer, pero me temo que ahora no me queda más remedio que hacer. Me pondré en contacto con Konietzko y le diré lo del túmulo de Korös.

—Eso sólo hará que envíe a Señores de la Sombra para que lo reclamen.

Madre suspiró.

—Ya lo sé. ¿Pero qué otra cosa lo podría rescatar ahora del Tisza? El pobre Nagy Péncz codicia el túmulo, pero los espíritus de su ciudad no tienen el poder suficiente para resistirse al Tisza y entregar la piedra del sendero. No, el único lo bastante poderoso para hacerlo es el clan de Konietzko.

—¿Recuerdas lo que le hicieron a Halaszlé? Le obligarán a trasladarse otra vez.

—Veremos. Ya veremos.

Capítulo diez



Mientras Halaszlé enseñaba Szeged a la manada, la luz del día les permitía ver bien a los habitantes de la ciudad. Cerca de la universidad había sobre todo gente joven, vestidos como la mayoría de los adolescentes y adultos jóvenes de la mayor parte de las ciudades europeas de estos tiempos, es decir, muy parecidos a los americanos. Al irse alejando de la universidad vieron cada vez más representantes de la clase trabajadora local, hombres y mujeres de negocios bien vestidos y conductores de reparto y trabajadores vestidos de una forma más funcional. Y, claro está, turistas de todo el mundo e incluso América.

No lejos de la universidad se encontraba el Dóm tér, una plaza enorme flanqueada por iglesias góticas, columnas, bustos y estatuas. Era mediodía y oyeron un maravilloso repique de campanas no lejos de allí. Halaszlé se echó a reír.

—Justo a tiempo para el reloj musical. ¿Veis? —señaló al otro lado de la plaza a una fuente de agua con figuras que se movían, de ahí venía la música. Los turistas se agolparon a su alrededor mientras repicaba el anuncio del mediodía. Halaszlé pareció desilusionarse cuando el espectáculo sólo evocó unas débiles sonrisas en las caras de la manada—. Vamos por aquí, al museo. —Le

siguieron sin hacer ningún comentario, cada uno aparentemente ensimismado en sus propios y agitados pensamientos.

Mientras dejaban la plaza, Carlita contempló a un grupo de turistas americanos con niños que se reían de las figuras del reloj y envidió su ignorancia de la guerra que les rodeaba en el mundo espiritual, pero también les odió por ello. Si supieran algo del Wyrn no harían cosas para seguir manteniéndole.

Halaszlé les guió a una inmensa vía pública plagada de edificios barrocos y clásicos, tiendas y bancos sobre todo. El museo mismo reposaba en una zona verde a la orilla del río, casi directamente enfrente de la costa a la que se habían arrastrado la noche anterior.

Julia paró y miró al parque que les rodeaba.

—Oye, Halaszlé, ¿podemos pasear por allí un rato? Hoy no me apetece meterme en un museo lleno de polvo.

—Vale, claro —dijo Halaszlé encogiéndose de hombros—. Sólo quería enseñaros esto. Pensé que os gustaría ver el museo, la mayoría de los americanos vienen aquí.

—Bueno, no somos los turistas de siempre —dijo Carlita—, pero gracias de todas formas.

—Vamos arriba, al Széchenyi tér —dijo Halaszlé—. Es mi sitio favorito. Pasamos por allí la otra noche, pero se ve mejor durante el día.

Todos asintieron y le siguieron las pocas calles que les separaban del parque interior de la ciudad, más grande que el otro y que se extendía por unas manzanas a partir de aquella esquina. Halaszlé les llevó hasta un banco que había bajo un castaño y desde donde podían contemplar el hermoso ayuntamiento de color amarillo brillante. Luego señaló hacia dos fuentes.

—El río Tisza, «Bendito y enfadado». Nos da y nos quita; muchas de estas estatuas conmemoran a esos *kubikosok* que trabajaron para que siguiera siendo bendito.

—Tengo la sensación que se desborda mucho, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Halaszlé—. Antes, pero hace muchos años que no. Pero no puedo decir que pasará si no se cura pronto. Temo mirarlo desde la Umbra.

—Esa cosa, la Perdición de las Inundaciones, que nos atacó —dijo Carlita—. Dijiste que ya habías visto una antes. ¿Qué son?

—No lo sé. No sé seguro. Creo que representan el intento del río de desbordarse, de viajar más allá de sus orillas, cosa que no puede hacer. La tecnología humana (la obra de esos ingenieros *kubikosok*) —señaló con la mano las estatuas— mantiene al río físico en su lugar. Pero en el mundo espiritual se retuerce para acudir a la llamada de Serbia. Se resiste, pero hasta su resistencia está viciada.

—Quizá intentaba advertirnos —dijo Julia—. Quizá no quería hacer daño a Grita Caos sino ayudarle, o incluso avisarnos sobre la situación del río.

Halaszlé negó con la cabeza.

—Lo dudo. Quizá antes, cuando sus espíritus no estaban corrompidos pero no ahora. El Tisza ahora está enfadado y quiere ahogar al que lo toque.

—Entonces debemos esforzarnos para no tocarlo mañana —dijo John Viento del Norte—. Tenemos por delante un largo viaje por sus orillas y no lo podemos hacer sólo en el mundo físico. El peligro será muy grande.

—¿Qué quieres decir? —dijo Carlita frunciendo el ceño—. ¿Por qué no podemos ir a donde tengamos que ir sólo por el mundo material?

—¿Y cómo sabremos que llegamos a nuestro destino? —dijo Hijo del Viento del Norte—. Tenemos que encontrarlo nosotros solos con las pistas que nos dé. Y esas pistas no van a estar en este mundo sino en la Umbral.

—Mierda —murmuró Carlita—. Pero Julia dijo que había una Cloaca al otro lado!

—Sí —dijo Julia—, pero John tiene razón, quizá río abajo no esté tan mal.

—Va a estar peor —dijo Hijo del Viento del Norte—. La única manera de saber la causa de la corrupción es encontrándola, y no va a ser un cuadro muy bonito.

Ojo de Tormenta que había seguido todo el intercambio en un silencio hosco y en forma humana, habló entonces:

—¿Por qué no hacéis más que hablar, hablar, hablar? Ya lo veremos demasiado pronto y la charla no va a derrotarlo antes.

Eso les hizo callar. Se quedaron sentados en el banco, incómodos y contemplando la suave brisa que mecía los castaños.

—Bueno —dijo Halaszlé rompiendo el silencio por fin—. ¿Quién tiene hambre?



El resto de la tarde y la velada fueron tranquilas. Volvieron a casa de Madre para asegurarse de que Grita Caos estaba bien y no vieron cambios en la condición de su amigo. Halaszlé les presentó una gran variedad de cocina húngara (*pörkölt*, estofado húngaro muy condimentado y *gulyásleves*, sopa de ternera) y les ayudó a preparar las bolsas y a reunir provisiones para la larga caminata. Madre les dio a cada uno una bolsita de cuero con hierbas y

afirmó que el aroma de la hierba evitaría que se les cansaran las piernas.

Luego se acurrucaron en las mantas extendidas en el suelo de la casita de Madre e intentaron dormir.

Ojo de Tormenta no tuvo ningún problema para dormirse de inmediato. Haber nacido loba tenía sus ventajas, una de las cuales era una decidida falta de ansiedad por el futuro; sabía que iba a necesitar descanso para el trabajo que se les avecinaba, así que se lo procuró.

John Hijo del Viento del Norte tampoco tuvo muchos problemas para dormir. Sabía que necesitaba recuperar fuerzas así que le rezó a sus ancestros espirituales y a Gaia para que le concedieran un descanso reparador. Y con ese consuelo enseguida estaba durmiendo tranquilamente, sin ni siquiera roncar.

A Julia y Carlita les costó más, cada una de ellas intentaba encontrar el mejor plan de caza para el día siguiente pero la falta de conocimientos hacía que fuera casi imposible prevenir nada. Es más, la preocupación por Grita Caos y si saldría alguna vez del coma (o si viviría para contarlo) las mantenía despiertas y dando vueltas sin parar. Sólo después de que Julia se diera cuenta de que la cura para Grita Caos exigía que se enfrentaran a su causa (que les esperaba río abajo) pudo la chica olvidarse de sus preocupaciones y dormir.

Carlita fue la última en quedarse dormida e incluso entonces su sueño estuvo lleno de medio pesadillas que la hacían despertarse de golpe varias veces. Pero antes de poder examinar sus sueños en busca de alguna pista espiritual, se desvanecían de su recuerdo dejándola luchando para volver a dormir.



Se fueron a la mañana siguiente. Madre les hizo *palacsinta* (tortitas) y les instó para que no se preocuparan por Grita Caos. Le vigilaría ella con la ayuda de Szabó y Ferenc y juró que tendrían que matarla a ella antes de que un atacante le tocara un pelo a Grita Caos.

—Yo enseñaré que esta vieja todavía tiene mucha lucha dentro, si se atreven a venir.

Cogió a Halaszlé por los hombros y le dio un beso en la mejilla al tiempo que le decía algo en húngaro que hizo sonreír al hombre.

Luego los empujó fuera de la casa y cerró la puerta detrás de ellos, su forma de decir que se pusieran en camino.

Halaszlé les llevó por el Semmelweis utca por calles apartadas y luego les acercó más al río para seguir su curso hacia el sur por el campo.

Sólo había unos kilómetros hasta la frontera con Serbia y Halaszlé admitió que no había estado nunca allí y no sabía si habría alguien vigilando la frontera en el campo, lejos de las carreteras.

—No estoy segura de que debamos arriesgarnos —dijo Julia—. Las fuerzas de la ONU, podrían estar vigilando quién entra y sale. Y es entonces cuando deberíamos pasar al otro lado.

—¿Qué?! —dijo Carlita—. ¿Estás loca? ¿Te acuerdas de lo que pasó la última vez? Vamos a estar luchando a cada paso.

—Ningún momento mejor que el presente para averiguarlo —dijo Julia—. Podríamos pasar ahora mismo. Además va a ser cada vez peor cuanto más río abajo vayamos. Así por lo menos averiguamos contra qué nos enfrentamos. Vamos, yo guío.

La manada se reunió dudosa a su alrededor mientras ella activaba la PDA y convertía la pantalla en un espejo. Se lo quedó mirando como si soñara despierta, mirando hacia el lejano

horizonte. El mundo empalideció a su alrededor, se desvaneció y la materia dio paso a las características del mundo espiritual. Se pusieron en posición defensiva, listos para rechazar a cualquier Perdición que les hubiera estado siguiendo o que les hubiera visto desde el río.

Nada.

Aunque el Tisza rugía con un aullido tan sonoro como una catarata que cayera justo a su lado no había ninguna criatura a la vista. El río se lanzaba hacia adelante dentro de sus orillas, más salvaje y con más espuma que en el mundo físico pero sin duda más tranquilo que la noche de su llegada. Se asomaron al agua intentando distinguir las cosas que flotaban en la superficie y luego apartaron la mirada asqueados cuando reconocieron lo que eran: cadáveres de espíritus, huesos de animales etéreos cuyas personalidades habían desaparecido pero a los que se les había impedido desvanecerse para reaparecer en algún otro lugar de la Umbra. Cada uno de ellos era una especie de cripta, incapaz de moverse o actuar pero sin embargo consciente de su propio estado torturado y paralizado.

—Es monstruoso —lloró Julia cerrando los ojos con fuerza y gritando para que la oyeran por encima del rugido del río—. Algo que le haría eso a un espíritu está... más allá de la redención.

Ojo de Tormenta gruyó profundamente, desesperada por aullar su ira y su pena pero con miedo de lo que podría atraer un gesto así. Aquí tenían que caminar con cuidado, no se fueran a convertir en huesos ellos también.

Hijo del Viento del Norte se quedó quieto pero temblaba de ira, luchó por contener su rabia y sólo la pudo controlar prometiéndose a sí mismo que, tan pronto como encontrara al que había hecho esto, dejaría escapar toda su ira y causaría auténticos estragos.

Carlita estaba más triste que enfadada, quería ayudar a los espíritus pero el río se los llevaba demasiado deprisa y había demasiados. No le resultaba extraña la sensación de impotencia al contemplar unos crímenes tan terribles, toda su tribu conocía esa frustración de forma íntima.

—Venid —dijo Halaszlé—. Deberíamos movernos, antes de que se despierte algo.

—¿Crees que las Perdiciones están durmiendo? —dijo Carlita siguiendo a Halaszlé por la orilla. Los otros desviaron la atención del Tisza para concentrarse en caminar.

—Sí. La luna las perturba. Se ponen más furiosas por la noche.

No solía ser muy recomendable caminar por el mundo de los espíritus de día, cuando la luna estaba escondida, lo que permitía que todo tipo de Perdiciones rondaran con toda libertad, pero lo que decía Halaszlé tenía sentido. El único respiro que les daba la luna a las Perdiciones era durante el día, así que utilizaban ese momento para reponer las energías perdidas.

—Ahora está claro —dijo Julia—. Algo está tirando del río, haciéndole fluir más rápido de lo que quiere.

Siguieron caminando, todos ellos inquietos por el atronador sonido del caótico río pero agradecidos que no les saltara nada encima.

En cierto momento, Ojo de Tormenta se paró y agudizó el oído apartándolo del río, como si escuchara algo.

—¿Oís eso?

Todos se pararon y se esforzaron por oír algún sonido además del veloz torrente, pero no consiguieron distinguir nada.

—¿Qué es? —dijo Julia.

Ojo de Tormenta sacudió la cabeza.

—Ya no lo oigo...

—Esperad! —dijo Hijo del Viento del Norte—. Algo... allí, lejos... llamándome.

—Sí —dijo Ojo de Tormenta—. Pensé que había oído mi nombre...

—Mierda —dijo Carlita—. Eso es lo que pasó la última vez, cuando esos murciélagos atacaron a Grita Caos! —Examinó el cielo oscuro en busca de alguna señal de movimiento.

—Se ha ido —dijo Hijo del Viento del Norte—. Ya no lo oigo.

—¿El ruido del río no se acaba de hacer más fuerte? —dijo Carlita.

Ninguno estaba seguro, todos se quedaron allí un rato intentando oír sus nombres de nuevo pero el sonido del río ahogó todo lo demás.

—Mirar —dijo Carlita—. Esto es bastante siniestro. Sea lo que sea lo que nos está llamando, yo no pienso contestar.

—Probablemente tienes razón —dijo Julia—. Vamos a seguir.

El resto asintió y reanudaron la marcha pero ahora incluso con más cautela que antes. Ahora se turnaban para mirar a todas partes por si lo que les llamaba venía de otra dirección que no fuera el río.

Después de caminar una hora, Carlita les pidió que pararan de nuevo haciéndoles gestos con urgencia para que se acercaran más y ella pudiera hablar sin tener que gritar.

—Debemos estar ya en Serbia. ¿No se curva el río un poco más arriba?

—Sí —dijo Julia—. Ya lo he notado.

—Se está dirigiendo más hacia el oeste —dijo el Hijo del Viento del Norte.

—No creo que haga eso en el mundo material —dijo Halaszlé—. Sí que se curva hacia el oeste en algún momento, pero desde luego no tan cerca de la frontera.

—Es mucho más que una simple curva —dijo Ojo de Tormenta con la mirada fija en el río—. Hay algo desviándolo a propósito.

Todos miraron pero no podían ver tan lejos en la oscuridad. Hijo del Viento del Norte cambió a la forma Lupus y contempló el punto que parecía mirar Ojo de Tormenta.

—Sí —dijo—. Hay algo allí, algo blanco.

—Que le jodan —dijo Carlita—. Yo no me voy a quedar atrás.

Ella también cambió a la forma Lupus y con la aguda visión de esa forma vio algo pálido a lo lejos, algo contra lo que claramente se estaba estrellando el río.

Julia y Halaszlé también cambiaron a la forma de lobo y la manada se acercó más con cautela, ahora todos a cuatro patas.

Al acercarse más la palidez resultó ser una especie de presa. El Tisza se estrellaba contra ella pero no podía saltarla así que giraba a la izquierda (hacia el oeste) y fluía por un curso nuevo, diferente del de su equivalente físico. Pero la división del espíritu y la materia no se lograba sin provocar daños. Allí donde fluía el río el agua se hacía cada vez más negra y aceitosa, más parecida a una mancha de aceite móvil que a un río.

Al aproximarse a la presa se dieron cuenta de que la palidez provenía de la masa de huesos blanquecinos que se apilaban a todo lo alto y largo, y que atravesaban el curso original del río. Miles de huesos, espíritus de animales muertos (peces, pájaros, hasta perros y gatos) que estaban colocados en una estrecha formación que bloqueaba todos los intentos del Tisza para destruirla.

Peces espíritus todavía vivos se veían arrojados del curso del río y se hundían cayendo en medio del dolor y la agonía de asfixiarse lejos de la humedad del río.

La manada se quedó paralizada cuando vieron una forma levantarse de un agujero al otro lado de la presa. Una masa deforme mezcla de pez y lobo (una Perdición de las Inundaciones) se

escabulló sobre la presa para agarrar el pez varado. Aquí, en el mundo espiritual, tenía más sustancia, no era una simple forma de agua esculpida sino una cosa hecha de carne, aletas y escamas. Mientras la manada lo contemplaba, la forma se tragó entero al pez espíritu gorgoteando mientras lo hacía desaparecer garganta abajo. Luego miró por allí buscando más y cuando el río no le lanzó ningún otro espíritu fresco volvió a desaparecer arrastrándose por el agujero.

Cuando se fue, Carlita dejó escapar el aire que había estado conteniendo y al hacerlo aspiró un soplo de su olor, lo bastante fuerte para atravesar un río torrencial. Era tan fétido y podrido que le apeteció meter la nariz en el río para lavarla, pero sabía perfectamente que no podía.

John Hijo del Viento del Norte fue el primero en hablar.

—Tenemos que romper esa presa.

—Está matando el río —dijo Julia—. Lo está ayudando a dirigirse hacia Jo'ellath'mattric. Si podemos hundirla quizá el río vuelva a fluir bien y no le de tanto poder a la bestia Wyrn.

—¿Cómo lo hacemos sin tener que luchar contra esas cosas? —dijo Carlita.

—No podemos —dijo Ojo de Tormenta—. Preparaos para luchar. Y morir si hace falta.

—Pero viste lo que pasó la última vez que nos enfrentamos a una de ellas, ¿no todos tenemos paralizadores!

—Esto es la Umbra —dijo Julia—. Aquí nos deberían bastar las garras. ¿Te diste cuenta de que este tenía más sustancia? ¿Hasta podía olerlo!

—Tiene que haber una manera mejor —gimoteó Halaszlé—. ¿No podemos rodear la presa sin que nos vean y mirar si tiene algún punto débil? Quizá podamos destrozarla o mejor aún, quitarle una parte para que el resto se venga abajo...

—Merece la pena intentarlo por lo menos —dijo Carlita—. Antes de ir a ganarnos unas cuantas cicatrices de batalla deberíamos por lo menos echarle un vistazo a eso. No tenemos ni idea de cuántas de esas cosas hay en esa presa.

—Estoy de acuerdo —dijo Julia—; vamos a acercarnos y ver lo que hay al otro lado antes de empezar a atacar nada.

Ojo de Tormenta e Hijo del Viento del Norte asintieron y la manada se movió junta en un gran arco rodeando la presa para acercarse a ella desde atrás. Al acercarse no consiguieron ver ninguna diferencia de importancia en la parte de atrás. Era una construcción inmensa de huesos apilados que no tenía ninguna otra característica especial a parte de un manchón negro sobre la parte de arriba que estaba claro que era el agujero por el que había salido la Perdición. Era una abertura bastante amplia, desde luego lo bastante grande para que cupiera un Garou en la forma Crinos.

—Yo digo que nos metamos en el agujero —dijo Hijo del Viento del Norte—. Tiene que tener algún sitio dentro, desde este lado es demasiado grueso para reventarlo sin más.

—Espera un segundo —dijo Carlita—. Vamos a pensarlo. Julia, ¿es posible, quizá, romper algunos de esos huesos y hacer que se disipen los espíritus? Podríamos provocar una reacción en cadena.

Julia lo pensó un momento.

—Podríamos intentarlo, pero podría atraer la atención de algo y puesto que ni siquiera sé lo que está haciendo que permanezcan en su forma muerta, no puedo ni empezar a formar una teoría sobre cómo romperlos, excepto con las garras, quizá.

—Si eso falla —dijo Ojo de Tormenta— vendrían las Perdiciones y no entraríamos jamás. Yo digo que vayamos ahora, antes de que nos conozcan.

Carlita no vio otra opción, había esperado que apareciera otra cosa pero parecía que no tenían elección.

Halaszlé temblaba y escondía la cara en las manos moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás murmurando algo en húngaro.

—Oye, tranquilízate —dijo Carlita poniéndole la mano en el hombro—. Si superamos esto y reventamos esa presa tu futuro estará lleno de sopa de pescado.

—Ja —dijo Halaszlé asomándose entre las manos—. *Si* es una palabra muy grande ahora mismo, y después de ver esto estoy pensando en que a lo mejor me cambio el nombre.

—Vamos —dijo Ojo de Tormenta—. ¡Ahora!

La loba saltó dirigiéndose directamente al agujero oscuro. Hijo del Viento del Norte estaba justo detrás de ella.

Carlita dudó sólo un momento, lo justo para agarrar a Halaszlé por el cuello y arrastrarle detrás del resto de la manada mientras cambiaba a la forma Crinos y cogía la daga de colmillo con la otra mano.

—¡Venga, chavalote! ¡Vamos a pillar unos cuantos huesos para estos perros!

Capítulo once



Ojo de Tormenta hizo una pequeña pausa fuera del agujero para olisquearlo y luego se hundió en él. Hijo del Viento del Norte no lo dudó un momento y saltó con los pies por delante con la voluminosa forma Crinos. A Carlita no le gustaba ser la última pero el resto ya había saltado antes. Julia se deslizó por la abertura en la forma Lupus en el instante en que Carlita llegaba allí con Halaszlé justo detrás de ella. Él, al igual que Carlita, estaba en la forma Crinos.

Mientras se deslizaba por el agujero y aterrizaba en el túnel de debajo, los otros ya habían formado un muro defensivo alrededor de la hendidura. Ojo de Tormenta se asomó en ambas direcciones (derecha e izquierda) olisqueando en busca de pistas que les indicasen qué camino tomar.

El suelo estaba lleno de charcos pero parecían llenos de agua normal, no la carne espiritual sin forma de una Perdición de las Inundaciones. Halaszlé metió una garra en uno de los charcos y lo agitó, sólo para asegurarse, pero no hubo ninguna reacción más allá del remolino de agua alterada que era de esperar.

Ojo de Tormenta se puso a la derecha seguido de Hijo del Viento del Norte. Carlita fue la siguiente, ya que Julia se había

abierto para vigilar el flanco izquierdo al entrar en el túnel. Ahora se volvió y empujó a Halaszlé delante de ella, pero caminó con cautela, constantemente pendiente del túnel que había detrás de ellos.

El rugido del río quedaba ahora más distante, como si lo bloqueara la masa de huesos. Julia se arriesgó a susurrarles un mensaje por encima del tecleo y del goteo de fondo que se filtraba por las paredes.

—Creo que estamos en un sub-reino. Este sitio podría ser más grande por dentro que por fuera.

El pasadizo se inclinó hacia abajo y terminó en un cruce con nuevos pasadizos a izquierda y derecha. Una vez más Ojo de Tormenta olisqueó el aire buscando el rastro de las Perdiciones de las Inundaciones. Luego volvió rápidamente al pasadizo original y cambió a la forma feroz Hispo, con el pelo de la nuca poniéndose de punta. Los otros sabían lo que eso significaba y se prepararon para atacar a lo que apareciese por la esquina.

Momentos más tarde entró en el túnel una Perdición de las Inundaciones con las aletas de los pies chapoteando en los charcos ruidosamente. Se paró cuando los vio, los ojos enormes y muy abiertos, la mano agitándose de sorpresa y miedo.

Ojo de Tormenta se lanzó encima inmediatamente clavándole las inmensas mandíbulas de la forma feroz en el cuello. El peso inmenso de la loba abatió a la Perdición sin prácticamente lucha, resonó un chasquido por todo el túnel y las manos dejaron de hacer de gestos. Ojo de Tormenta le liberó el cuello, que ahora colgaba hacia atrás en un ángulo imposible, claramente roto. La carne espiritual empezó a evaporarse, colgando en el aire estancado un momento antes de desvanecerse en la nada.

Hijo del Viento del Norte pasó por delante de Ojo de Tormenta y se puso en cabeza. Giró a la izquierda (la dirección por la que

había venido la cosa aquella) y les hizo gestos para que le siguieran. Siguieron sigilosamente por el siguiente túnel, estrecho y húmedo hasta que también se dividió, con dos pasadizos nuevos que llevaban hacia abajo en direcciones opuestas.

Sin ninguna pista aparente sobre cual era la mejor ruta, Hijo del Viento del Norte giró a la izquierda otra vez, suponiendo que sería más fácil recordar el camino si escogían una dirección consistente. Ahora estaban totalmente a oscuras y todos confiaban en sus sentidos para que les guiaran y les informaran sobre la localización de los otros.

—Yo ya no puedo seguir —dijo Julia—. No estoy tan bien entrenada para moverme en la oscuridad como vosotros, cabras montesas. —Sacó la PDA y lo encendió. El resplandor tenue de la pantalla iluminó el pasillo proporcionándoles la suficiente luz para que se vieran.

—Ponlo en el medio —dijo Ojo de Tormenta con la voz Hispobronca y gutural—. La bloqueamos con el cuerpo.

Siguieron adelante, los bultos de Hijo del Viento del Norte y Ojo de Tormenta evitaban que buena parte de la luz se transmitiera demasiado lejos para no alertar a ninguna Perdición de la intrusión de luz extraña.

—No veo ninguna debilidad en estos muros —susurró Carlita—. Sólo se están haciendo cada vez más fuertes. Si esto es un sub-reino quizá no podamos romperlo.

—Pero quizá averigüemos qué es lo que está manteniendo a los espíritus unidos a sus huesos —dijo Julia.

Hijo del Viento del Norte se detuvo de golpe y les hizo un gesto con el brazo para que pararan. Se quedó quieto, olisqueando el aire, al igual que Ojo de Tormenta. Luego se metió sigilosamente en lo que ahora Carlita veía que era una sala más grande, una

cueva circular sin pasadizos que partieran de ella, un punto muerto.

Pero en vez de sólo huesos había unos globos extraños, de un blanco lechoso, esparcidos por el suelo y apilados en grupos.

—Agh —dijo Halaszlé cuando entró—. Huevos de pescado.

Carlita se acercó lentamente a uno intentando verlo mejor. Debajo de la piel opaca del huevo había algo que se retorció. Algo con aletas y escamas.

—Perdiciones de las Inundaciones, aquí es donde salen de los huevos.

Ojo de Tormenta no pudo evitar soltar un gruñido mientras miraba a los otros y luego otra vez a los huevos. Todos la entendieron. Siguiendo su ejemplo, cuando Ojo de Tormenta se lanzó todos saltaron hacia un grupo diferente y rasgaron los huevos con las garras.

Las Perdiciones se agitaron y lucharon pero murieron enseguida, demasiado débiles para soportar la matanza. Una momentánea punzada de culpabilidad bañó a Carlita mientras rebanaba otro pez-cosa, pero se recordó que no eran bebés, eran monstruos. No eran fruto de Gaia sino de los venenos que fluían por el río; probablemente habían sido verdaderos huevos de espíritus pez en algún momento pero desde entonces se habían contagiado del lodo tóxico y se habían deformado para convertirse en Perdiciones.

Sólo les llevó unos minutos matarlos a todos y luego Ojo de Tormenta salió decidido de la sala sin prestarles más atención a los huevos machacados. Los otros le siguieron en el mismo orden que habían tomado al principio.

Cuando llegaron de nuevo al cruce, siguieron adelante, lo que habría sido un giro a la derecha a partir de su dirección original.

Aquí el suelo estaba más inclinado, parecía que se estaban desplazando por debajo de la superficie, quizá hacia el mismo lecho del río.

Muy pronto vieron una luz oscilante en las paredes del túnel que tenían por delante, como si se reflejara a través del agua y provenía de una sala que había más adelante hacia su izquierda. Redujeron el paso y avanzaron con mucha cautela. A la entrada de la habitación, Ojo de Tormenta se asomó y retiró la cabeza inmediatamente. Les hizo un gesto para que volvieran atrás por el pasillo y luego les susurró.

—Diez Perdiciones de las Inundaciones. Comiendo espíritus. Ventana al río. Miran como llegan nuevos espíritus, arrastran contra su voluntad.

—¿De qué está hecha la ventana? —preguntó Carlita.

Ojo de Tormenta ladeó la cabeza confundida y se encogió de hombros.

«Lógico —pensó Carlita—, ¿qué iba a saber un *Lupus de materiales de construcción?*»

—Si es cristal —les dijo a los otros— quizá podamos romperlo y dejar que entre el río. Una fuerza así tiene que inundar la presa y reventarla.

—Es el único plan que he oído hasta ahora —dijo Julia, los otros asintieron.

—Tú rompe ventana —le dijo Ojo de Tormenta a Carlita—. Nosotros matamos Perdiciones.

Les guió de nuevo a la entrada y después de mirar por encima del hombro para asegurarse de que estaban todos listos irrumpió en la sala.

Las Perdiciones estaban desperdigadas, rasgando con dientes afilados cadáveres hinchados de animales, espíritus víctimas de

las inundaciones. Parecieron totalmente sorprendidos por el repentino asalto.

Ojo de Tormenta tiró al suelo uno grande y le mordió la garganta con sus poderosas mandíbulas. Hijo del Viento del Norte se lanzó contra otro metiéndole el puño de garras totalmente en el estómago y sacándose por la espalda, partiéndole el espinazo de un golpe. Julia utilizó la sorpresa provocada por este ataque repentino para deslizarse detrás de un tercero que se había dado la vuelta para presenciar a su compañero caer ante el guerrero Wendigo. La loba le barrió con las garras desde la cabeza a la cola, arrancándole trozos de carne como cuando un pescador limpia lo que ha cogido.

Halaszlé dudó en la puerta, sin saber a cual atacar. Estaba obviamente muerto de miedo y no estaba acostumbrado a un ataque tan crudo. Pareció adquirir valor con el sorprendente golpe de Hijo del Viento del Norte, así que se metió de un salto en la sala y clavó los dientes en el brazo de una Perdición intentando descoyuntárselo.

La Perdición no pareció sentir dolor y sin prestar atención a los esfuerzos de Halaszlé, sacó una garra y le laceró el hocico. El lobo gimió pero no le soltó, tirando con más fuerza incluso. Se oyó un ruido seco cuando el brazo de aquella cosa se dislocó del hombro, pero los músculos todavía lo unían al torso. La Perdición abrió las fauces y mordió a Halaszlé, que soltó el brazo e intentó esquivarla en el último minuto. Los dientes le cogieron la oreja y se la arrancaron cuando el lobo saltó a un lado.

La Perdición tragó la oreja y emitió un gorgojeante y extraño sonido de satisfacción mientras se precipitaba a pegarle otro mordisco al Garou huido.

Carlita pasó corriendo al lado de todo esto hacia la ventana situada en un ángulo torcido de la pared. Parecía un parabrisas

(quizá rescatado de algún coche accidentado que había caído al río) ahora colocado con firmeza entre los huesos.

Estiró la pierna hacia atrás y le dio una patada con toda la fuerza de su forma Crinos, y le rebotó el pie. Nada. Se dio cuenta de que la fuerza del río trabajaba al otro lado en su contra. Era imposible que pudiera sacar la ventana de una patada con toda aquella agua viniendo en su dirección, era demasiado fuerte. Tenía que encontrar alguna forma de arrastrar la ventana hacia ella.

Metió la daga de colmillo en el borde de la ventana, arañando los huesos e intentando soltar el cristal. Si bien el cuchillo fetiche rebajaba algunos huesos, era incapaz de apoyarlo lo suficiente para alcanzar el borde del cristal, más enterrado en los huesos de lo que había pensado.

Se volvió para mirar a los otros y sofocó un grito.

Las Perdiciones que quedaban (siete por lo menos) se estaban fundiendo formando una única ola gigante de agua. Justo en el instante que Carlita se dio cuenta de lo que estaba pasando, la ola se elevó y se estrelló contra sus compañeros de manada sumergiéndoles. El agua se lanzó ahora contra ella extendiéndose mientras venía y tragándose toda la habitación. Carlita aspiró una gran bocanada de aire y se preparó para el golpe.

La ola se rompió contra ella y la lanzó contra la pared más alejada. Una vez sumergida en la estela abrió los ojos y pudo distinguir a lo lejos a sus compañeros, luchaban por golpear el agua pero no parecían hacerle ningún daño. Halaszlé intentaba salir nadando de la sala, pero parecía atrapado en una especie de remolino que le hacía girar frenéticamente.

Ojo de Tormenta se desmayó con el hocico abierto y Carlita vio un pequeño torbellino de espuma que se le formaba en la boca y se le metía por la garganta a la fuerza. Hijo del Viento del Norte se

había sujetado el hocico con la mano como si intentara mantenerlo cerrado contra una fuerza invisible que estuviera intentando abrírselo. No veía a Julia por ninguna parte.

«*Mierda!* —pensó Carlita—. *Mierda! Mierda! Mierda!*»

Y de repente no se pudo mover. El agua se congeló a su alrededor y se vio atrapada en hielo; tensó los músculos y acuchilló el bloque con la daga rompiéndolo en mil pedazos. Entró una bocanada de aire que la chica aspiró agradecida llenándose los pulmones, sólo para echarse a temblar cuando el aire congelado casi se los hiela.

Oyó un aullido de rabia y buscó la fuente. Hijo del Viento del Norte estaba de pie entre trozos de hielo, acuchillándolo, haciéndolo astillas, aullando en el aire glacial, consumido por la rabia. «*Así que fue eso!* —pensó Carlita—. *Llamó al viento del norte que congeló esta mierda. Muy bien! Puede que termine con neumonía, pero al menos tenemos la oportunidad de salir de ésta peleando*».

Salió de su propio bloque de hielo arrastrándose y empezó a astillarlo con furia con la daga de colmillo. Los trozos que desprendía se disipaban en bocanadas de escarcha y luego la nada.

Pero el suelo helado empezó a derretirse y tiraba de ella como si intentara derribarla. Lo golpeó con las garras del pie y saltó a un bloque más grande de hielo.

—*Esta mierda se está derritiendo!* —gritó a los otros.

—*Ya lo sé! Ya lo sé!* —chilló Julia. Ahora la veía, estaba intentando aplastar tanto hielo como podía antes de que se convirtiera en agua pero no estaba llegando tan lejos como Carlita o Hijo del Viento del Norte. Ojo de Tormenta estaba tirada en el suelo, vomitando agua y con aspecto débil y abatido, prácticamente incapaz de mantener los ojos abiertos. Halaszlé intentó levantarse pero no hacía más que resbalar en el hielo, así que se rindió y se

puso a machacarlo con las garras pero con menos resultados incluso que Julia.

Carlita se dio cuenta de repente que con la habitación convertida en hielo, quizá se había debilitado la ventana y se resquebrajaría con más facilidad. Cambió a la forma Hispo con la daga de colmillo en la boca y saltó por la resbaladiza capa de hielo hacia la ventana, adquiriendo más velocidad a cuatro patas que a dos. Ahora sólo se veía media ventana por encima del nivel del hielo.

Volvió a cambiar a la forma Crinos y golpeó la ventana con toda su fuerza. La punta de la hoja impactó contra el grueso cristal y lo astilló haciendo que las grietas se extendiera con un dibujo de telaraña salvaje, pero la ventana se mantuvo firme.

Retiró la mano preparándose para asestarle otro golpe pero entonces cayó al agua helada cuando el hielo se hundió, sustituido una vez más por un lago de líquido de Perdición.

No tuvo tiempo de coger aire y sabía que no podría aguantar mucho. Pateó la ventana y vio que las grietas se hacían más profundas pero todavía se mantenía firme con la fuerza que hacía el río al otro lado. «*No puede terminar así! ¡Había una profecía, coño!*». Sintió cómo se le acababa el aire. «*Dios, Maldito sea. Hoja. Frágil*».

Casi tan pronto como maldijo al Ragabash Uktena, algo la llamó.

Lo oyó con claridad, como si llegase a través de un mar calmado en un día de sol brillante. Escuchó de nuevo.

«*Carlita... hija mía elegida... ábrete a mí. Presta atención a mi llamada. Presta atención a aquel con el que hiciste un pacto...*»

Se dio cuenta de quién era, el que les había llamado con anterioridad pero cuya voz se había visto ahogada por el río

corrompido. Le prestó atención, se relajó y se entregó por completo con total y perfecta confianza.

De repente podía respirar. El aire no corría por sus pulmones pero era como si no lo necesitara. Con la boca todavía cerrada no tenía ninguna necesidad de respirar, pues a su alrededor todo era espíritu, alimento bastante sólo con tocarlo. Aquí no le hacía falta seguir las leyes del mundo material.

Fuera de la ventana algo se movió río arriba. Una forma oscura que aumentaba de tamaño según se iba aproximando, moviéndose como un torpedo por unas aguas ya veloces de por sí. A los pocos segundos se aclararon sus facciones: la cabeza y los brazos de un puma golpeaban el agua, propulsándose más rápido gracias a la cola ondulante de una serpiente. Tenía un semblante que daba miedo mirar, los ojos derramaban furia y rabia. Era aquel a cuya llamada Carlita había prestado atención.

Carlita se giró y nadó todo lo rápido que pudo hacia la puerta, lejos de la ventana. En cuanto se quitó de en medio, la ventana se hizo añicos dentro de la sala con la fuerza del enorme bulto que la atacó. Agua pura y fría entró a chorro junto con trozos de ventana, dominando al agua de las Perdiciones, mezclándose con ella, limpiándola con una marea de pureza cristalina.

Un sonido sordo resonó por todo el lago torrencial, seguido por un crujido inmenso como si miles de árboles se cayesen a la vez. Los huesos no podían hacer nada contra la fuerza de aquel río puro, así que se agrietaron y se astillaron, explotando y abriendo un canal para que pasara el agua.

El torbellino resultante lanzó a Carlita por la nueva abertura y la lanzó río abajo entre los huesos rejuvenecidos que se estaban convirtiendo una vez más en espíritus de carne y hueso, libres ya de sus ataduras impías.

Carlita sintió una vez más una necesidad desesperada de aire y luchó por enderezarse y alcanzar la superficie. Sacó la cabeza y aspiró una gran bocanada de aire fresco y frío. El río la siguió llevando y alcanzó a ver los cuerpos de sus compañeros flotando en la superficie a su alrededor.

Nadó hacia el que tenía más cerca, Hijo del Viento del Norte, y tiró de él hasta alcanzar la orilla. En ese momento vio otra figura que se movía tirando de Julia hacia el borde del río, era Halaszlé, jadeante y cansado pero entero. Tan pronto como tuvo al Wendigo en tierra firme se metió en el agua de nuevo y se dirigió a Ojo de Tormenta que parecía atrapada en un remolino, en cuanto agarró a la Garra Roja el remolino desapareció, como si sólo hubiera aparecido para mantener a su compañera en su sitio.

Subió arrastrándose a la orilla del río para ayudar a Halaszlé a bombear agua de los pulmones de su compañeros. A los pocos segundos estaban todos conscientes y tosiendo, escupiendo restos del agua de las Perdiciones, todos mirándose con los ojos muy abiertos y preguntándose por qué estaban vivos todavía.

Como para responderles un enorme bulto se levantó en el agua, impassible ante el poderoso torrente que corría a su alrededor.

El Uktena miró a sus hijos pero luego la oscuridad le cubrió los ojos y miró furioso a lo lejos, hacia el horizonte por el que había corrido el río antes de que la presa se hubiera derrumbado y restaurado el curso natural del agua.

Un grito ensordecedor se escapó de su garganta, un aullido estentóreo de puma que les heló la sangre incluso ante lo que su tótem había hecho por ellos.

Y entonces, como si respondiera, se oyó un rugido atronador en la distancia. Un sonido que hizo algo más que helarles la sangre, los paralizó, los atrapó con un terror tan primario que no

tuvieron memoria consciente de su fuente. Por fin tuvieron una vaga idea de lo que significaba para un ser humano verlos en la forma Crinos, sucumbir al bendito olvido del Delirio. Pero no pudieron olvidar aquel terrible rugido y supieron que les perseguiría por las noches durante años.

El río chapoteó y corrió más rápido, ahora sin prestar atención al Uktena, apresurándose una vez más a cumplir las órdenes de su lejano señor. Se había restaurado su curso, pero su flujo todavía lo llevaba a Jo'clath'mattric.

El Uktena bajó la cabeza derrotado, miró a sus hijos, mojados y agotados en el río, y habló.

—No podía entrar en el Tisza sin despertar a Jo'clath'mattric. Pero si vosotros podíais meter un poco de mí aquí, a este reino, a través de vuestra unión conmigo, yo podía entrar en estas aguas sin alertar a la bestia. Y así se hizo, pero demasiado tarde. El poder de Jo'clath'mattric es ya demasiado grande, incluso sin el río romperá sus ataduras y se levantará. El Tisza fluyó hacia él, reforzándolo, durante demasiado tiempo. La profecía de la tercera manada era verdad, pero se cumplió demasiado tarde.

—¡No! —chilló Carlita intentando levantarse pero demasiado débil de momento—. ¡Vamos a seguir! ¡Vamos a llegar hasta él y vamos a detenerlo!

El Uktena la miró desde su gran altura, con una mirada casi tierna en sus terribles ojos.

—Ésta ya no es una tarea para cachorros. Volved con vuestros mayores y decidles que habéis triunfado y fracasado a la vez. —Luego se hundió en el agua y desapareció, ausentando ya su presencia del reino.

Carlita prácticamente se echó a llorar.

—¿Triunfar? ¿Dónde cojones triunfamos? ¡Bracamos, joder! —golpeó el suelo con el puño por la ira y la frustración.

—No... —dijo Ojo de Tormenta, escupiendo agua todavía y poniéndose débilmente a cuatro patas—. Rompimos presa, trajimos Uktena aquí. Tú... lo llamaste a ventana...

Carlita miró a su empapada y agotada compañera. Fue incapaz de sonreír, su pena era demasiado grande para eso, pero asintió dándole la razón a la loba.

—Y tú nos guiaste. Como debías hacer. Como el Uktena te pidió.

La manada se quedó sentada en la orilla contemplando el río que ya no era grasiento y negro, pero que todavía llevaba más espuma de lo normal. Llevaba aún demasiados venenos que lo atraían hacia Jo'clath'mattric.

Carlita se levantó, todavía chorreando agua, intentó pensar en algo que decir, sacar alguna victoria de aquella derrota, pero todo lo que le salió fue:

—Mierda.

Capítulo doce



La manada volvió agotada a Szeged por la carretera, relativamente a salvo en el mundo material. Estaban demasiado cansados para hablar pero las preguntas eran demasiado pertinaces. Al final fue Carlita la que rompió el silencio.

—No lo entiendo —dijo Carlita—. Si sólo estábamos aquí para proporcionarle al Uktena una entrada en el reino, ¿por qué no eligió a una manada más experta?

—No podía —dijo Julia—. La mayor parte de las manadas que no pertenecen al rango de principiantes ya han hecho sus votos a los tótems.

—¿Entonces por qué no utilizar a alguna de las manadas que tiene dedicadas?

Julia no parecía tener respuesta para eso.

—No dudes de él —dijo Hijo del Viento del Norte—. Es Uktena, no hay tótem que tenga más secretos que él. Una vez desconfié de Hermano Mayor pero no dudo que tuviera razones para hacer lo que hizo. Necesitaba cautela para cumplir su misión y unos Garou de más alto rango habrían atraído mucha más atención que unos cachorros.

Halaszlé habló.

—He visto algo muy poderoso esta noche; el Uktena arriesgó mucho para viajar hasta aquí, lejos de su hogar, para restaurar el curso del Tisza. No consiguió destruir a Jo'ellath'mattric pero ahora el río corre más limpio y con más suavidad. Por eso siempre le veneraré. ¶ vosotros deberíais rendirle homenaje también! Os hizo un gran honor al escogeros para que fuerais sus miembros.

Ojo de Tormenta soltó un pequeño ladrido, una especie de aprobación e indicación a la vez para que dejaran el debate.

La luna ya estaba alta cuando alcanzaron las afueras de Szeged y todos se sintieron más seguros bajo su brillo bonachón. Halaszlé les guió por las calles de la ciudad de vuelta a casa de Madre y llamó a la puerta. Esta vez, la llamada secreta fue más lenta, no tenía fuerzas para golpearla más rápido.

La ventanita se abrió y Szabó miró hacia fuera, se le abrieron los ojos cuando vio quien era, giró los cerrojos a toda velocidad y abrió la puerta echándole los brazos a Halaszlé y abrazándolo muy fuerte.

—¡Oh, amigo mío! ¡Has vuelto!

Halaszlé sonrió y se deshizo del abrazo.

—Sí, estamos de vuelta. ¿Hay comida?

Szabó miró nervioso a la casa.

—Eh, sí, claro. Entrad. —Se hizo a un lado para que pudieran entrar y cerró la puerta detrás de ellos pasando luego el cerrojo.

La manada entró a trompicones en la salita. Allí había dos extraños (un hombre moreno y una mujer), uno a cada lado del sofá donde dormía Grita Caos. Se quedaron mirando a la manada con curiosidad pero sin ninguna señal de cordialidad.

Ojo de Tormenta cambió a su forma natural de loba y empezó a gruñirle a los dos extraños que permanecían tan cerca de su compañero inconsciente.

—Tranquila —dijo Madre saliendo de la cocina—. No hay necesidad de problemas aquí. Me alegro de veros sanos y salvos. —Abrazó a Halaszlé fuerte pero el Roehuesos no intentó zafarse de este abrazo.

—Saludos, Manada del Río de Plata —dijo el hombre extraño. Vestía pantalones de cuero negros, botas y chaqueta, como salido de una novela de espías—. ¿Nos traéis nuevas de una victoria?

—¿Tú quién eres? —dijo Carlita sentándose—. ¿Y qué te importa?

—Ah —dijo el hombre mirando a su compañera, vestida de forma similar—. Me disculpo. No podíais saber de nuestra llegada.

La mujer se adelantó.

—Yo soy Ilanya Pie de Plata y éste es Bela Brama en las Cumbres. Pertenece al clan del Cielo Nocturno.

Halaszlé pareció consternado y se refugió en la cocina. Madre se movió para situarse entre él y los huéspedes sonriéndole protectora.

—¿La gente de Konietzko? —dijo Julia—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Hemos venido a reclamar el túmulo, cosa que nuestros compañeros de clan ya han logrado durante vuestra ausencia.

—¿Qué? —dijo Carlita—. ¿Rededicásteis el túmulo mientras no estábamos? ¿Cómo carajo lo hicisteis? La piedra del sendero estaba escondida.

Bela Brama en las Cumbres se encogió de hombros.

—La encontramos. Con ayuda de Madre, claro.

La manada se volvió hacia Madre en busca de confirmación y ella se encogió de hombros también.

—Es cierto. Los invité después del consejo. No tenía elección, el túmulo no podía corromperse. Eso habría condenado a todos.

Halaszlé gimoteó.

—Pero Madre, si vienen a Szeged... ¿qué será de mí?

—Shhh —dijo Madre—. No te preocupes. El margrave me hizo un juramento y su gente no arriesgaría a romperlo por miedo a enfadarlo.

—Es verdad —dijo Ilanya Pie de Plata—. No nos importan tus transgresiones, Halaszlé. Pertenecen al pasado. El margrave Yuri Konietzko es un hombre justo, te ha absuelto de tu crimen a cambio del favor que le ha concedido Madre.

—Un momento —dijo Carlita—. ¿Decís que ya habéis encontrado la piedra del sendero y rededicado el túmulo? Eso no parece posible.

—La piedra del sendero está en nuestras manos —dijo Bela—. La trasladaremos a un sitio seguro y realizaremos el rito para despertarla mañana por la noche. Estáis, por supuesto, invitados; pero, por favor, contarnos vuestras aflicciones y victoria.

La manada intercambió algunas miradas, todos preguntándose cual iba a hablar y pareció elegida Carlita, que lo resumió lo mejor que pudo intentando no hacer hincapié en lo fácilmente que les había pateado el culo. Si no hubiera sido por el Uktena, jamás habrían salido vivos de allí.

Los dos Señores de la Sombra asentían mientras escuchaban y los dos parecieron impresionados ante la intervención del Uktena y afligidos ante su fracaso a la hora de destruir a Jo'cllath'mattric.

—Eso explica una cosa —le comentó Bela a Ilanya—. Precisamente cuando nos preparábamos para luchar contra un ejército de Perdicionos para ganar la piedra del sendero, se vieron arrasadas río abajo, como si gran fuerza tirara de ellas. Eso debió ser cuando vosotros (es decir, el Uktena) rompió la presa. —Se levantó—. Muy bien, ya sabemos lo que pasó. No deseo llevarle al margrave unas nuevas tan terribles sobre Jo'cllath'mattric pero se le debe informar. Madre os llevará al rito mañana por la noche.

Os invito a participar de nuestra alegría por recuperar un túmulo para Gaia.

Lo dijo con una falta de alegría tan superficial que Carlita casi se burló pero se contuvo y no dijo lo que pensaba mientras los dos Señores de la Sombra se dirigían a la puerta. Szabó les dejó salir y luego cerró la puerta con cerrojo detrás de ellos. Madre suspiró y se sentó, obviamente tan cansada como la manada.

—Sólo rezo para que las cosas salgan bien.

Halaszlé le puso las manos en los hombros.

—Hiciste lo que cre ste que era bueno para la ciudad, Madre. Nuestras vidas son algo secundario ante eso.

Ella pos  su mano sobre la de él y se la acarició.

—Una ciudad en que tú siempre serás parte, Halaszlé. Siempre, incluso después que yo me vaya. Así ha jurado el margrave.

Carlita se mor a por saber lo que había hecho exactamente Halaszlé para cabrear tanto a los Señores de la Sombra, pero puesto que no se lo decían por propia voluntad tenía la impresión de que sería de mala educación preguntarlo, sobre todo ahora.

Madre se levantó y le chilló a Szabó y Ferenc que bajaron de la planta superior y se precipitaron a reunir mantas y extenderlas para la manada mientras Halaszlé sacaba tazones de sopa. La manada comió agradecida y cayó en las mantas sin intercambiar ni una palabra más. Mañana habría palabras suficientes, y no todas buenas.



La manada, llevando a Grita Caos con ellos en el taxi de Ferenc, siguieron a Madre y Halaszlé a una casa increíble construida

en un intrincado estilo Art Nouveau no lejos de las orillas del Tisza, al norte de Szeged. Le pertenecía, al parecer, a un Parentela distante de los Señores de la Sombra, un banquero. La tribu acababa de trasladarse ayudando al Parentela a encontrar otro lugar mientras él ponía el lugar a nombre de Ilanya y Bela.

La piedra del sendero estaba colocada ahora en el sótano vigilado de la casa y el túmulo recién rededicado tendría allí su centro. El antiguo túmulo era lo bastante fuerte para extender su boun por todo Szeged y esperaban que el nuevo hiciera lo mismo.

Llegaron los Garou locales del consejo anterior y ninguno parecía demasiado contento de estar compartiendo un túmulo con Señores de la Sombra del norte, pero Nagy Pénz ocultaba bien su desilusión y hacía todo lo que podía para congraciarse con sus nuevos vecinos.

Cuando Ilanya y Bela vieron a la manada se acercaron a ellos y Bela dijo:

—He sabido del margrave. Debemos abrir un puente lunar inmediatamente a la Forja del Klaive y enviaros allí para que informéis a la jarlsdottir. Siento que no podáis quedaros para el rito.

—No lo entiendo —dijo Carlita—. ¿Cómo puedes abrir un puente antes de rededicar el túmulo?

—Porque el túmulo antiguo todavía existe —dijo Ilanya—. Todavía puede abrir puentes lunares así como recibirlos, como descubristeis al venir aquí. Con la ayuda del Guardián de la Puerta de la Forja del Klaive podemos abrir un puente a ese túmulo. Él va a esperar nuestra señal y luego trabajar desde su lado para fraguar un camino.

—¿Y ya está? —dijo Julia—. ¿Correr a contarles vuestra historia? ¿Y qué pasa con Grita Chaos? ¡Todavía no hemos encontrado a las Perdiciones que le hicieron esto! ¡No podemos irnos hasta que lo curemos!

—Lo siento —dijo Bela—. Son órdenes directas del margrave. Si alguien puede ayudar a vuestro amigo, con toda seguridad está reunido ahora mismo en la Forja del Klaive.

—Esto no me gusta ni un pelo —dijo Carlita—. ☒ no confío en que mantengáis vuestra palabra sobre Halaszlé cuando nos vayamos!

Bela pareció ofenderse.

—Si supieras lo que hizo respetarías aún más que cumplamos el juramento del margrave a Madre.

Carlita miró a Halaszlé, que se quedó mirando al suelo avergonzado.

—He visto a Halaszlé en acción. Eligió desinteresadamente venir con nosotros y estuvo a punto de morir. Nada de lo que hiciera pudo ser tan terrible.

—Entonces pregúntale —dijo Bela alejándose—. Prepararé la puerta.

Carlita y el resto de la manada miraron a Halaszlé. Madre estaba cerca pero no miraba a nadie dejando que fueran ellos y Halaszlé los que resolvieran el asunto.

—No quiero saberlo —dijo Carlita—. Así de sencillo. La gente comete errores, sobre todo los Roehuesos. Y los Señores de la Sombra suelen guardar rencor más tiempo que los demás. Así que no importa, no nos lo digas.

—Creo que debo hacerlo —dijo Halaszlé.

—No quiero oírlo —dijo Carlita—. ☒ Así que cállate!

—Por favor, no quiero que os vayáis dudando de mí el resto de vuestra vida. Debo contároslo.

Carlita estaba furiosa pero no dijo nada.

—Yo... bueno... Me acosté con otra Garou. Está prohibido, no hubo hijos pero... no fue una elección muy afortunada.

—¿Eso es todo? —dijo Carlita—. No está bien, pero coño, hay cosas mucho peores para un Garou.

—Sí, pero es que era la hija del Protector del Túmulo. No se puso muy contento.

Carlita sonrió.

—¿Te lo montaste con una nena de los Señores de la Sombra? Caray, no está mal para un Roehuesos.

Halaszlé hizo una mueca.

—No sabía que yo era Roehuesos. Era joven, bohemio, un artista. No tenía la barba que veis ahora, era un hombre muy guapo.

—¿No sabía que eras Garou?

—No... no me molesté en decírselo.

—Eso no fue justo. No me extraña que no les caigas bien a los Señores de la Sombra. Joder, ni siquiera yo puedo pasar de eso.

—Pero fue por amor! La quería de verdad. Por lo menos creí que la quería.

Carlita contempló al pobre Garou que se mordía la barba muerto de vergüenza.

—Te perdono. ¿Quién coño soy yo para juzgar a nadie? Sólo estamos intentando sobrevivir, ¿no?

Halaszlé sonrió y asintió, no dijo nada más y la manada decidió dejar el tema. Entraron Szabó y Ferenc llevando a Grita Caos en una camilla de hospital que depositaron en el suelo, Ojo de Tormenta se acercó y lamió la cara de Grita Caos, pero no obtuvo ninguna respuesta.

Ilanya salió de la otra habitación y les hizo un gesto, cuando se disponían a seguirla Madre les interrumpió el paso.

—¿No me vais a dar un abrazo?

Se amontonaron y la envolvieron en un gran abrazo mientras Halaszlé se les unía. Luego Carlita e Hijo del Viento del Norte

levantaron la camilla de Grita Chaos y la manada siguió a la Señora de la Sombra a la otra habitación.

Ya habían abierto un trémulo puente lunar y Bela se hizo a un lado para permitirles la entrada.

—El sendero está abierto. Mis espíritus han contactado con los de ellos, nada dificultará vuestro camino. Id con Gaia.

Asintieron y subieron a la brillante entrada suspendida en el aire. Carlita se volvió a mirar por la puerta por la que habían pasado y vio a Halaszlé allí de pie que la saludaba.

La chica levantó los dedos haciendo la señal de la paz y siguió a la manada a través de la puerta para entrar en los cielos del mundo espiritual.



BILL BRIDGES. Es el autor de cuatro novelas previas de Hombre Lobo (*La corona de plata*, *La última batalla*, *Novela de tribu: Contemplaestrellas* y *Novela de tribu: Wendigo*) y es el desarrollador de la línea de *Mago: la ascensión*, de White Wolf. También es el co-creador y desarrollador del universo fantástico de del espacio *Fading Suns* para Holistic Design y tiene numerosas obras en el ámbito de la industria de los juegos de rol y de ordenador. Actualmente vive en Tucker, Georgia, con su mujer y tres gatos.

JUSTIN ACHILLI. Es un reconocido diseñador de juegos, que ha trabajado en juegos de mesa, juegos de cartas, juegos de tablero y videojuegos. Entre sus trabajos se encuentra el haber participado en el desarrollo de *Vampiro: El réquiem* y *Vampiro: la Mascarada*. Ha diseñado parte del videojuego de rol multijugador masivo en línea (MMO) de *Mundo de Tinieblas* y ha guiado el diseño para el apartado multijugador de *Assassin's Creed: Revelations*. También ha dirigido el diseño de múltiples juegos de Facebook. Achilli ha

escrito también numerosas novelas, incluyendo la popular Novela del clan Giovanni.

En su tiempo libre disfruta jugando a juegos multijugador, cocinando, haciendo de DJ, leyendo y mirando de reojo a su gato. Está casado y tiene una hija.

Notas

[1] En español en el original. <<

[2] N.d.T: Autor americano actual. <<

